



Sacramentum: 1847

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN
Gisela Iliana Franco Deándar
Héctor Manuel Jaramillo López

VOCALES EDITORIALISTAS
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

Sacramentum: 1847
© José Alejandro García Hernández

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta y mapas: Diana Valeria Heras Aragón

ISBN: 978-970-96981-7-6

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

Sacramentum: 1847

José Alejandro García Hernández

colección



Historias de mi ciudad

Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendiendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

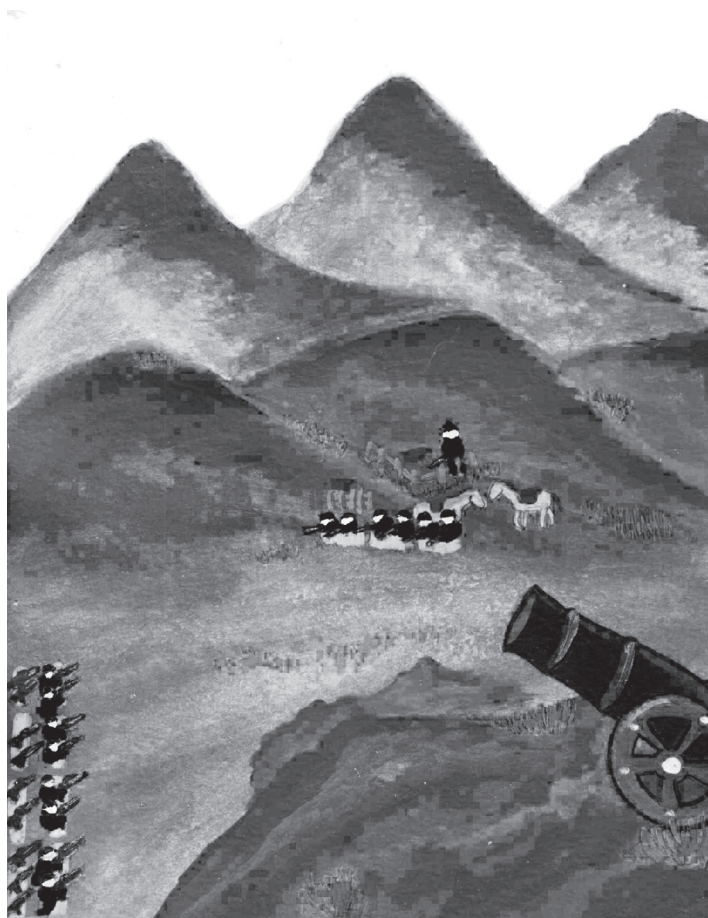
Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

**DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA**



Para Jazmín, mi Amor.

Agradecimientos

A Dios, por su voluntad para darme la vida. A mi papá, por heredarme este gusto por contar historias. A mi mamá y las tías, por guiarme con los valores de una familia chihuahuense. A mis hermanas y mis primos, por todas las aventuras (y partidas de *Risk*). A mi sobrina, Diana Valeria, por ilustrar con su talento a *Sacramentum*. A Iram, Pepe y Erbey (Les Porcs), por unirme al gremio. Al doctor César Sotelo, por revelarme el camino crítico de la novela histórica. A Ernesto, por compartir la pasión por nuestra historia. Al coronel Alberto González, al doctor Miguel Anguiano Carlos (qepd) y a don Plutarco, por nuestra charla aquel 28 de febrero. A mi familia, amistades y colegas, por compartir su vida conmigo. A mi maestra Vicky Caballero, por su pasión para vivir los relatos literarios. A mi lectora beta, Jazmín, por mejorar y disfrutar esta historia.

Prólogo

Sacramentum: 1847 se conforma de siete capítulos que hacen alusión a los sacramentos de la Iglesia Católica: Bautismo, Penitencia o Confesión, Eucaristía, Confirmación, Matrimonio, Orden sacerdotal y Unción de los enfermos. Con ello no se pretende decir que es una novela para adoctrinar, sino que es el resultado de tomar como alegoría la palabra Sacramento en referencia a la batalla llevada a cabo en esa zona al norte de nuestra ciudad. Es, por lo tanto, una alegoría donde cada sacramento implica una narrativa que combina ingeniosamente el simbolismo con los acontecimientos que José Alejandro investigó minuciosamente, consultando archivos, cronistas y visitando a expertos en historia de nuestro gran Estado.

Existe en la novela diversión y picardía para narrar los trágicos acontecimientos de una batalla que se perdió por el nulo interés por parte del centralismo federal. La obra está inspirada en las visitas que realizó el autor al Rancho La Posta, de la Universidad Autónoma de Chihuahua, comúnmente conocido por los ejidatarios como Rancho Teseachic. Asimismo, la infancia y convivencia del autor con sus tías y primos inspiraron para la creación de algunos personajes, por sus nombres o por su carácter. Como aportación lingüística e histórica es importante resaltar que la narrativa describe con un realismo combinado con humor y juegos de palabras, así como el rescate de expresiones coloquiales.

Respecto a la lectura, es necesario recalcar que la novela es atrapante debido a la fluidez en la redacción, así como a la descripción de los lugares y características de los personajes, mostrándonos una galería de actitudes, como las “tías”, los rancheros y los hermanos Arias.

Es notoria la narrativa en torno al asunto bélico, el conocimiento de las estrategias militares, sus códigos de acomodamiento, los tipos de armas, la balística, etcétera. Nos hacen entender de una manera clara los procedimientos en los que muchos somos poco conocedores.

Gozamos de la lectura y nos emocionamos y angustiamos por todos los acontecimientos ocurridos, en particular los capítulos seis y siete, cuya narración nos va llevando de la mano y nos sitúa en los lugares de los hechos, emocionándonos hasta casi comernos las uñas por lo que vamos descubriendo, aunque de alguna manera ya sabemos cómo va a terminar.

Ciertos personajes se nos quedaron grabados, más que otros, como doña Celia, la descendiente de apaches, el padre Alvarado, por su bondad incondicional y el pícaro “Chilaquiles”.

En ningún momento la novela deja la parte histórica, no solo por los lugares y lo que ahí aconteció, sino por la referencia a los que consideramos nuestro héroes locales, como el General José Antonio Heredia, el gobernador y coronel Ángel Trías Álvarez, el general Pedro García Conde y, sobre todo, el homenaje a los más de mil voluntarios chihuahuenses, incluidos jóvenes rancheros, que defendieron con valentía y honor nuestro territorio ante la amenaza gringa comandada por un tal Alexander Doniphan.

La batalla de Sacramento aún es herida que no cicatriza, pero en esta novela nos enorgullece como padres y como chihuahuenses.

**Silvia Cecilia Hernández Varela
y José Antonio García Pérez**

Chihuahua, Chih., abril 22, 2026

*“Heroica y bella Chihuahua!
Gloria única es para ti en aquellos
amargos días el haber resistido, como lo
hiciste, sola y alta, siempre altiva”*

Heriberto Frías.

*Sacramento: del latín sacramentum.
Verbo, sacrare: consagrar o santificar.
Sufijo, mentum: medio.
Medio para consagrar.*

En la Roma antigua, el *Sacramentum* era el juramento que realizaban los militares a su emperador: unión sagrada para combatir por la gloria del imperio.

En la era cristiana, Dios une su voluntad con su séquito por medio de los siete sacramentos, con los cuales entran en común unión con su creador.

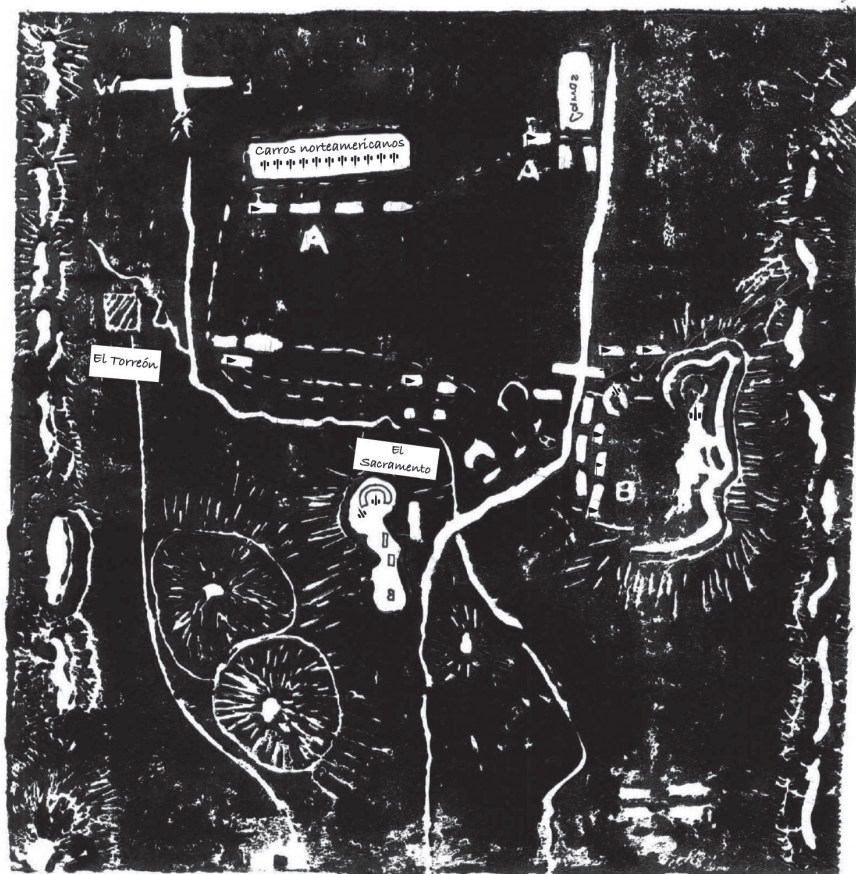
En el siglo de la evangelización de la Nueva España las diversas órdenes religiosas fundaron misiones con nombres sacros donde difundieron la palabra de Dios.

El ejido Sacramento fue testigo de estos procesos de santificación que se dieron durante tres siglos.

Hacia la primera mitad del siglo XIX Sacramento sería un ejemplo del voto sagrado de las tropas civiles de Chihuahua, con o sin ayuda del centro del país.



CROQUIS
DE LA
BATALLA DEL SACRAMENTO



Formado por el Sor. General
D. PEDRO G. CONDE.
en el año del mil ochocientos cuarenta y siete.

SIGNOS.

Infantería	
Caballería	
Artillería	

EXPLICACIÓN.

A Diferentes posiciones de los Americanos.
B Id. de los Mexicanos.

Ejido Santa Marta



Palo Alto, 1846

“Nadie supo cómo sucedió en verdad. Nadie supo quién disparó primero. Lo que escuché fue que gringos y mexicanos ya se estaban dando de a madres esa tarde de mayo. Todo era un pinche reborujo. Lo peor fue que ni siquiera tuvimos oportunidad de hacerles frente. Apenas avanzábamos o sentíamos que le íbamos a dar a uno, y ya había diez de nosotros desmoronados en la tierra.

Los civiles mal recibimos entrenamiento desde inicios del año y nos mandaron a Matamoros para poner al margen al ejército de Taylor, que estaba construyendo un fuerte pasando el Nueces. Nos establecimos en una guarnición cerca del río. Se me va la sangre cuando recuerdo la cantidad de cañones que los gringos tenían en la fortificación. El fuego que hacían parecía de rutina: cuando nos disparaban, nos ocultábamos como conejos entre los hoyos.

Cuando el general Ampudia llegó en abril, por fin sentimos un poquito de alivio. Trajo una tropa como de dos mil y unos seis cañones. Explicó el plan de ataque y los oficiales nos dijeron cómo iban a ser los movimientos de defensa en los siguientes días. Después vimos que se acercaban más tropas. Por fin le dimos crédito al gobierno porque nos envió más fuerzas —ya ves que se tardan un chingo en decir que no; y se tardan más, o nunca pasa, si llegan a decir que sí—. Pero cuando vimos a su general Arista platicando con Ampudia, nuestro jefe echó una mentada y se metió a su tienda. Luego se asomó y arrojó al suelo una insignia. Los oficiales nos formaron y escuchamos a Arista, quien hablaba más como gobernador que

como militar. Nos dijo que el plan que traía desde el centro era que guardáramos fuerzas para organizar mejor la defensa nacional.

Muchos nos quedamos sin entender por qué no íbamos a hacer nada y dejar que los norteamericanos se agruparan en el fortín. Algunos, así como yo, habíamos venido desde otros estados para defender al país. Y mira, mijo, que ir desde Chihuahua solo para ponernos a hacer fosas y clavar empalizadas y todavía sin disparar ni un solo rifle, está re feo. Nosotros, que venimos del desierto, no aguantamos este jodido calor húmedo. Ya algunos les decíamos a los generales “Repudia” y “Pura Risa”, porque nomás nos hicieron perder el tiempo.

Esa madrugada había guardado a sus grillos, así como la mañana también encerró a sus pájaros. Tal parecía que se habían puesto de acuerdo para retirarse del desastre que iba a suceder. Me tocó la última guardia, y de pronto escuché una detonación seguida de un temblor; después, los estruendos dispersos de las armas de fuego. La luz de la mañana me hizo ver las sombras de tropas que se ponían en columnas, mientras que acercaban las piezas de artillería hacia la distancia de tiro. “Nos atacan”, grité, por lo obvio. Mis compañeros y los demás soldados comenzamos a prepararnos. Fuimos a la carreta que guardaba el parque y tomamos las municiones para cargar los fusiles. Me tocó ver cómo preparaban uno de los cañones, pero cuando intentaron disparar, explotó por atrás y salpicó de chispas y humo al artillero.

Algunos nos acercamos a ayudar al pobre estrellado. Poco después los estruendos de ambos ejércitos dejaron de sonar. Los oficiales ordenaron enfilear a los batallones

y auxiliares. Repudia, digo, Ampudia, describió cómo haríamos la carga por el flanco para bordear la fortificación; que con eso íbamos a mantener la posición y dar paso a la caballería. No entendí muy bien las señas militares. Lo único que sabía, más o menos, era que debía seguir a mi columna y disparar; ya en una situación más peor, lanzarme con la bayoneta de frente. Nos quedamos en formación unas horas hasta cerca del mediodía.

A pesar del calor húmedo que había en el aire, no dejé de sentir el temblor frío del silencio. Podíamos escuchar cómo nuestras respiraciones salían cortadas. Con los fusiles cargados al hombro, vimos en el muro a los norteamericanos que acercaban a tiro los cañones. No podía imaginar el miedo de los de la fila del frente al ser quienes recibieran el primer impacto de aquellas bestias de plomo. Finalmente llegó Arista sobre su caballo. Yo no sabía muy bien si seguir las órdenes de Ampudia o de Arista, porque el nuevo general nos ordenó quedarnos así como estábamos. El voluntario de mi izquierda me preguntó si teníamos que avanzar, quedarnos o disparar, a lo que respondí que yo tampoco sabía. Esas fueron las únicas palabras que compartimos aquel patriota desconocido y yo.

Parecía que el cañón de la esquina lo estaban girando pesadamente hacia nosotros. No podía escuchar los chirridos metálicos o la carga de la pólvora. Solo vi cómo poco a poco el borde de aquella pieza dirigía su primer destello. Los oídos me zumbaron hasta que por fin identificaron el sonido de aquel monstruo. Tierra, sangre y hierro, volaron dentro de una nube de pólvora. El impacto hizo que todos los de aquel frente quedáramos regados por el suelo. El sonido de las detonaciones de los fusiles y cañonazos

evitaron que escucháramos nada más que nuestros propios gritos. Aquello fue todo un pinche reborujo de a madres.

Me arrastré para tomar alguna posición y preparar mi rifle. Después de comprimir la carga con la baqueta, me preparé para disparar a una línea de tropas que venía hacia nuestro flanco. Cuando pisé el gatillo, se me estalló frente a la cara sin lanzar la bala. ¡Chingada madre! Debí quedar como un idiota todo lleno de hollín sin siquiera tirarle a un solo gringo. El pinche palo de escoba que me dieron por arma se estaba deshaciendo cada segundo que no hacíamos nada. Le quité la bayoneta y aventé la otra chingadera al aire, a ver si al menos así le daba a uno en la cabeza.

Y así quería el pinche gobierno que defendiéramos al país, con nada más que nuestros ánimos y las chingaderillas que nos dejaron como armas. Me quedé en el suelo, mentando madres, padres y hasta hijos. Lo bueno es que se me quitó el miedo por el puto coraje. Ahí estaba sentado, viendo mi bayoneta cuando un norteamericano se me puso enfrente. Nos miramos un rato y yo creo que hasta sintió mi frustración. Por inercia le apunté con el filo de mi única pieza de defensa, a lo que él respondió azotándome un culatazo en la cara.

Cuando desperté, me sentí todo embotado, así como si me hubiera puesto una guarapeta la noche anterior. La niebla ya se había disipado y vi cómo varios de nuestros compatriotas estaban tirados, algunos ya muertos, otros incompletos, y, los menos desafortunados, enteros y sangrados. Me dolía la espalda baja y todo el lado derecho de la cara. A duras penas me senté y pude ver, con tanta desgracia, cómo las tropas enemigas avanzaban por nuestras tierras, sin sufrimiento, como si aquella batalla solo hubiera

sido para ellos un juego de niños. De seguro ni sudados estaban. Los más avergonzados estábamos sentados entre las piedras y escombros de la empalizada, recibiendo un perdón que no pedimos y que dolía más que la misma derrota.

Ya ni quise voltear hacia atrás, allá donde marchaba el ejército de Taylor. Los oficiales reunieron a las tropas regulares para darles instrucciones hacia dónde debían retirarse y esperar noticias de las siguientes marchas. Los auxiliares que quedamos, después de rayarles sus madres a los generales, acordamos regresar a nuestras casas. Después de eso me vine para Chihuahua.”

—¿Y no tuvo miedo que le hicieran algo por desertar, don Héctor? —preguntó el joven que estaba sentado a su lado.

—¡Ya hasta crees, mijo! No deserté. Como ven, sigo peleando, pero ahora sí, desde casa.

Don Héctor concluyó su relato entre el repiqueteo de chispas de la fogata. Así como él, aquel puñado de hombres conservaba su calor con jorongos de lana, pues el frío intenso de las noches del desierto contrastaba en total extremo con los calores de las mañanas. Tras ver el rostro desilusionado de don Héctor, el joven le extendió una botella.

—¿Más sotolito, mi Don? —preguntó.

—Yo solo espero —continuó y dio un trago—, que los hijos de su reputamadre de México no nos vayan a dejar solos en esta.

I

El trote impetuoso del caballo tamborileaba con armonía en el horizonte estepario. El jinete, un joven aparentemente militar, se arriesgó a soportar los zangoloteos de la bestia con tal de llegar rápido a su destino. Redujo su carga cuando entró a la región poblada de la ciudad de Chihuahua, pues aún la mañana no coloreaba la totalidad de la tierra; la gente, salvo campesinos dirigidos por el alba, todavía disfrutaban del sueño.

El bufido del animal le indicó al joven que habían llegado a su destino: una hacienda bien proporcionada, con cantera cuidada y jardines floreados por el auge de las lluvias de septiembre. Después de apearse amarró al caballo junto a la yegua color crema que parecía haberse aguardado desde la noche anterior. No se dirigió al pórtico principal como acostumbraría cualquier mensajero. Caminó por el perímetro de la residencia hacia la ventana más alejada, tomó una piedrecita que estaba cerca de los arbustos y la arrojó con cuidado para evitar algún desastre.

Se escucharon movimientos bruscos de sábanas dentro de la habitación y, tras un momento de respetuoso silencio, una joven cubierta por cobijas se asomó.

—¿A qué se debe su visita a estas horas impropias? —inquirió con ironía.

—El de ver —respondió solemnemente.

—¿Cuál deber, jovencito?

—El de ver dónde se encuentra su acompañante.

—El único acompañante en este momento es usted.

Después de un combate de parpadeos entre los cantos de algunas golondrinas, el militar observó hacia ambos lados y luego continuó con la intención de que se escuchara en el interior de la habitación.

—Me disculpará usted, pero me llevo a la yegua del pórtico. Hoy tenemos revisión. Permiso —concluyó con una reverencia.

—¡No! ¡ Princesa no! —gritó una tercera voz.

Con la mano haciendo presión sobre el alféizar, saltó hacia afuera un joven de piel más clara que el militar y la dama. Al tocar sus pies desnudos el suelo, se metió en el saco y se colocó el kepi que cargaba con la otra mano.

—Pásame mis botas, Imelda.

—¡Y ahora te vas! —reclamó cruzando los brazos.

—Tenemos revisión. Si no llego, nos irá muy mal.

Ella se internó en la habitación mientras los jóvenes discutían sobre las responsabilidades del día y las posibles consecuencias de este retraso que estaban presentando. Despreocupadamente el segundo militar terminó de vestirse, excepto por las botas que se encontraban en la habitación. La espera no se hizo, pues la primera bota le dio de golpe en la nuca. Cuando volteó, con agilidad atrapó la segunda entre ambos brazos. Con sonrisa de complicidad, el amante reverenció a la dama y después de calzarse se encaminó junto con su compañero. Luego de dar unos pocos pasos, Imelda se asomó sosteniendo una correa, y con una sonrisa gritó:

—Olvidó su forniture, joven —tras lo cual, él regresó e intentó recuperarla, pero Imelda subió la mano para que este no la alcanzara—. Prométeme que regresarás, Froylán —concluyó tiernamente.

Saltó ágilmente y tomó con una mano el cinto. Después de besarla pícaramente, se despidió. Los varones dirigieron sus caballos hacia la ventana de Imelda. Luego de que los amantes compartieran sus afectos en un furtivo momento, los compañeros tomaron su camino. Aquel que llegó en calidad de chaperón atizó al enamorado para andar con trote veloz.

Con los destellos rosados al oriente de su carrera, los jinetes sortearon con maestría los diversos matorrales de la llanura, y con ágiles miradas entendieron entre sí que realizarían una competencia para comprobar quién era el más diestro guía de su caballo. Las tolveneras desprendidas simulaban gusanos marrones con una cabeza afilada y una cola difuminada. Ambos parecían partir la tierra con su velocidad. Sin cansancio anduvieron hasta la hacienda que servía de presidio militar.

Después de sujetar sus corceles en las caballerizas, los dos intentaron llegar con sigilo al patio central, donde las filas seguían escuchando las palabras de los superiores. Ocultos tras una columna escucharon la voz sonora de uno de los oficiales. Froylán se acomodó en cuclillas y le indicó a su compañero que le siguiera por lo bajo hacia una parte invisible de la formación para incorporarse sutilmente a la revisión. Se comprobó que sus habilidades de sigilo no eran exitosas, pues una mano enguantada lo agarró de uno de sus cintos. Sorprendido, Froylán hizo, desde su lugar,

una reverencia al oficial, quien ya tenía tomado del codo a su cómplice.

—Ustedes dos —llamó severamente—, vienen conmigo a la oficina del general Heredia.

Las filas de reclutas se extendían sobre el patio principal de la hacienda. Ambos siguieron al oficial que los encaminó por el pasillo que conectaba al patio secundario. En la mitad doblaron a la derecha hacia los salones que servían de oficinas. Llegaron a la principal. El oficial les ordenó mantenerse de pie frente al escritorio y después salió. Permanecieron en silencio durante varios minutos.

—¿Crees que nos vayan a fusilar, Samuel? —inició Froylán.

—¡Si estarás! Como están las cosas ahorita, no creo —respondió—. Lo peor que puede pasar es que nos den de baja. ¡Tenías que salirte la noche antes de la revisión! —concluyó dando un codazo a Froylán.

—Reclutas, ¡firmes! —ordenó la voz que entró con pasos sonoros.

Ambos se cuadraron y con mirada al frente observaron al general acercarse al escritorio, girar, y observarlos con inquisición. Su rostro presentaba rasgos de la capital y arrugas propias de alguien curtido en sus cincuenta. Como traía ambas manos cruzadas detrás de sí, su pecho coronado con distintas insignias imponía mayor respeto. Sus ojos silentes estudiaron cada línea de los reclutas, y sus pensamientos maquinaron bastantes resoluciones. No obstante, la última idea que se le atravesó le ocasionó una intrigante

mueca de interés. Después giró hacia el escritorio y habló dándoles la espalda. Entraron dos oficiales más: quien los había dirigido hasta la oficina del general, y otro, un poco más sereno, que caminó hasta la parte posterior del escritorio. Este portaba un pergamino enrollado que desplegó a lo largo del mueble. Reveló un mapa de la república, en el cual señaló al general dos puntos separados.

—Ausentarse o llegar tarde a una revisión —inició Heredia— es una falta muy grave para nuestra milicia nacional. En el caso de unos reclutas como ustedes el castigo es la baja de los batallones auxiliares. Aunque... —interrumpió para escuchar al oficial del mapa. Luego giró sobre sí para verlos de frente nuevamente— en estos días no podemos darnos el lujo de prescindir de fuerzas. Capitán Castillo, compártame el resumen de vigilancia de anoche.

—Sí, señor —respondió quien estaba detrás de los reclutas—. El veinte de septiembre, a las mil novecientas treinta y dos horas, se reporta la salida de un jinete con rumbo a la ciudad de Chihuahua. Veintiuno de septiembre, quinientas veintiséis horas, se reporta la salida de un segundo jinete con rumbo hacia la ciudad de Chihuahua. Veintiuno de septiembre, ochocientas cuarenta y siete horas, se reporta el arribo de dos jinetes a la hacienda.

—Es común —inició Heredia— que algunos reclutas salgan de putas por las noches. Es entendible, pero penable.

—No salimos de putas, señor —justificó Froylán.

—No le di licencia para hablar, recluta. Esa es otra falta a la autoridad militar.

—Lo siento, señor —se disculpó agachando la cabeza.

—No me importa si habrán salido de putas o si fueron a darle de comer a su perro. Lo que me interesa es el hecho de que hayan salido de la ciudad y recorrieran las siete leguas en dos horas.

Ambos reclutas voltearon a verse mutuamente con gestos de sorpresa. El oficial a sus espaldas susurró a Samuel: “Tuvieron suerte”. Los dos oficiales del escritorio comenzaron a compartir entre sí algunas medidas: “Catorce o quince semanas”. “¿En serio?” “Finales de febrero”. Con lo que Heredia concluyó: “Es lo que nos queda”.

—Reclutas, acérquense —ordenó.

Ambos observaron el mapa desplegado sobre el escritorio. El oficial que lo reveló estaba casi recostado encima. Sobre el área de la derecha se veía el título: *Carta geográfica general de la República Mexicana, publicada el año de 1845, con los datos que reunió la sección de Geografía del Ministerio de Guerra. Por el General de Brigada Pedro García Conde*. En él se registraban los territorios del Oregón, Norteamérica, Nuevo México, así como los distintos estados de la república. Se destacaban las elevaciones, cordilleras y diversos ríos, lo que daba un realismo impresionante.

—Es un mapa bastante bien detallado —elogió Samuel.

—Le agradezco, recluta —respondió el oficial tras levantar la cara.

—El General de Brigada Pedro García Conde —agregó Heredia—, es también un topógrafo excepcional. En unos momentos les compartiré los detalles de la expedición.

—¿Expedición, general? —preguntó Froylán.

—Correcto. Según el último mensaje de la posta, se avistó al ejército americano el día trece en inmediaciones del río San Juan. Según los cálculos del general García, en estos días deben estarse batiendo con nuestras fuerzas en Monterrey. Si se capitula la plaza, es posible que una nueva columna descienda por el oeste del país para realizar la pinza definitiva.

—¿En qué tipo de expedición participaremos, general? —intervino Samuel.

—En junta acordamos realizar dos expediciones. Tras el retorno de nuestro general Trías se definió organizar operaciones hacia Nuevo México. Continuaremos con los ejercicios presidiales y la reunión de más fuerzas voluntarias.

—¿Y cómo colaboraremos, señor? —preguntó Froylán.

—Esta expedición se pondrá en marcha a finales del año, considerando la formación militar de nuevas fuerzas civiles, pero ustedes no participarán. Al menos no en esta expedición oficial.

—La segunda expedición —agregó García—, consiste en enviar un mensaje extraordinario a la capital y solicitar al presidente tropas y artillería. No sé si quedó el general Paredes o vaya a ser de nuevo el general Santa Anna.

—¿Santa Anna? —preguntó Froylán con un gesto de ironía—. Al que derrotaron en treinta... no, menos, veinte minutos.

—Su tarea consiste en solicitar refuerzos a la capital y sumar tropas, armamento y batería para los últimos días de febrero. Con eso sostendremos buena retaguardia y evitaremos

mos el avance del ejército norteamericano. El general Trías ordenó evitar la difusión involuntaria de este movimiento.

—Debido a su falta de esta mañana —continuó Heredia—, acordamos que la penalización consiste en comenzar dicha expedición a las setecientas horas de mañana.

Froylán y Samuel nuevamente compartieron miradas de incredulidad. Samuel mostró un semblante sereno, razonando los diversos escenarios de la búsqueda que se habían ganado de manera involuntaria. Por su parte, Froylán guardó su ánimo e ímpetu acostumbrados, pues solo pensaba en el tiempo que estaría lejos de Imelda; después entró en razón sobre los posibles riesgos de aquella misión.

—¿Podríamos antes...? —expresó inseguramente.

—Mañana a las setecientas —Concluyó Heredia—. General García, tiene a su disposición a los reclutas para detallar la campaña.

Dicho esto, salió de la oficina junto con Castillo. Ambos jóvenes observaron la campaña con la sensación de una realidad extraña, un momento suspendido entre la rutina y un cambio total donde se observaron en un lugar que jamás hubieran imaginado. García señaló el recorrido que, según sus proyecciones, sería un viaje de ida y vuelta de alrededor de veinte semanas. Involucraría cabalgatas veloces y extensas, leves descansos, suministros escasos y disposición de alojamiento en pocas posadas y principalmente en el despoblado. Después de escribir algunas especificaciones más en el mapa, el general lo enrolló y sujetó con un cordón. Luego lo entregó a Samuel. Abrió un cajón del escritorio y tomó un sobre sellado con cera roja, el cual entregó a Froylán.

—¿Sus nombres, reclutas? —preguntó.
—Froylán Arias, señor.
—Samuel Arias, señor.
—Reclutas Arias, guardan en sus manos un poco de esperanza para nuestra nación.

Los llantos del recién nacido hicieron eco entre los muros de la capilla. El anciano sacerdote vertió el agua sobre la frente del pequeño, concluyendo así la sacramentación del nuevo hijo de Dios. La madre y el padre del infante rondaban entre los veinte y treinta años. El papel de la madrina lo tomó una mujer de apariencia rígida que recibía la más alta estimación entre los pobladores del ejido Santa Marta. La parroquia se contempló llena por la congregación que ocupó todas las bancas.

—Miguel Ángel, ahora eres hijo de Dios —decretó el padre.

Cuando la madrina escuchó el nombre, sus ojos manifestaron una profunda consternación dentro de ella. Después de mirar hacia un lado del altar, la mujer se disculpó con el padre y se retiró lentamente de la parroquia. Al salir, caminó hasta llegar a un viejo roble. Luego de recostarse sobre su espalda, se deslizó hasta sentarse y sumirse en aquellos pensamientos que la habían acompañado cuando llegó por primera vez a aquel ejido.

Corría el primer año del siglo XIX en la menguante Nueva España. Virginia era una pequeña de ocho años recostada sobre un árbol entre varios que formaban parte de un poblado cercano a Valladolid. Una carreta conduci-

da por un capellán de alrededor de veinte años se acercó. Cuando se detuvo, le preguntó por su madre. Ella señaló una de las casas de alrededor del valle, información que agradeció el capellán. La pequeña siguió al joven cuando entró a la casa, aunque ella se quedó afuera para asomarse por una ventana. Observó cómo su madre lo recibió con amabilidad, aunque con algo de preocupación.

—Al Zorro lo investiga el Santo Oficio —comenzó el capellán, tras lo cual ella suspiró con resignación.

—Siempre supe que sus reuniones le iban a traer problemas —expresó.

—Me pidió que me la lleve para el norte. Allí estará más segura.

—Pero... esas tierras están muy peligrosas. No va a tener a nadie.

—Me tendrá a mí. Yo me encargaré de que esté siempre segura. Las cosas aquí se van a poner feas, y algo me dice que también van a pasar más cosas.

Las lágrimas de la madre no le permitieron expresar ninguna palabra más. En lo profundo de su corazón siempre supo que llegaría el momento cuando su hija se apartaría de su vida. No era culpa lo que sentía, tampoco la sensación de algo prohibido; mucho menos estaba pagando por sus pecados, porque, ¿quién puede juzgar al amor cuando dos personas, sin importar su edad o creencias, consuman la enseñanza más grande de Dios?

—¿Se lo dirás en algún momento? —se atrevió a preguntar finalmente.

—Cuando Dios nos indique el momento y el lugar — se levantó y caminó hacia la puerta—. Volveré al salir el sol. Traeré provisiones para el camino, pero es mejor que ella también lleve lo necesario.

Cuando la carreta se alejó, Virginia entró corriendo y abrazó a su madre. Jamás la había visto tan triste como en aquella ocasión. La madre le contó que era el momento de iniciar un camino muy largo donde conocería cosas asombrosas sobre su padre; pero al hacerlo ya no se volverían a ver. Virginia se rehusó desde un principio, pues deseaba quedarse con ella, pero su madre la convenció sobre la importancia de aquel viaje, pues era un sacrificio necesario para el bien de ambas. Así se fue a dormir, con un miedo combinado con una extraña emoción.

La tierra ya se encontraba iluminada cuando Virginia y su madre estaban de pie en el umbral de la casa. Escucharon acercarse el trote pausado del caballo, seguido del giro de las ruedas sobre la tierra. El capellán detuvo el pequeño carro de tiro de madera y bajó. Descubrió la capucha que ocultaba su rostro y después retiró su sombrero redondo. Cuando terminaron de platicar sobre cómo serían las cosas de ahora en adelante, la madre se arrodilló para compartir con su hija el abrazo más largo de toda su vida, un abrazo que Virginia sintió demasiado breve. La niña y el capellán subieron a la carreta y anduvieron hacia el norte durante varias semanas.

Muchos años después, pasado el bautismo de Miguel Ángel, Virginia veía nuevamente caminando hacia ella a aquel capellán que la trajo al Ejido, solamente que ahora la silueta se acercaba de una forma pausada y su andar era

encorvado. Cuando llegó al árbol donde se encontraba, el sacerdote le regaló la misma sonrisa dulce que le mostró aquella primera vez, además de figurar una mirada de comprensión por su acción tan extraña durante la ceremonia, como dos personas que comparten la complicidad de un secreto.

—¿No te parece extraño? —inició el padre—. El nombre que eligieron.

—Supongo que son aquellas ironías que da la vida, padre Alvarado.

—Y ahora eres la guardia espiritual del pequeño Miguel. Justo ahora que estamos en momentos de tempestad.

—No sé, padre. No me siento como guía espiritual. Una hija natural jamás será una guía espiritual.

—Llévame a la capilla —pidió mientras le extendía su mano.

El padre Alvarado se apoyó en el antebrazo de Virginia. Ambos caminaron casi sin despegar los pies de la tierra. El ejido Santa Marta se constituía apenas de diez casas, separadas entre sí pero que permitían la cercanía de una comunidad armoniosa. El roble donde comenzaron este camino era el centro del ejido; a la derecha estaban los corrales y caballerizas; hacia el sur se encontraban las chozas, justo después una plazuela frente a la capilla; el norte estaba definido por una sencilla valla de maderos, así como el límite oriental que era coronado por una torrecilla de apenas dos metros de alto; a su vez, la orilla occidental se separaba por un estanque que proporcionaba una protección natural desde ese lado.

Cuando llegaron a la plazuela, los feligreses festejaban a la joven pareja y su hijo recién sacramentado. Entre los asistentes estaban acomodando algunas mesas y bancas para celebrar por la tarde aquel día tan especial. El padre Alvarado abrazó a los jóvenes padres, mientras Virginia, a pesar de poseer una faz rígida, compartía su sonrisa más sincera y también los abrazó. Luego pidió que le permitieran cargar a su ahijado. Sus penas e inseguridades se desvanecieron mientras sostuvo entre sus brazos al pequeño Miguel, una vida pura y recién nacida en Dios. Virginia disfrutó aquel momento, además de sentirse parte de una gran familia. Dedicaría hasta sus últimos momentos de vida a cuidar a su pequeño protegido. Aquel pensamiento se hizo más evidente cuando dos jóvenes llegaron corriendo.

—¡Militares! —gritó el primero. Después agregó tras recuperar aliento—. Vienen militares a la valla.

—¿Cuántos son? —preguntó don Héctor, mientras se abría paso.

—Como unos diez —agregó el segundo joven.

—De seguro son de nuestras fuerzas —refrió Héctor—. Díganles que vengan a la plaza.

Los adolescentes corrieron de nuevo hacia la valla del norte y ahí encontraron a los jinetes nacionales. El sol del mediodía resplandecía en las insignias de los dos oficiales que dirigían aquella avanzada, mientras que los demás, incluidos ellos, portaban el orgulloso saco militar azul. Los adolescentes los guiaron hacia la plaza central del ejido. Cuando llegaron, Virginia y Héctor platicaban animosamente; Miguel se encontraba de nuevo en los brazos de su madre. Desde lejos no podía definirse quién dominaba la

conversación, pues ambos se mostraban muy seguros de sus palabras. Finalmente, Virginia se adelantó hacia los jinetes.

—Buenas tardes —inició ella.

—Deseamos hablar con el jefe ejidal.

—En Santa Marta no tenemos jefe. Nos regimos en comuna.

—¿Algún caballero que tome decisiones? —agregó sin tomar importancia. Virginia solamente se contuvo a suprimir su coraje con una fuerte exhalación.

—¿Qué se ofrece, señor? —intervino Héctor, advirtiendo el gesto.

—Como es sabido —comenzó dirigiendo su mirada al hombre—, estamos en guerra con los norteamericanos. La capital del país difícilmente nos enviará refuerzos, por lo que las guardias fronterizas, así como los respectivos presidios, conformarán las resistencias civiles. —Después alzó la voz para que escuchara cada persona de la plaza. —Las fuerzas regulares nos hemos visto en la necesidad de convocar reclutas varones, a partir de los dieciséis años de edad, para establecer la defensa nacional ante nuestro enemigo. La integridad de México, de Chihuahua y de...

—Santa Marta —completó Héctor al notar la evidente incertidumbre del oficial.

—Santa Marta —continuó—, está en nuestros corazones voluntarios. ¿Santa Marta se encuentra en condiciones para proveer voluntarios y herramientas?

Distinto a la percepción del despotismo de aquel oficial, Héctor consultó con Virginia las más rápidas solucio-

nes. Virginia negó un par de veces con la cabeza, mientras Héctor golpeteaba levemente la propia. La comunidad de Santa Marta, que antes compartía la alegre festividad, ahora complementaba un silencio más imponente que el de la ceremonia religiosa. El bufido del caballo del oficial les recordó la inminente premura para definir en ese instante. Virginia aún se encontraba dubitativa cuando observó el gastado semblante del padre Alvarado. Aquel compartió un solemne asentimiento con la cabeza, lo cual dio el rumbo definitivo a la decisión de Virginia, quien llenó fuertemente sus pulmones de aire y compartió a la comunidad.

—Tenemos este llamado a nuestras puertas. Acordamos que aquellos jóvenes aptos para portar armas acompañen a don Héctor a la campaña de defensa. Según las órdenes de sus superiores, don Héctor se encargará de cuidarlos hasta que esta campaña termine. Quienes tomen su libertad para luchar por la patria, caminen hacia este lado.

Después de un leve silencio fundido entre el sonido del aire, algunos varones intercambiaron miradas y palabras con sus más cercanos. Luego comenzaron a caminar desde distintos puntos. La población de Santa Marta no superaba a los sesenta habitantes. No obstante, toda la comunidad que había asistido al bautizo se encontraba en aquella plaza, donde fue evidente que más de la mitad caminó hasta donde se encontraban los oficiales, sumando a las filas hermanos, amigos y al padre de Miguel. Entre ellos se encontraba un ágil adolescente quien, sin dudarlo, avanzó con paso seguro.

—Tú no, Plutarco —ordenó Virginia.

—¿Por qué no? —reclamó—. En un mes cumplo dieciséis.

—Tus primos te necesitan aquí. Yo te necesito aquí.

—No puede negar una petición militar, señora —re-
criminó el oficial.

—Yo no... —volteó hacia Héctor—. Dilo tú.

—Cuando los hombres salgamos del ejido —informó
Héctor—, no tendremos fuerzas para defendernos de los
bandidos. Necesitamos a nuestras mujeres y jóvenes para
que cuiden los establos de las rapiñas. Plutarco es el mayor
de sus primos, y entre ellos saben cuidar los mantenimien-
tos del ejido. Hay mucho bandido por aquí, ¿sabe?

El oficial aceptó las condiciones. Después de definir
la cantidad de voluntarios, bajaron de sus caballos y pidie-
ron reunirse en el centro de la plaza. Los reclutas recibie-
ron la información sobre la salida hacia el presidio donde
recibirían adiestramiento militar. El oficial encomendó a
don Héctor organizar la salida, así como llevar consigo
el mayor número de herramientas de hierro que pudieran
funcionar como materiales de fundición. De esta forma se
realizaron los preparativos para que en unos días los varo-
nes de Santa Marta marcharan hacia el frente.

En la capilla se encontraban las madres, hermanas y
vecinas de Santa Marta, así como los cinco adolescentes.
El silencio dominaba aquellas columnas, un silencio do-
minado por pensamientos tempestuosos. Al pie del altar se
encontraban el padre Alvarado y Virginia, quienes estaban
acordando la forma de resguardar al ejido durante aquellos
días de abandono. Virginia dirigió sus pasos hacia la figu-
ra de la virgen de Guadalupe y pensó por un tiempo. Sus
incertidumbres de nuevo se aclararon cuando sintió sobre
su hombro la mano suave del padre.

—¿Recuerdas el valor que tu padre le dio a la virgen?
—comenzó.

—Lo sé, padre.

—Recuerda también que Dios nos dio carta auténtica para elegir qué hacer con las pruebas de la vida. Hace muchos años dejamos un tormento con el cual tu padre fue puesto a prueba. Ahora podemos gozar de la libertad por la cual dio la vida hace más de veinte años.

Virginia dio mayor valor a sus adentros y observó una vez más la figura de Guadalupe. Pensó en la tierra, en los árboles, en las casas, y también pensó en toda la sangre que se derramaría por todo aquello. Volteó hacia las bancas de la capilla y contempló detenidamente a cada mujer que lloraba y consolaba a sus compañeras. Al fondo de la capilla, sentada en la última banca, observó a doña Celia, matriarca de la comunidad y mujer que la cuidó desde que llegaron al ejido. Había perdido la vista hace algunos años. Virginia caminó por el pasillo central hasta llegar con ella y arrodillarse. Como si adivinara dónde se encontraba, doña Celia extendió su mano para tomar la de Virginia.

—¡Hija! —expresó con esfuerzo.

—Celita, yo la voy a cuidar a usted.

—Yo sé, hija. Lo supe desde que el padre Alvarado te trajo a nosotros — agregó luego de acariciar la mejilla de Virginia—. Tu padre santo luchó por la libertad del país, y tú lucharás por nosotros.

Después de sentir la calidez inmediata de la mano áspera y suave de doña Celia, Virginia tuvo claro que nadie en la comunidad la consideraba una hija natural, sino una

heredera de una estirpe honrada y coronada por la lucha de libertad. Fue ahí, arrodillada ante su querida matriarca, que Virginia tuvo claro el papel que la historia había puesto ante ella.

Pasaron dos semanas después del reclutamiento de voluntarios en Santa Marta. Durante el sol seco del mediodía, por las estepas del norte de la ciudad de Chihuahua, se vislumbran alrededor de veinte jinetes y otros tantos hombres que marchan al compás de dos carretas. En ellas se observan algunas herramientas oxidadas y varios machetes. A la cabeza del contingente se encontraba don Héctor, con un jorongo verde que portaba con gran orgullo. Le seguían los jóvenes que escucharon su historia de Palo Alto en aquella noche fría ante la fogata.

El jinete que cargaba una bolsa de cuero era el Chilauquiles, quien debía su nombre al famoso desayuno repleto de salsa y queso. No daba muestras de cansancio durante el trayecto, pues era el más jovial de aquellos; coronaba su andar al dar un sorbo a la bolsa. A su lado cabalgaba Ulises, padre del recién bautizado Miguel; él aún mostraba su angustia por haber tomado la decisión de dejar en el ejido a su esposa e hijo.

De los más destacables a pie se encontraba Juan, quien poseía un semblante más fornido que cualquier otro debido a su sangre chihuahuense y apache; había tomado la decisión de alternar la cabalgata con la marcha, pues respetaba a su caballo. Él era el último descendiente de doña Celia, pues sus hermanos se esparcieron por la región, mientras que otros perdieron la vida en los diversos enfrentamientos

armados; se consideraba importante mantenerlo alejado de cualquier machete, pues era su herramienta favorita con la cual siempre manejaba hábilmente cada corte. El último gran héroe de este contingente era don Luis, un poco mayor que don Héctor, pero, a diferencia de este, no era carismático y siempre renegaba por cualquier adversidad, lo cual era el entretenimiento favorito de Chilaquiles, quien disfrutaba de atizarle los corajes; no obstante, Luis siempre cumplía cualquier cometido sin importar lo que costase.

—Oiga, Don —rompió el silencio Chilaquiles—. ¿Es cierto que a usted lo mandó a pelar la doña Virginia?

—¡Será chismoso usted! —recriminó—. Virginia y yo somos amigos desde chiquillos. Ya lo que decidimos mutuamente —después lo señaló con el dedo—, mutuamente, cabrón, es que cada quien ande su camino. Y ya deje el chupe, que se va a deshidratar antes de llegar. Todavía nos queda un buen rato.

—Don Héctor —intervino Ulises—, ¿usted no quiso tener familia?

—Ah, mijo. Si ustedes son mi familia. Santa Marta es mi familia. Ya eso lo dejé atrás hace buen rato.

—O se la dejó la doña Virginia, mi Don —agregó Chilaquiles.

—¡Pinche chavalo chismoso! Ya no ande sacando cosas que ni qué. Ándele —ordenó extendiendo su mano—, deme esa bolsa, que le va a pegar más fuerte si se la acaba.

Aquellos rancheros, a pesar de la circunstancia nefasta que los había puesto en marcha, no dejaban de com-

partir sus bromas y juegos amistosos. Los “santamartenses”, como los había bautizado Chilaquiles, comenzaban a destacarse como una agrupación civil, o, más bien, una agrupación ranchera, que dotaría de calidez y color a los escenarios próximos. A pesar del desconocimiento en materia militar y aún mayor ignorancia sobre balística y artillería, aquel puñado de hombres ejecutaría su disposición de defender la integridad del país. Aquel grupo parecería muy distinto entre sí, sin ninguna oportunidad de victoria y con todas las estadísticas en contra, pero mientras se encontrara don Héctor a la cabeza, cada hombre de Santa Marta lo seguiría hasta el final.

Héctor portaba el rostro empedernido de un hombre maduro chihuahuense. El ceño era marcado por distintos corajes, y en las patillas se originó el tono cenizo de su cabello que destacaba en su melena frontal. El tono cobrizo de su piel lo había ganado por cuidar los corrales y establos, una labor que heredó de su familia en Santa Marta.

Una tarde, mientras su padre lo había llevado a ordeñar las vacas, llegó una carreta con dos personas que conocieron por primera vez al ejido. Detrás del padre Alvarado bajó la pequeña Virginia. Su piel cobriza, así como su cabellera lisa y oscura del bajío de la Nueva España, encendieron la admiración del adolescente. Héctor dejó su cubeta y corrió hacia los visitantes. Poco le importó atender al padre, pero cuando este le preguntó sobre el líder ejidal, Héctor le indicó el camino para llegar a la casa de doña Celia. Después ofreció su mano a Virginia para ayudarle a bajar, acción que ella rechazó de inmediato al brincar hacia el suelo. A partir de ese momento supo que Virginia sería una niña

muy distinta de lo que estaba acostumbrado. Tal vez por eso le atrajo aún más el conocerla, aunque, un par de años después, cuando él confesó sus sentimientos hacia ella, Virginia agradeció sus atenciones, pero respetuosamente le explicó que ella no deseaba lo mismo, pues prefería disfrutar de aquella amistad; cosa que se perpetuó hasta el año 1846.

Cuando llegaron al presidio que los oficiales les habían indicado, vieron sobre el portón de aquella hacienda a los hombres armados, algunos con uniforme militar y otros similares a las ropas rancheras de ellos. En el centro, sobre su caballo, se encontraba aquel que visitó Santa Marta días atrás. Héctor y sus hombres desmontaron y caminaron hacia el oficial.

—Les saluda el teniente Castillo —inició—. ¿Cuántos hombres se suman a nuestras fuerzas?

—Somos treinta y dos buenos hombres del ejido Santa Marta —respondió Héctor.

—¿Alguno de ustedes ya recibió adiestramiento militar?

—Solo yo, señor. Combatí en la batalla de Palo Alto.

—¿Por qué se fue hasta la costa?

—Por pendejo.

—¿Por qué se regresó?

—Porque nuestros oficiales son unos pendejos.

—Cuidado con lo que dice, civil —amenazó Castillo.

—A todo al que le pregunte igual le va a decir que Pura Risa y Repudia no lograron nada. Nos desorganizaron y dejaron que los gringos se pasaran como si nada.

Ante el testimonio de Héctor, sus compañeros y los civiles que estaban presentes voltearon a verse unos a otros con distintos gestos entre sí; algunos de risa, otros de consternación, lo cual provocó en Castillo una preocupación por posibles insurrecciones y desacato ante autoridades. Como primera acción ordenó a dos de sus subordinados que tomaran de ambos brazos a Héctor y lo encerraran en las caballerizas, quien, contrario a una reacción lógica por este ejercicio de violencia, conservó su dureza en calma completa; no obstante, dejó caer su peso sobre las piernas para que al menos los militares batallaran en llevarlo.

De súbito Juan caminó hacia la carreta para tomar su machete, acto interrumpido por la negación realizada por Héctor con su cabeza. Castillo advirtió este sutil gesto de liderazgo, lo que más adelante le sugeriría alguna idea para ayudar a unificar a las fuerzas civiles. Sin embargo, debía mostrar el ejercicio de su autoridad hacia los demás hombres. Ulises apartó un poco a Chilaquiles con la intención de diseñar un plan sencillo para liberar a Héctor durante la noche. Después se pondrían de acuerdo con los demás rancheros de Santa Marta si se quedarían a entrenar en el presidio o regresarían a su preciado ejido.

Castillo dio indicaciones para que los recién llegados pudieran acomodarse, algunos dentro de los salones del presidio y que otros armaran techos entre las carretas en las afueras de la hacienda; el ejército regular les proporcionaría los víveres necesarios. Los santamartenses observaron con furia contenida a los oficiales, pero se mantendrían extrañamente prudentes aquel día, al menos hasta caer la noche.

Durante la oscuridad iluminada por algunas antorchas, Ulises caminó hacia el portón de las caballerizas, el

cual estaba guardado por dos militares. Les presentó algunas dudas auténticas que había cavilado durante el recorrido desde Santa Marta: la distribución de abastecimientos, el entrenamiento y el empleo de armas con los suministros que trajeron desde el ejido. El guardia más afable le compartió sobre los trabajos de fundición que realizarían para elaborar piezas de artillería. Con esta descripción, Ulises aprovechó para extender otra duda, nuevamente auténtica, sobre un fierro viejo que había llevado y su viabilidad para formar parte de algún cañón. Le solicitó acompañarlo a la carreta para ayudarlo a cargarlo, y, de una vez, llevarlo al salón donde realizaban la fundición.

El otro guardia, con semblante bastante hostil, le recordó que no debía abandonar su puesto, pero su compañero le explicó que solamente atravesarían el patio central hacia la fundidora de la hacienda. Ulises le mostró una reja oxidada empleada para el arado y solicitó cargarla junto con él. En la carreta de herramientas se encontraban recargados algunos de los rancheros de Santa Marta, entre ellos Juan, que no ocultó su mirada amenazadora hacia el militar. En el trayecto hacia la sala de la fundidora, Ulises compartió que él acababa de ser padre por primera vez y cómo anhelaba regresar al rancho para estar con su familia. Por su parte, aquel uniformado, que mencionó que su nombre era Francisco, explicó un poco sobre su ciudad de origen, Durango, y que se había formado en el Colegio Militar. Recargaron la reja en la pared más cercana del salón y Ulises agradeció el apoyo.

Cuando salieron, Francisco anduvo hacia la puerta de la caballeriza que ahora se encontraba sin el otro guardia. Al entrar, el silencioso brazo fornido de Juan lo tomó del

cuello, mientras Luis le amarraba las manos. Lo sentaron en una pared junto a su compañero, que se encontraba en la misma situación. Ambos militares contemplaron cómo los hombres de Santa Marta liberaron a don Héctor de la cuadra donde lo tenían recluido. Los rancheros caminaron tranquilamente hacia las carretas en las que habían llegado aquella tarde. Vistieron sus coloridos jorongos y comenzaron su regreso a Santa Marta entre el concierto nocturno de los grillos.

II

Como era costumbre, Chilaquiles bebía del bolso de cuero que cargaba consigo. Ulises le pidió un poco, para lo cual Chilaquiles aventó la bolsa hacia su compañero. Ambos jinetes cuidaron que no cayera al suelo. Continuaba la madrugada y los hombres de Santa Marta conservaban el calor entre jorongos, y, para avivar aquella calidez, atizaban la sensación con lo ardiente de su sotol preferido.

—Qué bueno que no vamos a pelear por estos jijos de la chingada —comenzó Luis.

—Así les va a ir cuando se enfrenten a los gringos —continuó Juan.

—Pero oigan —detuvo Chilaquiles—, ¿qué va a pasar con el ejido cuando pasen por aquí? ¿Usted qué dice, don Héctor?

Héctor se mantenía atento a la oscuridad del camino, como si esperara que algo apareciera entre las sombras. Sus sentidos, agudizados por los años de jornadas y algunas semanas de conflictos armados, percibieron el retumbar del andar de algunos caballos que se acercaban hacia ellos. Levantó la mano y los rancheros de Santa Marta detuvieron el paso. Con las riendas hicieron girar a los caballos, mientras los hombres que caminaban sacaron lanzas, rastillos y machetes de la carreta. Como era de esperar, los jinetes venían del presidio que los santamartenses abandonaron horas atrás.

El teniente Castillo dirigía aquel contingente de, al menos, la misma cantidad de los rancheros. Los rodearon

hasta cortar el paso, movimiento que los hombres de Santa Marta respondieron al apuntar con sus armas a los militares. Sobre su caballo, Héctor se colocó al frente de sus hombres, y estirando la mano, en señal de cese, logró que desistieran de sus amenazas. Ante esto, Castillo descendió de su caballo y caminó hacia don Héctor, acción que el santamartense respondió de la misma forma.

—Ustedes no temen a que los pasen por las armas, ¿verdad? —amenazó Castillo.

—Que yo sepa, no estamos en la milicia como para que nos sujétemos a sus reglas. Y aún así —pausó un momento para ver a los demás militares—, aún así aquí están, y no para mandarnos a dormir.

Castillo identificó el extraño razonamiento de Héctor. En efecto, el teniente conocía perfectamente el panorama desolador de la situación y no podía tomarse el lujo de perder las fuerzas civiles, ni mucho menos perder las regulares. Él sabía las razones por las cuales se había tomado la molestia de ir por aquellos rancheros; rebeldes, sí, pero bien liderados por Héctor. Aquella avanzada para alcanzarlos era solamente un ejercicio estratégico para encaminar la voluntad de Héctor y los voluntarios de Santa Marta hacia la defensa nacional. La carrera militar de aquel oficial le había enseñado que no importaban las adversidades de la situación; mientras los hombres siguieran fervientemente a su capitán, podían alcanzar lo que desearan, tanto en la victoria como en la derrota. Por supuesto que todo se dirigía hacia el triunfo lejano, depositado en aquella esperanza, tan lejana, resguardada en los corazones de cada mexicano.

—Muy bien —respondió finalmente Castillo tras expulsar fuertemente el aliento—, descubrió mis cartas. Reconozco su capacidad para organizar e inspirar a sus hombres. Cosas así necesitamos en este momento. No faltará mucho para que el ejército norteamericano incursione por el oeste del país, y cada voluntario, lo más organizado posible, será un factor determinante para el éxito de nuestro puesto. Se lo pido, de autoridad a autoridad, por favor... únanse a las tropas civiles.

El extraño tono del teniente no llegó a la súplica ni tampoco a la orden. Era una petición sincera; regia, pero con la suficiente necesidad para persuadir, no por la solicitud misma, sino por el guerrero que habitaba en cada mexicano en aquellos tiempos de profanación del suelo nacional. La última oración se replicó en el eco de la madrugada, cuando los insectos habían guardado silencio, expectantes de aquella discusión. El viento nocturno se interrumpió con las palabras de Héctor.

—Pues no sé cómo hagan las cosas allá en México, ni mucho menos los militares. Pero déjeme le digo una cosa —advirtió apuntando con el índice—. Nosotros los de Chihuahua somos bien chingones, y para cualquier cosa que nos pongan a hacer, la hacemos, y bien chingona y sin chistar, para que vea. Pero ustedes —acercó el dedo casi a la nariz del oficial—, no valen ni para pura chingada madre. Ni a la *she* de la *shingada* llegan ustedes.

El silencio de nuevo dominó la oscuridad. El teniente Castillo se limitó a digerir los insultos de Héctor, mientras sus hombres compartían gestos de incredulidad. Los ran-

cheros, tras escuchar sus palabras, formaron una postura de orgullo con el pecho ensanchado; no estaban molestos, ni mucho menos se sentían bandoleros, sino se conocían investidos con el orgullo de cualquier guerrero de élite de los tiempos antiguos: eran las falanges macedónicas, las legiones romanas, los templarios teutones, que, aunque la mayoría de ellos desconocía los orígenes de estas civilizaciones, al menos se observaron como las fuerzas más avasalladoras del país.

—¿O sea que eso es un sí? —preguntó confundido Chilaquiles, rompiendo aquel silencio ceremonioso.

—¿Qué dice usted? —consultó Castillo a Héctor.

Tal parecía que don Héctor disfrutaba de aquellas pausas que denotaban drama en las conversaciones. No obstante, los silencios contenían los múltiples panoramas que el ranchero visualizaba: formaciones exhaustivas, gritos, detonaciones, temblores, y el temor de ver a sus amigos destrozados sobre la tierra. Finalmente volteó hacia sus hombres.

—¿Qué dicen ustedes?

Cada hijo de Santa Marta dio un paso hacia adelante desde el lugar donde se encontraba. Mientras Héctor volteaba a ver uno por uno, se respondían con un asentimiento lleno de orgullo. Cuando terminó el recorrido con la vista, se limitó a responder.

—Ahí lo tiene.

Después de aquella extraña muestra de argumentos, los hombres de Santa Marta accedieron a formar parte de las fuerzas civiles del norte, bajo el mando de los generales

Heredia y García Conde, así como del mismísimo Ángel Trías, que regresaba de ganar y perder respectivamente distintas discusiones con la ciudad de México.

Las siguientes semanas fueron particularmente distintas de cualquier tipo de adiestramiento militar. Los oficiales mayores y los militares regulares practicaban voleo y precisión de carga sin detonar la pólvora, pues se encontraban en un régimen de racionar suministros. Asombrosamente, en el momento de accionar los fusiles, se escuchaba un potente y unísono “clic”.

Para dicha tarea, Castillo tenía la comisión de enseñar las tácticas de sinergia a las fuerzas civiles, algo que aparentemente sería más complejo dentro del actual conflicto con el país del norte. En principio, tardó alrededor de una semana en definir la formación de cuadro, pues los rancheros de distintas partes del estado desconocían los ejercicios militares, así como la terminología. La solución a esta complicación se dio cuando Héctor comparó los movimientos en cuadro con el despliegue de las ovejas desde el corral hacia el campo abierto. Poco después, y con el apoyo de don Héctor, las tropas civiles comenzaron a dar muestra de unidad y organización; cualidades distintas a la precisión y habilidades en balística. Las jornadas en la plaza fueron de lo más pintorescas.

—Bien —comenzó Castillo—, la siguiente práctica es fundamental para el éxito de nuestra defensa.

El teniente permitió a sus palabras replicarse con el eco producido aquella mañana sobre la plaza. Los rancheros de diversas partes de Chihuahua permanecieron de pie con aten-

ción, así como aquellos que habían aprendido penosamente a cargar la pólvora, pisarla y prepararla para la detonación. Con esto, el aspecto mecánico de la preparación era casi un hecho, solamente restaba la coordinación de las tropas auxiliares para que las descargas fueran efectivas contra el enemigo.

—Lo siguiente es coordinar por columnas el fuego de volea —indicó.

—¿El qué de la abuela? —preguntó Chilaquiles con una mueca que denotaba su ignorancia sobre el término.

—Fuego de volea, recluta.

—¡Ah! Creí que dijo fuego de la abuela. Porque fíjese que hablando de fuego de la abuela, pensé en el chile *tres ardores* que hace la abuela Celia.

Después de la tangencial declaración, Juan se resignó a golpear su propia frente con la mano en señal de vergüenza ajena. Mientras tanto, cayendo en el juego del ranchero, Castillo preguntó con solemne curiosidad.

—¿Y por qué le dicen chile “tres ardores”?

—Uy, pos es una historia muy buena, la verdad, mi general.

—Soy teniente, recluta.

—Pos peor tantito. Pues mire, se le dice chile “tres ardores” porque arde al consumirse, arde al digestarse, y arde cuando tiene que salirse por...

—Bueno, ya —interrumpió Castillo—. Olvídense de los ardores de la abuela y ponga atención, porque, como dije, lo fundamental para nuestra victoria es coordinar las detonaciones al mismo tiempo.

—¡Ah, chingá!, ¿qué no solo es disparar y ya?

Castillo explicó que esta técnica era necesaria para que el fuego de los cuadros de ataque fuese efectivo, pues de otra forma sería un desorden al momento de detener las filas enemigas y perder posición en los momentos cruciales del enfrentamiento. La primera columna disparó con un descoordinado “cl...cl...cl...clic...”, con lo cual, el teniente mostró su decepción al negar con la cabeza y cubrir su frente con la palma. La segunda columna imitó el efecto de la primera: “cl...cl...cl...clic...”, y así las siguientes, hasta que algo distinto sucedió en la columna donde se encontraba don Héctor, pues su fusil no hizo “clic”, sino se desmontó por la parte del gatillo.

Sintió la misma impotencia que experimentó cuando se dio cuenta de que su rifle estaba defectuoso como en Palo Alto. Se dijo a sí mismo: “Chingada madre, otra pinche vez”. Después de contener un poco su coraje, preguntó molesto a Castillo.

—Disculpe, teniente, ¿qué tipo de rifle es este?

—Fusil de chispa español —respondió con voz rutinaria—. Son las reservas que nos proporcionó la capital.

—¿Español? Si a esos jijos de la chingada los sacamos hace más de veinte años. ¿Por qué chingados estamos disparando... o más bien, no estamos disparando armas del año de la chingada? —con esta última palabra arrojó la rudimentaria pieza contra el suelo.

—Me disculpará, civil —intervino Heredia, quien enfatizó *civil* mientras se acercaba a la plaza—, pero es lo que

el general Trías alcanzó a negociar con la capital. Entiendo su pesar, compartido también por las fuerzas regulares, pero lamento informarle que estos son los suministros con los que contamos.

La respuesta del general responsable por la defensa de Chihuahua simplemente demostró a Héctor el servilismo y actitud sumisa que terminaría por derrotar, primero a las fuerzas fronterizas y, luego, como en un deslave de arroyo, a la capital.

Durante una de aquellas semanas un voluntario de otra región de Chihuahua intentó montar un caballo, pero como pisó con demasiada fuerza por el lado derecho, del cual no estaba acostumbrado el equino, este renegó y de un mordisco atrapó la mano del improvisado jinete que se limitó a gritar: “¡Ay, Manuel... Manuel!” a su compañero más cercano. Aquellos alrededor intentaron tranquilizar a la bestia, hasta que finalmente Chilaquiles, quién sabe de dónde, sacó una zanahoria que le ofreció. Al abrir la mandíbula, el infortunado voluntario retiró su mano machucada y corrió hacia la enfermería. Muchos de los animales criados en los diversos ranchos no estaban acostumbrados al ruido de las detonaciones, lo que generó que algunos corrieran desbocados y arrojaran al suelo a los jinetes. Varios se lesionaron extremidades y otros simplemente se retiraron a la enfermería. El general García Conde consideró que esto sería un problema para su movimiento con la caballería armada. Ante esto, instruyó que todos los rancheros empuñaran lanzas y machetes y los manejaran sobre sus caballos.

Cuando Juan tuvo la oportunidad de apretar el machete con su mano derecha, maniobró con el ímpetu de

su raza contra un tronco de la valla. Con ágil tajo mandó volar el extremo de la madera, el cual cayó ante los pies de García. Por un momento el general imaginó con sombría emoción la cabellera rubia y piel rosada de alguno de los invasores. A partir de aquel día le asignaría a Juan mantenerse a su lado, tanto para la efectividad de posibles cargas, como para su protección personal.

Por su parte, Chilaquiles intentó disparar con imprudencia su fusil, pues deseaba recibir también un elogio de sus compatriotas, pero los movimientos erráticos y faltos de equilibrio hicieron que su caballo forcejeara, lo que produjo que la bala impactara en el costado izquierdo de Luis, que cayó de espaldas por la inercia del proyectil. La práctica se detuvo. Chilaquiles bajó de un salto y corrió hacia su compañero, mientras rancheros, militares y oficiales se acercaron con curiosidad. Heredia ordenó a uno de sus hombres que fuera por el curador del presidio. Chilaquiles, con la respiración cortada cerró los ojos y tomó con su mano la nuca de Luis. El súbito golpe que recibió en su oreja izquierda lo aturdió y tiró al suelo. Todos observaron con incredulidad cómo Luis se sentaba y le escupía una mezcla de saliva y sangre a su compañero.

—¡Pinche Chilaquiles idiota! —gritó mientras presionaba su costado con la mano.

—¿Pero cómo? —preguntó asombrado desde el suelo.

—Déjame ver —ordenó Juan mientras retiraba la mano de Luis—. La bala... o se deshizo, o explotó antes de darle a Luis. Solo raspó la piel.

—¡Pero duele como la chingada! —se quejó Luis—. O los gringos te matan, o yo te mato, pinche Chilaquiles.

—¡No morites! —exclamó Chilaquiles mientras lo abrazaba sin dar importancia a la amenaza.

—Bueno —intervino Ulises—, creo que es algo bueno de usar armas gastadas.

—Pero no será bueno contra los invasores —aclaró Juan.

Así continuaron las jornadas de adiestramiento militar con los rancheros de Chihuahua. Fue evidente la inexperiencia en el momento de detonar fusiles y recargar, pues llegaban a tardar hasta más de dos minutos para realizar toda la maniobra. Heredia se esforzó por evitar mostrarse angustiado ante aquel panorama desolador. Casi podía ver la sombra de los batallones enemigos adentrarse sobre la llanura y cubrir de azul y rojo la aridez del desierto chihuahuense. Sí, aquellos chihuahuenses manifestaban desde lo más profundo de sus almas la más valiosa voluntad de combatir por su país; no obstante, la obsolescencia del armamento y la falta de pericia pesaban más que aquella voluntad. *Y esta guerra, pensó Heredia, no tendría la fortuna de guiarse con buenas voluntades.* Poco más de un kilómetro después de la valla perimetral del ejido, se admira un espacio de la llanura moteado por dispersos agaves firmes, verdes y cobrizos. Una hormiga contemplaría un cielo gobernado por hojas como espigas alargadas, soberanas, que imponían su aspereza sobre la tierra y el cielo. Este campo es probablemente el recurso más valioso y no comercializado del lugar, pues los santamartenses deseaban conservar aquel privilegio solo para ellos mismos. Aquel paraíso escondido lo mantenían en secreto para evitar que bandidos o saqueadores futuros lo invadieran y pervirtieran su uso.

En este reino silvestre se observaban tres siluetas sobre el horizonte árido de la llanura: el joven y levemente fornido Plutarco, que dirige a un burro y una carreta de apenas un metro de largo. A su derecha, poco más al frente, se impone sobre el páramo, cargando un machete sobre su hombro izquierdo, una regia Virginia que dominaba aquel paraje.

Virginia indicó a Plutarco alcanzar la planta más alejada de Santa Marta y rodear con cuidado los silvestres, pues sería la colecta que tendrían para este año. Por lo visto, en las últimas semanas necesitarían suficientes destilados para mitigar los dolores... Dolores... un apellido que el padre Alvarado le había sugerido llevar durante su arribo al ejido, pues llegaron desde el valle del dolido, según explicó el mismo padre.

—¿Tenemos que cortar todas las plantas? —preguntó asombrado Plutarco.

—Mira, ven aquí donde estoy —pidió Virginia.

Flexionó un poco sus rodillas y fijó su mirada hacia el camino a Santa Marta. Con el machete trazó sobre el aire un horizonte imaginario. Explicó a Plutarco que las primeras diez líneas de plantas estaban listas para recolectarse en ese invierno, y que ella misma, junto con Héctor y Juan, habían venido hace doce años a recoger las plantas con las cuales prepararon las botellas que aún tenían en reserva. Ahora, donde se encontraban de pie, había algunos brotes, aún pequeños de silvestres y lechuguillas.

En las siguientes filas estaban las plantas que serían colectadas dentro de cinco años; Virginia esperaba que para entonces México ya no se encontrara en conflicto con

Norteamérica o algún otro país. En las últimas hileras estaban los silvestres, que serían cosechados diez años después. Explicó que el corte debía ser en el espacio último entre la hoja y la tierra. Elevó su machete hacia el cielo y con súbito golpe separó una de las hojas, dejando expuesta una parte del corazón. Después Plutarco hizo lo mismo. Así trabajaron durante algunas horas de la jornada.

En la carreta juntaron alrededor de veinte corazones, o piñas como solían llamarlas, y a paso de burro caminaron de regreso a Santa Marta. Virginia alabó de Plutarco su habilidad para manejar el machete, tal y como lo hacía su padre, Juan, que había sido el santamartense que más corazones de plantas había conseguido en menor tiempo.

—Cuando dijiste corazones creí que hablabas de humanos —explicó Plutarco.

—Déjame decirte que no se aleja de la realidad.

—Ah, caray. ¿Cómo está eso, doña Virginia?

—Desde hace algunos años ha habido conflictos entre algunos ejidatarios y los apaches. Como sabes, tu papá y la abuela Celia vienen de una gran familia de apaches, que poco a poco los han ido sacando de sus tierras. Por culpa de hombres ambiciosos que empezaron a pagar a mercenarios por cabelleras de apaches, se fueron acabando. Eso hizo que tus abuelos y tu papá pelearan hace tiempo. Cuando mataron a tu abuelo, doña Celia y Juan llegaron a Santa Marta, y aquí conocieron a tu mamá.

—¿Y no se pelaron con ellos porque eran apaches?

—Al principio estaban muy inseguros, pero el padre

Alvarado explicó que el único camino para mantener la paz era la convivencia. Creo que nunca pensó que se uniría un apache con una mujer que no era como ellos.

—¿No era peligroso?

—Fíjate que sí, porque el orgullo de cada familia era muy grande. Pero como se trataban de personas de un ejido, muy diferentes de las de la ciudad, no lo veían mal. Creo que si fuera el caso de una apache con algún gachupín sería una historia de amor apache muy buena para contar en un futuro. Pero el caso de tu papá y tu mamá fue la unión de dos personas que se completaban mutuamente. Y mira, aquí estamos todos, ahora peleando contra un enemigo que también viene a quitarnos nuestras tierras.

—¿Por qué se pelean por tierras, doña Virginia?

—¡Ay, mijo! Creo que no puedo responder a eso, pero mira... imagínate que vendiéramos muchas botellas de nuestro alcohol y nos pagaran mucho. Gracias a que tenemos un campo lleno de plantas, podemos producir más, y así tener ventas seguras por muchos años. Como no toda la gente tiene una buena cantidad de tierra para ganar más dinero, ¿qué crees que haría esa gente?

—¿Robarnos las botellas?

—Peor... robar la tierra para producir ellos más botellas. Algo así como los gachupines cuando llegaron a México; como ya tenían sus tierras ocupadas, necesitaban más.

—Qué feo, doña Virginia.

—Bueno, mijo. Ya llegamos. Ayúdeme a echar las piñas al hoyo. Ahí están las tías que van a prenderles fuego y cocerlas.

Las tías ya habían encendido aquel hoyo con leña de encino. Se encontraban entre Virginia, Plutarco y el horno que habían cavado desde varios años atrás. “Las tías” era la manera como los santamartenses se referían a las mujeres del ejido. La mayoría era bastante allegada a doña Celia, mientras que las demás simplemente por amistad habían sido adoptadas con ese apodo. Ellas guardaban el secreto para la producción de la bebida del sotol y lechuguilla; cada una era bastante hábil en su tarea encomendada y, claro, bajo el liderazgo de doña Virginia, habían aprendido a manejar el machete para cortar, así como a usar troncos a manera de mortero para pisar las piñas.

Las tías de Santa Marta ayudaron a Virginia y Plutarco a arrojar los corazones de la planta al horno. La humareda comenzó a mezclar el aroma de encino quemado junto con la aspereza de la piña silvestre. Después echaron maleza y gatuños para hacer una capa que luego sellaron con tierra. Para las dos de la tarde habían forrado aquel caldero y ya estaban listas para la comida en el gran comedor. La sinergia de las tías era impresionante, y tal parecía que la partida de los varones no modificó las rutinas del ejido.

Después de aquella jornada, las tías acordaron reunirse por la noche para celebrar la cosecha de la piña y, claro, platicar sobre los planes próximos compartiendo los destilados de hace dos años. Entre las damas más destacables de la comuna estaban, por supuesto, doña Celia, quien por lo general disfrutaba sentarse la mayoría del tiempo; a su lado, apoyando como lazarilla, estaba Aurora, madre de Plutarco, mayor entre las mujeres de Santa Marta; en edad le seguía Blasa, madre del pequeño Miguel, quien ya tenía pulcro el salón y que además limpiaba enfermi-

zamente cada espacio... en muchas ocasiones retiraba los platos antes de que terminaran de comer algunos de los comensales; en la mesa central Isabel jugaba ajedrez con Silvana, la más nerviosa de todas, aunque más hábil en la estrategia. Ninguna de ellas era hermana verdaderamente; no obstante, su amistad estaba enlazada por algo más que cualquier relación de sangre.

Isabel aventó su rey como señal de rendición, y con fuerte arrastre de su silla al levantarse preguntó por Virginia, a lo que ninguna de las tías dio relación sobre su paradero.

—Lo más seguro es que se esté confesando con el padre Alvarado —supuso doña Celia.

—Pues a esa se le va a olvidar que el sotol se va a hacer malo si no llega. Así que yo no respondo —amenazó Isabel.

—Serás fea tú —recriminó Aurora—. ¿No bastó con que se fuera a recoger las piñas a mitad del *solonón*?

—¡Ay, ya... ya... ya...! —rechistó rápido Isabel—. Está bien, aquí la esperamos, pues.

Finalmente entró Virginia al gran comedor. Cada una de las tías continuaba su actividad, excepto Isabel, que de inmediato preguntó sarcásticamente.

—¿Y qué, ya te sacaron el chamuco de hoy?

—Pues sí, pero mañana regresa —contestó regresando el tono—. Por eso terminé temprano.

—¡Cómo estaría para que tardaras tanto si no era nada! ¿Pues qué hiciste, tú?

—La menté.

—¡Achis! ¿Qué lamentaste, tú?

—No. Se la menté a los gachupines.

—¡Dios bendito! —se santiguó Blasa desde su lugar—. Dios te perdone por tu blasfemia.

—Ay, tú. ¿Qué tiene de malo? —intervino Aurora.

—Pues nada —respondió Virginia—. Le estaba explicando a Plutarco sobre el proceso del sotol, y de ahí salieron los gachupines. ¡Pero, ya, ya, ya! —concluyó Virginia—. A lo que vinimos, pues.

Entró a la cocina y, de la alacena, tomó un botellón que le quedaba de frente. Lo llevó a la mesa mientras Silvana acomodaba los seis tarros alrededor. Aurora ayudó a doña Celia a acomodarse en su silla, luego se sentó frotándose las manos y aplaudiendo dos veces. Virginia terminó de servir y dejó el botellón en el centro de la mesa. Tomó su tarro y compartió que ya habían pasado cuatro semanas desde la partida de los hombres de Santa Marta hacia el frente. Este había sido un mes de doblar trabajos y jornadas que dieron bastantes frutos, sobre todo por la cosecha y cocción de la planta. Pero ante todo existía una preocupación que alarmaba por demás a Silvana: la incursión de bandidos a los corrales y almacenes.

Se acercaba la temporada de frío, cuando saqueadores aprovechaban para llevarse recursos y hasta animales. Durante esta noche las tías, entre la cordura que las destacaba y los efectos del destilado, acordaron un plan extraordinario... realizar guardias durante las noches para proteger las últimas cosechas. Aurora negó participar en una locura así, pues ella preferiría descansar más para aprovechar mejor las jornadas.

—Ahorita que anda el temor de los gringos —argumentó Virginia—, muchos cabrones se van a aprovechar de los ranchos. Y es más, no nada más los ladrones, también los pinches gringos se van a dejar venir.

—¡Virginia! —se santiguó Blasa nuevamente—. Cuida tus palabras.

—Ay, tú. Eso qué —renegó Virginia.

—Como madre de tu ahijado, mi responsabilidad y tu responsabilidad es cuidar su camino moral.

—Pues sí, pero si no hay camino que cuidar vale madres su camino moral —concluyó y luego dio un trago más. Después caminó hacia la puerta y salió al pórtico.

Las tías continuaron planificando las jornadas y discutiendo, aunque en momentos parecía que discutían un poco más que lo otro. Sumando los albores del destilado, cada una fundamentaba su postura junto con el azote del tarro. Después de acaloradas declaraciones, Aurora colocó el punto final a los desacuerdos, contando también con el apoyo de doña Celia quien, más que nadie, deseaba que cada persona de Santa Marta tuviera un hogar a donde llegar, así como había sucedido con su familia.

Contemplando el concierto de los grillos, Virginia disfrutó la armonía de las estrellas en el horizonte. Comenzó a sentir frío, por lo que otro trago de sotol le brindó calor en su pecho. Aspiró fuerte y sacó despacio el aire, permitiendo disfrutar el sutil desvanecimiento del flujo sanguíneo por su cabeza. Recordó muchas cosas. Recordó la primera vez que vio al padre Alvarado; después, su encuentro con Héctor, así como las noticias sobre el fusi-

lamiento de su padre y la consumación de la Independencia. Recordó la llegada de doña Celia y Juan, sus familias, las tías, todo. Luego vio cómo las estrellas comenzaron a destellar como si fueran detonaciones, y observó cómo los invasores terminaron de cubrir el entorno. Una mano sobre su hombro la regresó a la realidad.

Blasa le ofreció un jorongo verde, tejido por la misma doña Celia varios años atrás. Introdujo su cabeza por el orificio, cuidando de no voltear su tarro, y al terminar dio el último sorbo. Agradeció a su hermana el haberle traído aquella pieza ejemplar y cálida.

—Yo entiendo que te preocupas por el ejido —inició Blasa—. Pero necesitas saber que también cuentas con nosotras. No estás sola, tú.

—Yo sé... yo sé. Pero mira —concluyó observando fijamente a las estrellas—, lo que me preocupa no es que el país está en guerra con los gringos. Más que esos pinches invasores, me preocupan los pinches mexicanos que se van a aprovechar de todo este desmadre.

El mesón en Durango fue el mejor alojamiento desde que iniciaron el viaje hacía tres semanas. Los dos reclusas acordaron, aparentemente, evitar la primera parada en Chihuahua con el objetivo de ahorrar medio día de descanso. Ante aquella decisión, el primer punto de descanso fue la antigua posta del camino del Nombre de Dios, fría y descuidada. Después de eso, los primeros días durmieron en el despoblado, soportando mosquitos, el frío seco del norte y el mal acolchonamiento de recostarse entre piedras; además, descansaron poco debido a las distintas

guardias frente a las fogatas para evitar el ataque de alguna alimaña por las noches, especialmente las ponzoñosas.

La habitación contaba con dos camas gemelas pequeñas, un lujo que no pudieron darse durante la primera parte de la travesía. Acordaron, aparentemente, descansar dos noches por primera vez. Esto con el objetivo de recuperar las fuerzas de los caballos, herrarlos y reabastecerse para otra jornada larga. Froylán se encontraba cubierto por las cobijas mientras Samuel, a la luz de la vela de su cómoda, analizaba con detenimiento el mapa de la república. De acuerdo con los cálculos de leguas y días, estarían llegando a la capital entre la segunda o tercera semana de noviembre.

—Si comenzamos al salir el sol —comentó Samuel emocionado—, podremos ganar una hora más para llegar en dos días a Sombrerete, y después otras dos para Zacatecas. Llevamos buen tiempo.

—¡Una hora! —expresó Froylán enojado—. ¡Una pinche hora es lo único que te pedí!

—¿Y ese milagro que me hablas?

—¡Una hora! —repitió Froylán tras sentarse sobre su cama. Aventó la almohada a la cabeza de Samuel, que cuidó que no rebotara hacia la vela. De todos los humores existentes, era bastante difícil encontrar a Froylán tan fúrico como en aquella ocasión. Aquel recluta ocurrente que había sido reprendido semanas atrás era totalmente distinto del que ahora con rabia había arrojado la almohada a su hermano.

—Pues discúlpame —continuó Samuel—, pero tenemos una misión y no quiero perder el tiempo. No *podemos* perder el tiempo.

—Solo una hora necesitaba para despedirme de Imelda. ¡Una hora! Ahora nunca más nos volveremos a ver.

—Mira que yo también sacrifiqué pasar a San Cristóbal a que el padre Chávez nos confesara.

—Porque ahí sí íbamos a perder una hora. La casa de Imelda no tomaba ni treinta minutos del camino.

—Lo siento, Froylán, pero García diseñó este itinerario para llegar a tiempo a defender el norte.

—Itinerarios y misiones. Eso es lo único que te importa. Como nunca has tenido novia no te importan los sentimientos de los demás.

—Claro que me importan, pero hay que tener claras las prioridades. Papá y mamá siempre...

—¡Ni siquiera son tus papás! —gritó Froylán descontrolado.

—Eso ya lo sé —respondió Samuel secamente.

—El hecho de que te hayan dejado no significa que los demás vayamos a dejar a los demás.

La última sentencia de Froylán, expulsada con saña reprimida, rebotó dentro de los muros de la habitación. El silencio de aquel dormitorio estaba invadido por el revolotear de corajes, reclamos y conflictos que revivieron la primera adolescencia de los hermanos. Mutuamente envidaban los privilegios con los que crecieron cada uno. Froylán era el primogénito de una familia hacendada de Chihuahua y familiar de grandes terratenientes, de ahí que la Princesa, su yegua, fuera el regalo de quince años. Cuando tenía tres, recibió como hermano a Samuel, que había sido

abandonado en la misión de San Cristóbal y que después fue confiado a los señores Arias por las manos del padre.

Samuel creció con la bendición de ser amado por la familia Arias, pero desde siempre había cargado con aquella sensación de abandono, razón por la cual cumplía con diligencia toda tarea que se le encomendara; tuvo el deseo, y aún lo posee, de convertirse en sacerdote. Su actitud espiritual y diligente fue objeto de los constantes elogios de sus padres, caricias de las cuales Froylán, acostumbrado a estas atenciones, no soportó durante su adolescencia. La forma en que Froylán lidió con esa extraña carencia la resolvía con sus acciones intrépidas y temerarias, lo cual, aunado a su semblante agraciado y su porte gallardo, lo habían colocado en el centro de los elogios de las damas.

—No voy a rebajarme a responder eso —continuó Samuel mientras seguía adentrado en el mapa.

—Siempre te creíste más superior, pero no eres más que un pinche... —se detuvo a recapacitar.

—Dilo —volteó finalmente Samuel—. ¡Ándale, dilo!

—¡Pinche negro!

La última palabra se había raspado dentro de la garganta, pero su coraje ayudó a expulsarla de su ser. De súbito, Samuel se arrojó como jaguar sobre Froylán y lo tiró de la cama donde estaba sentado. Ambos tenían la vitalidad de los dieciocho años; no obstante, Samuel era físicamente más formado de la espalda, lo que dio ventaja sobre su hermano. Aprovechando la desorientación de Froylán, le presionó el cuello con el antebrazo para terminar de someterlo, pero Froylán comenzó a dar manotazos en las orejas

de su hermano, provocando que redujera su fuerza. Cuando Froylán logró soltarse del antebrazo dio un rodillazo al costado de su hermano. Ambos continuaron forcejeando y gruñendo cuando la casera irrumpió en la habitación.

—¿Qué están haciendo, escandalosos? —gritó—. Aquí no es para echar pasiones ni hacer escándalos, que mucha gente anda de viaje.

—Disculpe, señora —explicó Samuel levantándose—. Tenemos una pequeña querrela mi hermano y yo.

—Arréglenla mañana y váyanse a dormir.

—Sí, señora. No vuelve a pasar.

—Estos militares se creen mucho nomás porque andamos en guerra. Mañana se van a la chingada, pues —luego dio un portazo más ruidoso que el conflicto de hacía unos minutos.

Froylán intentó compartir unas palabras diplomáticas con Samuel, pero él se limitó a guardar el mapa, verificar su fusil y acomodarse para apagar la vela y acostarse volteando hacia el lado contrario de la cama.

La última tarea pendiente antes de salir por la mañana consistía en herrar los caballos; por fortuna se encontraron con unos mineros de camino quienes, al ver que eran militares, les facilitaron algunas herraduras para su campaña. Los hermanos estaban sentados preparando a sus respectivos caballos al lado del corral, aún sin decirse ni una sola palabra. Lo único que tranquilizaba a Froylán era acariciar el cabello de Princesa, su yegua clara, mientras que Samuel trabajaba mecánicamente con las pezuñas de Coyote, el pardo que le habían obsequiado sus padres. Ambos trabajaban en silencio hasta que Froylán dio un

brinco del banco y presionó su posadera izquierda.

—¡Pinche alacrán de la chingada! —le gritó entre gruñidos cuando lo descubrió encima de su asiento.

Invadido por el coraje, más que por el susto, aplastó con el pie izquierdo al animal. Después de arremolinar la tierra con la bota se dio un sentón en el suelo debido al leve mareo que sintió. Samuel soltó la pata de Coyote y se arrodilló frente a su hermano.

—¿Dónde te picó?

—No te rías, cabrón.

—Ya, dime dónde.

—En la izquierda.

—Izquierda ¿qué?

—¡Nalga izquierda!

Samuel reprimió en la nariz un intento de carcajada, pues sabía que un piquete no debía dejarse sin atender. Tomó aire e indicó a Froylán que se tranquilizara. Pidió ayuda a la casera quien, a pesar de haberse llevado una pésima impresión en la noche, les ayudó. Ella pidió a un niño que buscara a doña Edu. El pequeño corrió hacia unas casas atrás. Mientras el auxilio llegaba, Samuel indicó a Froylán que se volteara y descubriera la parte involucrada. Él rechazó, pero al sentirse más débil, lo hizo muy a su pesar. Samuel tomó una botella de la mochila que cargaba Coyote. La destapó, bebió de ella y luego vertió un poco sobre la parte hinchada. Después desarmó la bayoneta y se preparó para hacer un corte.

—¡Pérate, pérate! ¿Qué haces?

—Necesito cortar para luego chupar el veneno.

—No, no. Ahí no. Qué pinche vergüenza —luego se giró sobre sí, provocando que se presionara la picadura y le ardiera más.

Samuel lo convenció de que era el primer remedio que necesitaba hacer antes de que le afectara la picadura. Explicó su determinación por realizar todo lo posible porque volviera a estar con Imelda, e incluso sería capaz de morderle la nalga y extraer el veneno. Tanto así demostraba su amor como hermano. Ni el dolor ni la vergüenza lograron que Froylán se sometiera, sino el deseo por ver de nuevo a su amada. Sabía que una vez que Samuel hacía una promesa, haría todo lo posible por cumplirla.

Vertió nuevamente sotol sobre la picadura, luego dio un trago más, para después abrir la herida con la punta de la bayoneta. Cuando salió un poco de sangre junto con el líquido amarillento, Samuel dio otro sorbo a la botella, se guardó el alcohol en la boca y luego se acercó para succionar. La casera negó indignada.

—Escandalosos y todavía con estas aberraciones —expresó con repulsión.

—Usted cállese, señora —respondió Froylán entre quejidos—. Si muero aquí, a usted va ser a la primera que voy a atormentar.

Cuando terminó de succionar el líquido, Samuel escupió al suelo, lo que agregó otro gesto de desagrado a la presencia de la casera. Froylán sintió un alivio envuelto

entre el cansancio y la sensación de angustia. Poco después llegó el niño con la señora Edu. El mismo Froylán nunca estuvo seguro de si fue el cansancio, el delirio, o si en verdad aquella señora, de vestimentas levemente harapientas, se presentó ante ellos como un ángel. Desde la posición en la cual se encontraba en el suelo, los rayos del sol bordeaban la divina silueta de aquella mujer.

Doña Edu traía una pequeña bolsa de tela de donde sacó unas hierbas machacadas y las masajeó en la posadera herida, lo cual intimidó aún más a Froylán. Explicó a los jóvenes que le decían *la hierba del alacrán*, y ella, como partera, la utilizaba para expulsar los malos humores de la gente, algo con lo cual no estaba de acuerdo Samuel por su devoción religiosa. No obstante, el riesgo de su hermano era más importante que su creencia. Doña Edu tomó la mano de Samuel y le indicó repetir sus palabras:

*Señor, permite que este veneno
obrado por el mismo Satán,
y encarnado en el malo alacrán,
abandone a este hijo tuyo y bueno.*

Cuando terminó el canto de curación, Froylán se acomodó con cuidado para sentarse en un madero del corral, pero se sorprendió por haber sido el centro de atención de mucha gente que contempló el ritual realizado en torno a su posadera izquierda. Froylán disfrutaba destacar entre la gente, mas no de aquella forma bochornosa.

—Ahora toda esta gente chismosa me vio todo —expresó subiéndose el pantalón.

—Dímelo a mí —reclamó Samuel—. A mí me vieron mordiéndote la...

—¡Ya, ya! —interrumpió—. Ándale, vámonos a la fregada ya.

—Tienes que reposar.

—¡Vaya! Creo que presenciamos un milagro. Para que prefieras quedarte antes que seguir.

—Pues ahora sí somos hermanos de sangre, para que veas —sonrió de forma socarrona—. A quedarnos otra noche, pues.

—Ah, no. Con esta señora ya no me quedo. Mejor reposamos un rato afuera, me das más sotolito y continuamos.

Samuel preguntó a doña Edu cuánto tiempo era prudente para retomar la cabalgata. Ella explicó que bastaba una hora de reposo y con marcha ligera; además de estar verificando que Froylán no diera síntomas de agotamiento excesivo, algo difícil de ver en él.

Samuel ofreció unas monedas a doña Edu, pero ella las rechazó. Dijo que oraría por Froylán y por su viaje; les echó la bendición y regresó a su casa. Los hermanos abrieron de nuevo la botella de sotol, y antes de dar sus tragos brindaron porque el camino de las siguientes semanas fuera más llevadero.

III

Las primeras noches de noviembre trajeron consigo los fríos que llegaban a quemar los rostros de las personas, especialmente si se encontraban fuera de sus casas. En esta ocasión, dos adolescentes y Virginia vigilaban desde la torre oriental del ejido Santa Marta. Virginia vestía su jorongo verde y se recargaba sobre el poste derecho de aquel puesto de vigilancia. Bajo aquella prenda colorida guardaba su tarro; en cuanto sintió la brisa fresca dio un rápido trago para calentar su pecho.

—¿Me deja probar, doña Virginia? —preguntó el más joven.

—Aún no, Alberto. Están muy chicos todavía. Además les va a hacer mucho mal.

—¿Y por qué se lo toma usted?

—Porque yo ya estoy muy mal —respondió y dio un trago más.

Su respuesta pudo ser producto del sarcasmo empleado por Virginia para sopesar cualquier situación, pero también se sazónaba con la confianza brindada por el sotol. Por supuesto que ella no quería inducirlos a los efectos del destilado, pero aún así gustaba de bromear con sus sobrinos.

—Ya llegará el momento cuando ustedes sean responsables por las decisiones que tomen. Por ahora —sorbió de nuevo—, solamente confíen en las personas que los cuidamos.

Plutarco era el otro joven de aquel puesto. Tal parecería que no prestaba atención a los consejos de Virginia,

pues mantuvo su mirada hacia las sombras del campo. Sin embargo, estuvo al tanto de la conversación entre tía y sobrino. Esa tranquilidad no duró mucho. Levantó su mano en señal de “silencio” para alertar a Virginia y Alberto. Virginia apagó la antorcha ubicada al centro de la torre y se agachó para alcanzar a cubrirse con la barda de madera.

Dentro de la oscuridad apenas se percibían sonidos de una marcha pequeña. Cerrando sus ojos, Virginia orientó su oreja hacia el norte del ejido y creyó escuchar el eco de murmullos y pasos de al menos tres caballos. Sería evidente, pensó, que quienes marcharan a esas horas ya habrían visto la luz y estarían enterados sobre su posición. Pidió a Plutarco sacar un machete dentro del baúl acomodado sobre la esquina de la torre. Luego ordenó a ambos bajar junto con ella y seguirla con cautela. Les indicó que llegaran al gran árbol. Cuando los jóvenes corrieron ella regresó, subió tres escalones y dio el último trago de su tarro, que dejó nuevamente sobre el piso de la torre.

Alcanzó a los sobrinos en el árbol y ahí explicó el plan.

—Despierta a tu mamá —ordenó a Alberto—, y dile que venga al comedor.

—¿Le digo por qué?

—Aurora ya sabe qué es. Plutarco, sígueme.

Alberto corrió hacia su casa, mientras Virginia y Plutarco se apresuraban hacia el comedor, pues era el edificio más cercano y grande. El sendero, cubierto de pastizal seco y gobernadoras, se iluminó con el tono purpúreo de la madrugada. En el trayecto Virginia se raspó el tobillo derecho con una de las espinas de los matorrales, accidente

que resumió con una aspiración fuerte y la obligó a correr más rápido por la fuerza de su coraje guardado, pues no quería alertar a los invasores.

Cuando entraron al comedor, Virginia entregó el machete al Plutarco y le especificó fervientemente colocarse al centro de una forma amenazadora. Absorbiendo todo el aliento permitido por sus pulmones, Plutarco obedeció y de inmediato encendió la vela que se encontraba en la mesa. Virginia tomó el atizador frente a la chimenea y lo cubrió bajo su jorongo; después se ocultó tras la puerta.

Al poco tiempo los pasos llegados desde la oscuridad se acercaron al pórtico del comedor. Plutarco distinguió las siluetas de tres hombres, no muy grandes, pero armados con rifles.

—*You, lads* —habló el primero con acento irlandés que marcaba vocales y la “r”—, *look what the river has brought to us*.

—Nada más es un pinche escuincle —respondió el segundo.

Plutarco dio un paso a su derecha y empuñó con ambas manos el machete. El extranjero indicó a sus compañeros avanzar despacio hacia el joven.

—¡No ganarán nada, pinches rateros! —gritó Virginia quien se colocó sobre la entrada y los amenazó con el atizador.

—¡Jija de su pinche ma...! —gritó el tercero al recibir un machetazo en el antebrazo izquierdo, lo que provocó que soltara el rifle.

Cayó de rodillas presionando con la mano contraria su brazo. La herida no fue profunda, pero bastó para inmovilizarlo por un momento. El extranjero ordenó al compañero restante atrapar a la mujer. Virginia caminó de espaldas hasta salir por la puerta. El hombre avanzó apuntándole hasta cruzar al exterior, y justo antes de apretar el gatillo un rastrillo golpeó el rifle por el lado derecho y una manta le cubrió la cabeza desde el lado izquierdo; después un rodillazo en la corva lo derribó por completo. Virginia aprovechó esta secuencia para arrojar el atizador hacia el extranjero que casi alcanzaba a Plutarco. Su cometido no era golpearlo, sino provocar que se agachara para así realizar una embestida con todo su cuerpo.

Después del arrojó de Virginia, Aurora entró con una soga para amarrar al extranjero. Lo voltearon y maniataron.

—*Release me, you swines!*

—¡Cállese! —gritó Virginia mientras le apuntaba con el rifle que tomó del suelo.

Las tías y Plutarco juntaron a los tres invasores en la pared más alejada de la puerta. Los dejaron amarrados por la espalda y les colocaron pañuelos en la boca. Isabel y Silvana acordaron montar guardia esa noche, mientras las demás tías recuperaban fuerzas para el siguiente día, que estaría invadido por decisiones y revelaciones.

Durante la madrugada, Virginia intentó dominar su velada mientras todos los panoramas posibles desfilaban por su cabeza: cómo retener a los invasores, si los alimentarían, si llegarían más, la posibilidad de duplicar las guardias y disminuir el tiempo para dormir... Se limitó a impacientarse sobre su cama hasta la mañana.

Cuatro horas después de salido el sol, Virginia, con los ojos irritados, salió de su casa y caminó hacia el comedor; la luz del día le causaba un reconocido dolor de cabeza que atribuía a la escena intensa acaecida en Santa Marta la noche anterior. El trayecto le pareció empedernidamente largo y cansado. Cuando entró, no estaban los tres hombres ni las tías encargadas del resguardo. Salió y volteó de inmediato hacia su derecha, donde se encontraban los establos. Ante el portón se encontraban Aurora y Blasa, cada una con un rifle. El suplicio de Virginia se incrementó porque ahora debía continuar caminando bajo el sol hasta los establos; en ese momento deseaba desencajar su cabeza y arrojarla lejos... a un lugar donde al menos tuviera sombra.

—¿Están allá dentro? —preguntó a Aurora.

—Sí, cada uno en una cuadra —respondió—. ¿Pudiste dormir?

—No, estuvo de la chingada.

—¡Virginia! —exclamó Blasa—. Cuida tu lenguaje.

—¿Vas a seguir santiguándote cada vez que maldiga?

—Sí, Virginia. Siempre que maldigas voy a pedir por ti.

—Pues prepárate, hija, porque este año se te van a acabar las peticiones.

Los dos bandidos locales se asustaron cuando Virginia abrió el portón de los establos con un empujón. El golpe sobre el muro retumbó hasta el fondo del edificio. El único que no mostró sobresalto fue el extranjero, quien simplemente se encontraba sentado dando la espalda a la

puerta de su cuadra, como si se encontrara en una especie de trance del cual no se le podía interrumpir.

—Ustedes dos, hijos de México. Tienen una oportunidad para confesarse y largarse a la chingada —ordenó a los dos bandidos que hablaban español.

Aurora y Blasa abrieron las cuadras y, asegurando que siguieran atados, amenazaron con los rifles para escoltarlos hacia la capilla. Virginia aprovechó para tomar el tercer fusil e intentar amedrentar al extranjero, de quien solamente le escuchó algunos insultos repetidos como “*Ain’t tell you anything, bitch*”, ante lo cual ella se persignó y le dio un culatazo en la mejilla. Poco después regresó Plutarco y a él le entregó el arma para custodiar al prisionero. Virginia se dirigió también hacia la capilla.

En el recinto encontró al primer bandido confesando, o al menos compartiendo sus culpas con el padre Alvarado; parecía ser el único que en verdad se mostraba arrepentido de los tres. Virginia observó los rifles de las tías recargados por fuera de la capilla, pues era universalmente sabido que no debía haber armas dentro de un lugar sagrado; además, los bandidos, a pesar de mostrar una faz decadente y peligrosa, tampoco obrarían mal dentro de la casa del Señor. Dentro se encontraban Aurora y Blasa, a un lado de la puerta respectivamente; en la banca del frente, los dos bandidos junto al padre Alvarado. En la última banca, sentada hacia el centro del pasillo, doña Celia rezaba con su rosario.

—Dudo que el extranjero se quiera confesar —compartió Virginia a sus hermanas.

—¿De dónde vendrá? —preguntó Blasa.

—No creo que sea gringo —agregó Aurora—. Habla inglés, pero no de los de aquí.

—Debe ser de allá de las Europas —intuyó Virginia—. Ese tipo se ve bien salvaje, parece que no siente culpa. Su cara y su bigote me dicen que le gusta hacer el mal.

—¡Kirker! —gritó en seco doña Celia.

La condición física de mamá Celia le impedía caminar o levantarse, lo cual la limitaba a mantenerse sentada y rezando por el bien de su familia. Pero cuando las tías describieron las características del invasor extranjero, detuvo por completo su serenidad. Apretó la cruz del rosario con una fuerza desconocida para las tías o cualquier habitante de Santa Marta. Sus dedos temblorosos dejaron de lado lo frágil de la edad para dar paso a una presión que, parecía, rompería la pieza de madera; su respiración se agitó con una extraña combinación de temor, coraje e impotencia. Había algo especialmente distinto en el gesto de doña Celia, una expresión que atemorizó a las tías.

—James Kirker —continuó mientras se levantaba con pesar.

—¿Conoce a ese hombre, doña Celia? —preguntó Virginia.

—Ese no es un hombre. ¡Es un demonio!

Era común observar a Blasa persignarse y recitar una pequeña oración cuando alguien del ejido decía alguna maldición, pero por esta ocasión, escuchar una maldición expresada por la mujer más antigua y pura de Santa Marta

la paralizó por la impresión de la escena insólita, pues no sabía si orar por doña Celia o por la amenaza contenida en los establos. Turbada por lo complejo del momento se limitó a preguntar:

—¿Quién es ese “Querquer”?

—Ese hijo del demonio es un maldito caza-apaches. El gobierno le paga monedas de oro por llevar las cabelleras de mi gente. No es bueno que ese ande por aquí. Virginia, llévame a él.

—Pero, doña Celia...

—¡Llévame!

El grito de Celia resonó dentro de los muros de la capilla. Hasta el padre Alvarado y los dos confesos se congelaron. Las otras dos tías se quedaron para vigilar a los invasores que, aparentemente, podrían retomar el camino de la paz. Virginia sostuvo del antebrazo a doña Celia y salieron. Afuera agarró su rifle antes de andar hacia el establo. En el trayecto Celia compartió que desde hacía años Kirker había asesinado decenas de apaches, y no solo por la recompensa, sino por el placer de acabar con la sangre de su pueblo. Virginia había olvidado los conflictos de doña Celia y su familia antes de la llegada a Santa Marta, por lo cual sintió pesar por aquella falta de consideración ante su madre adoptiva.

Cuando entraron a los establos encontraron a Plutarco y Alberto sentados junto a la puerta. Explicaron a Virginia que el invasor no había hecho ningún ruido, por lo cual ella y doña Celia caminaron hasta la última cuadra del lugar mientras los jóvenes las seguían. El invasor continuaba en la misma posición cuando Virginia lo dejó más

temprano, casi como si mantuviera una especie de meditación. Cuando percibió de nuevo la compañía, se limitó a decir nuevamente: *"Ain't tell you anything, bitch"*.

—Alberto —ordenó Virginia—, dile a Isabel que venga con el botellón de lechuguilla, pero ya.

El pequeño obedeció y corrió con bastante brío para cumplir la tarea encomendada por su tía. Cuando llegó al comedor principal, compartió la orden de Virginia, tras lo cual Isabel se limitó a expresar: "Santo padre de Dios, tan así está la cosa". Abrió la doble puerta de la alacena y ahí estaba, al final de todas las botellas de reserva importantes, un gran jarrón de barro, tapado con una rueda de madera y amarrado con un ixtle. Tal parecía que aquella pieza estaba destinada a reposar por más tiempo. Isabel se persignó y, después de besar la señal de la Cruz formada por sus dedos, resopló y tomó con mucho cuidado el destilado.

—Oiga, tía Chave —preguntó Alberto mientras caminaban hacia el establo—, ¿por qué le van a dar de la bebida especial al invasor?

—¡Nombre, mijo! Con dos tragos de esto, y nos va a decir hasta los nombres de sus ancestros.

Cuando entraron, Alberto encontró todo como lo había dejado, así como si se hubieran convertido en estatuas. Isabel le lanzó una mirada a Virginia de "¿estás segura de esto?", a lo cual ella respondió con el movimiento de la mano para que se acercara. Pidió a Isabel y Plutarco detener de los hombros al bandido. Doña Celia percibió todo sentada en un banquito.

Escuchó cómo el bandido maldecía en su inglés extraño y cómo las tías y el joven forcejeaban para someterlo más. Escuchó los gritos: “Ahora sí nos vas a decir todo, jijo de la chingada”, “*Ain’t tell you any...*”, después sonidos de atragantamiento seguidos de una tos ahogada; golpes, gritos inentendibles, el glu, glu hueco, y finalmente respiraciones agitadas. Lo último fue el sonido seco de un cuerpo azotando la tierra.

Doña Celia caminó hacia donde había escuchado la escena y, con paso lento y a tientas, se agachó e intentó encontrar el cuerpo. Tocó el costado, que respiraba con dificultad; arrodillada palmeó hasta llegar al rostro. El aroma alcohólico acaloró sus manos y, con gran temblor, por coraje y no por edad, juntó ambos puños en uno solo y levantó los brazos, listos para dejarlos caer con todas sus fuerzas.

Lloró como no había llorado antes. Tenía al demonio listo para recibir su castigo, pero sintió algo extraño que no le permitió descargar la ira contenida. Su rostro arrugado y curtido apretó la frente y mejillas; comprendió que ella no sería igual a aquella bestia. Después lo maldijo, maldijo sus acciones y maldijo a su estirpe. Sintió los brazos de Isabel y Virginia levantarla y, con cuidado, la sentaron nuevamente. Doña Celia llevó ambas manos a sus ojos y se permitió llorar, pero con una extraña sensación de alivio por su alma.

—Yo solouh jaciendoh... mine trabajouh —dijo finalmente James Kirker.

—¿Quién y por qué? —preguntó Virginia, que aún sostenía a doña Celia.

—Un infernou... *An hell...*

—¿De qué estás hablando, idiota?

—*I was... pagou for... apache hair by... government*
Chibuabua.

—¿Por qué lo haces?

—*Don't know, but... ya no más, ya no más... because,*
ya no más pagou. Souh... yo me fuckin leavin... No más
apache... Yo voy con *a gringous, for they* pago —luego
chasquéo desconcertadamente los dedos—. ¡Pago!

Virginia azotó un nuevo culatazo a James, con lo cual terminó de caer al suelo. Pidió a Plutarco y Alberto amarrar al extranjero entre los barrotes de la cuadra, luego comentó a Isabel que probablemente liberarían a los otros dos, pues no los consideraba una amenaza, sobre todo porque ahora las tías portaban las armas de los mismos. Ayudó a Isabel para levantar a doña Celia, quien ya parecía haber encontrado algo de paz desde su ruptura con la ironía del destino. Jamás en su vida había visto los ojos de aquel que continuó el exterminio de su pueblo, y, ahora, sometido por la voluntad de sus *hijas*, lo encontró a su disposición para recibir el castigo. Mientras caminaban, doña Celia sintió el calor de su stirpe gracias a los brazos firmes de Virginia, de Isabel, y de las demás tías. Supo en lo más profundo de su corazón que Santa Marta era el lugar donde mantendría la paz arrebatada injustamente a su pueblo.

—Olvidé algo muy, pero muy importante —interrumpió Virginia—. Ahí las alcanzo en el comedor.

Corrió de vuelta al establo y recogió el jarrón con la lechuguilla, aspiró la esencia que contenía lo rústico de la tierra combinado con el calor de Chihuahua. Dio un sorbo

más para disfrutar de la reserva especial, y luego caminó hacia donde se encontraba amarrado James Kirker. Le dio un talonazo con el tacón de su bota y luego le escupió. Después cerró el jarrón con un cuidado ceremonioso y salió.

Las semanas previas a la llegada a la capital de México se conformaron por una suma de entusiasmo pero también de desesperación. De nueva cuenta, las opciones sugeridas por Samuel para agilizar los traslados involucraron dormir más ocasiones en el despoblado, realizar guardias junto a los caballos, racionar alimentos, agua y, claro, botellas de sotol; todo con el afán de llegar al castillo antes de que las opciones de auxilio se bloquearan totalmente por el ambiente de incertidumbre, temor y hostilidad.

Llegaron por el Camino Real y se encontraban en el último tramo entre Querétaro y Ciudad de México. Solicitaron indicaciones para llegar al castillo a un arriero que cargaba algunas mercancías sobre su mula. Les negó la información al gritarles “¡pinches asesinos!”.

—Oiga, tranquilo señor —dispensó Samuel—. Nosotros venimos de muy lejos para solicitar refuerzos. Ni siquiera hemos combatido.

—Ah, pos entonces pinches cobardes.

—Orita va a ver si tan cobardes —amenazó Froylán mientras intentaba descender de Princesa.

—Alto, alto ya —detuvo Samuel adelantando su brazo—. Nosotros solo estamos cumpliendo nuestra misión. Mire, señor, nosotros conocemos el valor de su oficio, de su arte. Y así como usted valora su arte, yo valoro mi arte

—concluyó con sorna uniendo en sinalefa sus últimas dos palabras—. Dispense.

Cuando arribaron a los lindes de la población capitalina fueron recibidos por la gente de una forma muy distinta de héroes, pues entre ellos gritaban sentencias como “cobardes”, “poco hombres” y “traidores”. Samuel supuso que seguramente las andanzas de los generales durante las campañas del este habrían sido desastrosas, pues las noticias sobre los fracasos llegaban a la capital. Supieron, por una jornalera que extrañamente no los insultó, que Santa Anna había marchado y regresado con alguna derrota o con retiro de tropas. Después la afable señora les indicó el camino hacia el castillo, con lo cual pronto se internaron en el bosque.

La humedad y el crujir de las hojas y cortezas dieron la acogedora bienvenida a la capital a los foráneos del desierto. El sendero se trazaba hacia la cima de Chapultepec, cuya distancia habría desanimado a cualquier persona; pero los hermanos Arias, con la esperanza como guía y la bendición de doña Edu, tuvieron el valor para subir. Princesa y Coyote renegaron al iniciar la pendiente, situación que obligó a los jóvenes a continuar a pie y tirar de sus caballos. Samuel ya daba muestras de fatiga y desmontó para toser un poco, pues la mañana fresca del catorce de noviembre les recordaría que habían llegado a la mitad del camino, pero les había costado el desgaste más extraordinario de sus vidas.

Samuel tomó la rienda de Coyote para facilitar la marcha a su hermano. Tiró con la mano derecha a las dos bestias, que lo siguieron con un andar constante. Al pie del primer portón los detuvieron dos cadetes que les pidieron

identificarse. Cuando compartieron que habían realizado un recorrido desde Chihuahua, voltearon a verse mutuamente con bastante extrañeza. Después el primero preguntó:

—¿De dónde, perdón?

—*Shihuahua* —respondió Froylán con marcado acento.

—A ver, dilo otra vez.

—*Shihuahua*.

—Ja ja ja —rió mientras daba un codazo a su compañero—. Sí que hablan rarito. A ver, dilo otra vez.

—¡Bueno ya estuvo, ¿no? *Pinshe shanate shilero!* Pregúntame una vez más y te voy a dar un *pinshe shingadazo* con todas las *shes* que quieras... *pinshe*...

—Ya, tranquilo, tranquilo —intervino Samuel en tono conciliador—. Tenemos órdenes del general Heredia para solicitar al general Santa Anna nos proporcione refuerzos y armamento para la frontera.

—El comandante Santa Anna se encuentra en operaciones en San Luis —informó el segundo guardia.

—Bueno —insistió Samuel—, nuestra misión nos obliga a entregar este mensaje. Con apoyo o sin apoyo.

—Pueden subir. En el patio encontrarán al teniente Valencia con el adiestramiento de los cadetes.

Los jóvenes porteros abrieron el acceso para que los hermanos continuaran subiendo por el encaminado del castillo. Samuel tomó la rienda de Coyote y disminuyeron el paso por la inclinación. Entre los dispersos troncos se vislumbraba en ocasiones la panorámica del valle más

allá del bosque. Se elevaban al cielo los campanarios de la catedral metropolitana y las torres del antiguo palacio de los virreyes de antaño. Pensar en la realeza y aquel paraje de fantasía permitió a Froylán imaginar un relato épico no muy distinto del propio. La búsqueda desde tierras lejanas, las andanzas en caballo, bosques, castillos, reyes, y claro, su yegua de nombre Princesa.

Anduvieron hasta llegar a la reja de acceso al patio exterior del castillo. Después de amarrar sus caballos, los militares del portón los encaminaron hacia el patio central. Ahí se encontraban bastantes cadetes en formación de columnas. Al pie de la torre central se distinguía el teniente Valencia, a quien dieron razón de su visita después de saludarle. Ambos compartieron sus nombres cuando el teniente les solicitó.

—Los reclutas Arias vienen desde Chihuahua para solicitar refuerzos —compartió Valencia a las formaciones—. Saludemos como es debido a nuestros patriotas del norte.

Los cadetes saludaron en completa sincronía, hecho que les hizo sentir mejor tras los desastrosos recibimientos por parte de la población de la capital. Valencia mandó llamar a otro oficial que les mostraría el salón donde aprovecharían su estancia al menos por dos noches. En ese momento los hermanos sintieron un alivio que no habían experimentado durante las ocho semanas de camino. Por fin se sintieron en la cima, invulnerables, a pesar de la tormenta latente de la nación. El oficial que los acompañó a sus aposentos explicó las indicaciones de Valencia, que los vería en su oficina por la mañana.

Aquella había sido la habitación con más amenidades que habían tenido durante todo su recorrido. ¿Cómo no lo iba a ser si se encontraban en un castillo? Justo esa noche los hermanos Arias se permitieron, por fin, soñar, imaginar una vida después del conflicto. México habría expulsado al invasor y ellos serían los héroes involuntarios que retornaron a la frontera con refuerzos. Froylán regresaría con Imelda y juntos emprenderían un viaje hacia la capital del país, donde se formaría como cadete regular; por su parte, Samuel se uniría a alguna orden secular y se dedicaría a profesar la palabra de Dios en la Misión de San Cristóbal. Esa noche descansaron cobijados con una cálida sensación de esperanza.

El sonido de la Diana señaló el inicio de la jornada militar justo cuando la aurora bordeaba la luz del bosque. Los hermanos Arias contemplaron fascinados la disciplina de los cadetes del Colegio Militar, que vestían los más elegantes uniformes que habían visto, en contraste con sus vestimentas desgastadas por las inclemencias del trayecto y combinadas con atuendos de rancherías. Bajaron junto con algunos cadetes hacia el comedor y admiraron las alargadas mesas comunes. Se sirvieron una porción de atole endulzado con piloncillo y canela, bebida que Froylán veneró como algo divino. Cada uno tomó dos tamales de res en chile, dos tortillas de nixtamal y un cucharón de frijoles refritos. Ambos llamaron la atención de algunos cadetes por su fiereza en el momento de devorar el alimento; incluso otros pensaron que “en Chihuahua no los alimentaban bien”.

—Ojalá no me acusen de traición —comentó Froylán mientras masticaba un tamal—, pero la carne de Chihuahua está mucho mejor.

El comentario generó expresiones tanto de desconcierto como de disgusto entre los jóvenes comensales. Al percibir esta imprudencia, Samuel intervino para aminorar la tensión silenciosa.

—Lo dice porque está muerto de hambre. No hemos comido bien en dos meses —concluyó mientras daba un pisotón a su hermano, agregándole un “y te callas” para terminar el asunto.

Después del que fue casi su mejor almuerzo en semanas, los hermanos finalmente se dirigieron hacia la oficina de Valencia. Atravesaron el patio principal y subieron una de las torres grises del castillo. La gran escalinata circular, iluminada por grandes ventanas alargadas, permitieron el paso de la luz en aquella fortaleza. La gran puerta de madera era custodiada por dos cadetes, que después de haber escuchado a los hermanos les permitieron el acceso.

El escritorio y los libreros daban un toque imperial europeo a aquella oficina. Valencia se encontraba sentado detrás del escritorio, y de fondo se apreciaba un ventanal que parecía una pintura clásica de un bosque encantado, con grandes montañas recostadas alrededor del bosque de Chapultepec. Valencia levantó su mirada tras la lectura de algunas cartas y pidió a los hermanos sentarse en las dos sillas frente a ellos.

—¿Qué les parece la panorámica? —preguntó.

—¡Mágica, señor! —externó Froylán.

—Lamentablemente, a inicios del año se derribarán varios árboles. Esto por motivos estratégicos.

El desolador escenario propuesto por las descripciones del teniente generaron el camino trágico de la reunión. Los

hermanos Arias se prepararon anímicamente para recibir las palabras del oficial. La imagen del bosque desprovisto de sus arboledas los remitió a la aridez y soledad del norte.

—Espero que su estancia en Chapultepec sea de su agrado —comenzó con severidad—. En primer término, es importante hacer de su conocimiento las distintas decisiones superiores en tiempos de guerra.

La seca formalidad de las palabras surgidas de los labios de Valencia fue el primer baldazo de agua fría recibido durante su estancia en el castillo. La alusión a cualquier amenidad significaba que la siguiente oración sería catastrófica, elemento gramático confirmado con la siguiente sentencia del teniente:

—Desafortunadamente nuestra respuesta para el general Heredia, con respecto a la solicitud de refuerzos de tropas y armamento, es negativa. Es decisión de nuestro comandante en jefe fortalecer el centro, así como la campaña del ejército de operaciones en la costa este. —Tras un suspiro terminó con las siguientes palabras—: Están solos en esta.

Samuel observó cómo Froylán apretaba su puño izquierdo bajo el escritorio y abría pesadamente sus fosas nasales para aspirar todo el aliento posible. Samuel colocó su mano sobre la rodilla de su hermano en señal de que detuviera cualquier reacción involuntaria experimentada por su cuerpo. Froylán finalmente expiró por la boca y externó la furia contenida por aquellos breves pero intensos segundos. El teniente advirtió esto y continuó su monólogo.

—Entiendo que tanto ustedes como sus conciudadanos realizan un esfuerzo extraordinario, pero no podemos

debilitar nuestras fuerzas en la capital, pues las posibilidades de un ataque aquí resultan evidentes. No obstante, les extiendo una propuesta.

—¿Cuál es la propuesta, teniente? —preguntó Samuel desairado.

—Si deciden permanecer en el castillo por la mañana, los recibiremos de manera extraordinaria como cadetes del colegio. Contarán con la alimentación y adiestramiento de cualquier regular, además de alojamiento.

La inesperada invitación del teniente sacudió los ánimos vertiginosos de los hermanos Arias, lo cual los hizo pensar en el recorrido que habían explorado durante las últimas semanas: desde las montañas cálidas, las noches frías y secas, el calor abrasador, hasta el templado silvano, y una cúspide de fantasía. Ambos reclutas deseaban acoger una nueva sensación de esperanza, pero algo extraño no les permitió completarlo.

—¿Dice que podríamos ser cadetes del castillo? —preguntó Froylán con entrecortada sorpresa.

—Es correcto, recluta Arias. Si lo deciden esta noche, mañana al toque de Diana podrán tomar el desayuno y formarse en el patio junto con los demás cadetes —luego se levantó y con la palma extendida indicó la salida—. Pueden retirarse.

Los hermanos no percibieron que habían salido más pálidos de como habían entrado a la oficina. Cuando dejaron atrás la puerta y descendieron la escalinata, los dos custodios de la puerta intercambiaron miradas de consternación y compartieron algunas palabras sigilosas, mientras los chihuahuenses se integraban a la realidad en un castillo

que ya no era de ensueño ni fantasía, sino una ratonera gigante. Salieron a caminar al bosque durante la media tarde. Ahora el bosque templado era lúgubre, nublado y asfixiante. Así fue esta jornada hasta el retorno a su habitación por la noche.

La respuesta de Valencia sacudió a ambos jóvenes hasta casi convertirlos en hielo. La sensación de esperanza de y ver a sus familias a salvo se perdió entre las lapidarias palabras: “están solos en esta”. Cada hermano se sentó en su propia cama en la misma posición, cabizbajos, como si sus almas les hubieran sido arrebatadas. Froylán podía escuchar las palpitaciones lentas y dolorosas de sus entrañas, mientras Samuel simplemente veía hacia la ventana, como si se encontrara en una celda. Así estuvieron durante varios minutos. Después Samuel propuso un nuevo plan, nacido de aquel desánimo.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

Froylán se levantó en silencio, caminó hacia la ventana y observó la oscuridad del bosque. Pensó en su familia, en la gente que había dejado en Chihuahua, y, especialmente, pensó en la última noche apasionada con Imelda.

—¿Estás pensando en abandonar lo que tenemos en casa? —recriminó finalmente.

—Yo creo que... tal vez esta es una oportunidad para...

—¿Para qué? ¿Para vengar a nuestros amigos muertos? ¡No! No me lo creo de ti, Samuel. No eres tú quien piensa.

—Yo solo decía...

—¡Nada! Tú siempre has sido la “voz de la razón” —

marcó énfasis con los dedos de ambas manos—, pero ahora que todos nos quedan mal, tú también te hundes. No sé qué quieras tú, pero yo me regreso mañana. Después me vengarás cuando llegue el momento.

Contrario a despertar una nueva rivalidad entre los hermanos, Samuel reflexionó con profundidad las, paradójicamente, prudentes palabras de Froylán. Tal vez en un pasado hubiera sido rebelde e irreverente, pero después del bombardeo emocional de aquel día en el castillo, se encontró con un Froylán que por primera vez empleaba su razonamiento en comparación con él. Sin concluir la conversación, los hermanos se fueron a dormir un par de horas hasta que algo los interrumpió.

Tres golpes leves a la puerta despertaron a los hermanos. Ese momento durante aquella hora desconocida de la madrugada solo significaría que se trataba de una fuerza extraordinaria, y tal vez un pequeño destello de esperanza. “Hasta acá llegaron las oraciones de doña Edu”, pensó Froylán. Samuel abrió sin preguntar. Del otro lado se encontraba uno de los cadetes que habían custodiado la oficina de Valencia, un joven con su misma edad, a quien Samuel le preguntó:

—¿Qué sucede, cadete...?

—No hay tiempo —silenció el joven—. ¿Tienen sus cosas guardadas?

Aquel cadete explicó que realizarían una hazaña con posibles consecuencias, pero con la oportunidad para apoyar, al menos un poco, a la defensa del norte. Compartió que esa noche se encontraban de guardia algunos amigos que contaban con las especificaciones de preparar sus caballos, además de “prestarles algunas cosas” de la armería.

Los hermanos tomaron sus pocas pertenencias y siguieron al cadete entre las sombras de aquellos muros imperiales.

—La mala noticia —inició—, es que hoy van a dormir en las afueras.

—¿Y la buena? —preguntó Froylán.

—La buena es que hoy se van a llevar este cañón.

La declaración abrió por completo los ojos incrédulos de los hermanos. El cadete explicó que se trataba de un ejemplar de lo más ligero, en comparación con otros. La pieza en cuestión era de bronce, montada en una cureña de mezquite y sostenida por dos ruedas de hierro. Atado a la cola del cañón había una caja de madera con cuatro ruedas y cubierta con una manta que resguardaba cinco balas, pólvora y la antorcha. Después de que los hermanos contemplaran aquella suerte, el cadete chifló. Entró otro compañero que jalaba la rienda de una mula. Explicó sobre el beneficio de trasladar el cañón hasta Chihuahua entre los caballos y la pequeña bestia de carga.

Ingresaron cuatro cadetes más que traían a Princesa y Coyote. Les ayudaron a atar las bestias al cañón y, después de especificar algunas recomendaciones para agilizar la carga y detonación, finalmente los hermanos Arias subieron a su caballo y yegua.

—Disculpa, ¿y por qué nos ayudas? —preguntó Samuel.

—Cuando escuché que venían de Chihuahua, sentí que necesitaba conocerlos más, y cuando el teniente les negó el apoyo, necesitaba hacer algo para ayudarlos. Yo también soy de Chihuahua. Bueno, al menos allá nací...

Mis padres murieron cuando era niño y me quedé con la familia de acá.

—¿Llevas mucho tiempo en el colegio? —preguntó Froylán.

—De hecho no. Apenas me enlisté hace una semana —declaró con una sonrisa picaresca.

—Muchas gracias, cadete. Oye —agradeció Samuel sobre Coyote—, y a todo esto, ¿cómo te llamas?

—Cadete Agustín Melgar.

—Muchas gracias, Agustín —continuó Froylán—. Te debemos una grande.

—Un momento —agregó Samuel de súbito—, ¿por qué no vienen con nosotros?

—¡Sí! —confirmó Froylán— Sería de mucha ayuda.

—Creo que sería bueno... pero ya tenemos nuestra misión aquí. Ustedes tienen su misión en Chihuahua.

—Cuando todo esto termine —propuso Froylán—, regresaremos para tomar un trago. Bueno, al menos yo, porque Samuel va a ser padrecito. Pero yo regresaré.

—Como diga, cadete —concluyó Agustín mientras realizaba emocionado el saludo militar.

Los hermanos regresaron el saludo y atizaron a los caballos, así como a la nueva mula a quien nombraron Paty. A vuelta de rueda, lento pero solemne, comenzó su retorno hacia Chihuahua, internándose en la oscuridad del bosque. El cadete Agustín, así como otros jóvenes colegas, les ayudaron a salir del castillo con entusiasmo infantil.

Una mula y un cañón fueron el único agregado obtenido después de un viaje de ocho semanas. No lograron los refuerzos que hubiera necesitado la defensa del norte, pero al menos la poca ayuda honesta de otro joven chihuahuense hizo ver a los hermanos Arias que, no las grandes cantidades, sino los pequeños actos de bondad de un paisano demuestran que el país es grande... aunque aquellos actos implicaran robar un cañón...

Cuando Héctor recibió la ostia se sentó en su banca y pidió por la victoria de su país, por la vida de sus hermanos y de todos los voluntarios que entregaban su vida por la causa. Le preguntó a Dios si era justo desear la derrota de los norteamericanos; al cabo, la mayoría no profesaba la verdadera religión. Después de la bendición del sacerdote, aquella congregación, conformada por rancheros y algunos pobladores de la plaza conjunta al presidio, se despidió del Señor con los ánimos de continuar su preparación para la batalla.

—En una semana es Navidad, don Héctor —comentó Chilaquiles mientras salían de la capilla.

—Pues ahí como la ve... a ver si tenemos buena Navidad este año.

Ellos y los demás rancheros de Santa Marta subieron a sus caballos y anduvieron de regreso al presidio, pues ese domingo recibirían noticias importantes sobre la campaña. Comenzaron sus ejercicios alrededor de dos meses atrás y estaban fatigados por las distintas jornadas de adiestramiento y órdenes militares. Antes de llegar a las puertas del presidio se encontraron con más caballos y militares sumados a las filas acostumbradas. A su arribo,

un voluntario de otro ejido compartió que habría revisión y recibirían instrucciones. Se formaron en sus respectivos agrupamientos y esperaron a los oficiales.

Los primeros en mostrarse sobre sus caballos fueron Heredia, seguido de García Conde y un caballero más. El último portaba un peinado bastante alineado que combinaba con su estilizado bigote; además de ostentar el uniforme más galante que cualquier ranchero había visto en su vida. Mostraba el semblante más altivo y sereno del lugar.

—El general Trías —presentó Heredia—. Acaba de llegar de la capital y trae noticias sobre la campaña.

Quienes reconocieron el nombre no dudaron en mostrar una reverencia, y aquellos incautos simplemente continuaron recibiendo el sol en sus caras. Héctor se preocupó porque Chilaquiles no fuera a realizar alguna imprudencia de las acostumbradas, pero no fue así, pues era de aquellos que también continuaban resistiendo el sol del mediodía. El único que cambió su gesto hacia uno amargo fue Juan, que se limitó a expulsar un resoplido de coraje.

—Estimados patriotas, todos —inició Trías mientras avanzaba sobre su caballo hacia el centro—. Valoro y admiro el fuego refugiado dentro de sus corazones. Así como ustedes yo mismo daré mi vida por nuestra joven nación que ahora sufre los estragos de esta ignominiosa invasión —permitió que esta última palabra resonara hasta su último eco—. Es mi obligación compartirles el panorama, tan desfavorable que el gobierno centralista, encerrado en su política conservadora, ha provocado en nuestra gente de las fronteras. Yo mismo he abogado por una política libre, abierta al diálogo y la conciliación, pues entiendo el

abandono por el cual nuestros vecinos de Texas decidieron separarse de nuestro territorio, motivo suficiente para alimentar los sediciosos planes expansionistas de los yanquis.

—Vaya que tiene libertad de irse por las ramas —expresó Chilaquiles en voz baja; recibió un codazo de Ulises para callarlo.

—Les comparto que la capital me ha designado Presidente de la Junta de la Defensa Nacional que, más bien, es la forma como el gobierno centralista nos dice “arréglenselas como puedan”. Y por tanto, es casi segura la tragedia de nuestra tierra: no recibiremos refuerzos, armas ni suministros.

La última oración originó un efecto lapidario en los ánimos de militares y voluntarios, convirtiendo aquel silencio solemne en un silencio sepulcral, listo para recibir la muerte. García Conde pensó en los dos jóvenes comisionados en una misión inútil que nada más les causaría fatigas y desventuras. La culpa se desvaneció debido a otra gran preocupación: ¿qué harían con las fuerzas civiles adiestradas durante las últimas semanas? Este último cuestionamiento se respondió con las siguientes palabras del general Trías.

—La siguiente semana movilizaremos fuerzas hacia el Paso del Norte. Ahí haremos frente al enemigo antes de entrar a nuestra ciudad.

Las miradas de los militares se cruzaron con las de los rancheros; todos compartieron los gestos de incredulidad, miedo y coraje. Heredia intentó hablar, pero evitó su cometido al respetar la mano levantada por Trías como señal de alto, pues el gobernador sabía que la última de-

cisión provocaría el descontento de todos los subordinados. Después abanicó su mano para indicar a Heredia lo acompañase a la oficina del presidio, con lo cual los altos mandos de la guarnición abandonaron a militares y civiles.

—¿O sea que ya valimos para la chingada? —preguntó Chilaquiles.

—Nosotros perdimos esta guerra desde que la capital se peleó con el norte —sentenció Ulises.

—Pues yo no entendí ni maíz con eso de los libres y los conversadores.

—Conservadores —corrigió Héctor.

—Ándele, don Héctor. Usted sí sabe. ¿Y cómo está eso, oiga?

—Ay, pues ¿cómo le digo? —continuó tras rascarse la sien—. Pues imagínese que hay una gente llena de privilegios, nomás porque así tuvo la suerte de nacer. Esa gente, mire, tiene a la Iglesia y gente con tierras de su lado. ¿Usted qué haría si nace así?

—¡No pues, ahí me quedo! —gritó Chilaquiles aventando las manos—. ¿Para qué me voy a andar tiznando la madre si ya tengo la vida resuelta?

—Pues ahí lo tiene, mi Chilaquiles. El plan es no mover las cosas como están.

—¿Y los otros qué hacen, pues?

—Los otros le dan más importancia a los que no se encuentran en sus laureles, o sea, muchos de los que estamos acá en las afueras. Así como nuestro señor general.

—Pues nos convienen esos, ¿no, mi don Héctor?

—Fíjese... el problema no es quien gobierne, sino que, esté quien esté, siempre va a tener en contra a los otros. ¿Y sabe cuál es el mayor problema ahorita que estamos en guerra contra los gringos? Por andar peleando entre quién tiene más razón, si los que están desde hace mucho o los que no saben estar, en México vamos a perder esta invasión. ¿Y sabe qué va a ser lo peor de todo? Que los gringos, así como van las cosas, a partir de este momento no habrá nadie que los detenga cuando vayan a invadir más tierras. De aquí a unos doscientos años ya tendrán medio mundo.

—¡Pinches gringos! —exclamó Luis después de escupir al suelo.

Después de la dolorosa declaración, los hombres de Santa Marta, así como otros rancheros y militares continuaron con densas expectativas sobre los próximos días. Don Héctor explicó que esas afirmaciones las compartió entre voluntarios llegados desde la capital hacia la campaña de Palo Alto. Con eso comprobó que, más allá de los intereses políticos de los oficiales, las fuerzas civiles, los ciudadanos de México, aún darían la vida a pesar de tener un camino lleno de adversidades. Después del fracaso de la campaña, don Héctor se prometió combatir dentro de la tierra donde nació y creció. Esa promesa se puso a prueba cuando regresaron los oficiales, en esta ocasión a pie. El general Trías comenzó:

—He comisionado al capitán Ponce dirigir las respectivas fuerzas de infantería, caballería y artillería para enfrentar a los invasores en Paso del Norte —desenvainó el sable que traía en la cintura y con él trazó una línea sobre la tierra mientras caminó algunos metros—. Las fuerzas

regulares marcharán a la campaña sin objeción. Las fuerzas civiles que decidan venir a la campaña, pasen al lado izquierdo de la raya. Quienes deseen continuar su instrucción aquí en Chihuahua, pasen al lado derecho.

Los movimientos fueron caóticos. No obstante, los hombres definieron sus intenciones de una forma decidida. Alrededor de la mitad de los rancheros decidieron sumarse a la campaña de Trías, mientras que la otra, dirigida por don Héctor, tomó su lugar por el lugar árido y seco llamado hogar.

IV

La angustia por el escape de Kirker se había desvanecido después del brindis navideño. Las tías prepararon la cena como de costumbre, y la preocupación pasó desde el paradero del extranjero hacia la conserva de la cena sobrante, asunto que solucionaron al alimentar a los perros. El padre Alvarado, después de bendecir la Nochebuena, se permitió convivir con las tías y, por fin, le vieron desinhibirse debido al acaloramiento del sotol. Confesó que había deseado terminar su ejercicio religioso en una de las tertulias del padre Hidalgo, pues ahí conoció a una maravillosa dama, alegre y divertida.

—Y tú —indicó señalando a Virginia—, tienes la culpa de mi tragedia y mi salvación.

—¡Achis! ¿Y ese honor por qué?

—Porque don Miguel me mandó lejos de Valladolid para evitar caer en la tentación.

—Ah, Dio... Ahora resulta.

—Pero mira cómo es el plan divino —continuó con solemnidad, después de dar otro sorbo a su tarro—. Me evitó caer en tentación, te salvó de sus perseguidores, y trajo a Santa Marta su salvación.

—¡Padre Alvarado! —externó Blasa sorprendida—. No diga sacrilegios, por Dios.

—Ya te vas a poner a corregir al padre, tú —condenó Isabel—. Deja al padre decir sus santos sacrilegios. Ándele, padre, ¿qué más?

—Pues eso —continuó Alvarado. Luego dio otro sorbo—. El plan de Dios quiso que Virginia Dolores salvara esta Navidad en Santa Marta. ¡Un brindis! —gritó levantando su tarro—. ¡Por Virginia!

—¡Por Virginia! —gritaron todas al unísono.

La mañana de Navidad se sintió como un extraño calvario dentro de la cabeza del padre Alvarado. Las pulsiones del corazón le rebotaron entre las sienes, mientras sus ojos renegaban por recibir la luz del sol. No creía que su cuerpo fuera capaz de castigarlo pese a su edad, pero el flujo rugoso del destilado recorrió cada vena con la rispidez característica del agave. A pesar del pequeño, y aparentemente inofensivo, halo luminoso escurrido entre los barandales de su pequeña celda, Alvarado lo sintió como el ángel exterminador que le recuerda al hombre las razones de su castigo.

Sufriendo por su condición de ser humano destinado a penar sobre la tierra, el padre se limitó a sentarse en la orilla de su cama durante unos minutos y recapitular sobre el placer que lo llevó al presente círculo de castigo. Aceptó su condena en silencio y de igual forma agradeció a Dios por permitirle compartir la dicha de la salvación con su comunidad, especialmente por ver a Virginia, a quien consideraba su hija espiritual, como una mujer que proveía protección a sus prójimos. En un pequeño destello de integridad, el hombre de fe sintió consumado su papel dentro del plan de Dios, y ahora, después de bastantes años, era momento de buscar su descanso. Se preguntó a sí mismo si Dios estaría complacido con esa decisión, y, de ser así, le diera alguna señal.

Los cuatro toques a su puerta vinieron a martillar nuevamente los pensamientos disidentes del anciano. En esta ocasión no colocó sus vestimentas habituales, sino el jorongo tejido por doña Celia, muy similar al de Virginia, aunque diferenciado por el color azulado de los tramados. Intentando estabilizar el piso ondulante, caminó hacia la puerta y abrió con pesadez, no sin antes cubrir casi a totalidad su cabeza con la capucha del jorongo.

—¡Padre, me quiero ordenar! —gritó Plutarco emocionado.

—Pero qué madreesss... —inició Alvarado arrugando forzosamente la frente—. ...ssantísima de Dios —pausó un breve momento—. Me da mucho gusto, hijo. Permíteme tantito.

Después de cerrar la puerta, observó asombrado la cruz colgada sobre la cabecera de la cama. Comprendió que esa era su siguiente misión divina, y con ello en mente, haría lo posible por guiar en el buen camino al futuro pastor del rebaño. Claro, después de recuperarse del tormento que pesaba sobre él esa mañana. Abrió nuevamente la puerta.

—Discúlpame, hijo. Hoy amanecí con algo de dolor de cabeza. Pero conocer sobre el llamado a tu vocación me llena de alegría. Dile a tu madre que te prepare las lecturas de Isaías para tu Confirmación.

—¿Confirmación? ¿Para qué la necesito?

—Necesitas la gracia divina de los primeros sacramentos. Ya tienes el Bautismo, la Penitencia y la Comunión, los sacramentos tempranos. Necesitas confirmar tu devoción como buen cristiano antes de pasar a la ordenación sacerdotal. ¿Quién va a ser tu madrina?

—Creo que doña Virginia.

—No esperaba menos —declaró con una tierna sonrisa paternal—. Dile también que prepare sus lecturas. Tendremos tu confirmación el domingo. Como estamos en momentos oscuros, debemos realizarlo entre nosotros.

—Muchas gracias, padre. Oiga... —continuó con un poco de nerviosismo—, ¿sí va a celebrar la misa hoy? Ya estamos en la capilla.

—¡Santa Madre de Dios!

El sermón del mediodía fue más pausado de lo acostumbrado, pues el padre Alvarado intentaba dominar sus pesares físicos. Por el contrario, las tías mantenían su característica jovialidad, contrastada con sus cuarentenas de edad. Solamente doña Celia se conservaba apacible como siempre, atenta a la palabra de Dios. En la despedida, Alvarado reafirmó la importancia de la unión familiar, tomando como ejemplo a la Sagrada Familia con la cual se proveyó la salvación a la humanidad. Pidió porque la mano sagrada del Señor protegiera a todos los hermanos de Santa Marta preparados por semanas para enfrentar al enemigo, y que, al final de todo, se hiciera su voluntad. Después de desear Feliz Navidad, las tías y los sobrinos salieron de la capilla; solamente Virginia, Aurora y doña Celia caminaron hacia el altar.

—Me dice Plutarco que el domingo lo confirma, padre —comenzó Aurora.

—Así es, hija. Justo estaba preguntando al Señor quién llevaría las riendas cuando yo me vaya.

—No diga eso padre —recriminó Virginia—. Usted va a estar aquí mucho tiempo, incluso cuando yo ya no esté.

—Los planes del señor son misteriosos, Virginia. Hay que vivir según con lo que tenemos.

—Oiga, padre —interrumpió Aurora—. Pero el domingo es en dos días.

—¡Válgame Dios! —expresó desconcertado—. Creí que estábamos en domingo. Ya ven, hijas mías, con eso de las celebraciones de Navidad ya se me pasan los días de la semana. Sí, el domingo está bien. Hagan sus lecturas y preparen sus intenciones. Bueno, sigan celebrando la llegada de nuestro Señor. ¡Feliz Navidad!

A pesar de su andar pausado por la edad, parecía que el padre Alvarado tenía suficiente apuro para llegar a su habitación, oscura y reconfortante. Ya frente a su cruz se arrodilló y agradeció al Señor por las bendiciones del día. Agradeció nuevamente por la formación de Plutarco y pidió perdón por el exceso de la noche anterior. Al parecer tomó demasiada confianza, y sotol, en la última conmemoración de su natalicio. Con eso, se dispuso a reposar.

El fin de semana corrió con tranquilidad y meditaciones. Cuando llegó la hora de la ceremonia, Plutarco usó una vestimenta elaborada por Aurora durante el fin de semana. No era blanca, pero sí de un color crema, o al menos lo más claro para la ocasión. El padre Alvarado mostraba un semblante más repuesto en comparación con la ceremonia anterior. Cuando le preguntó a Virginia si sería su guía moral, ella respondió con solemnidad. La determinación de Virginia proporcionó a Plutarco la seguridad de con-

tar con su protección para siempre. Por su parte, Alvarado estaba satisfecho con la sucesión de responsabilidades que continuarían a partir de aquel momento.

La congregación salió a la plazuela y festejaron el nuevo sacramento de Plutarco. Lleno de bendiciones, el nuevo hijo confirmado sintió la motivación para prepararse y comenzar su formación en el camino del Señor. Poco después Virginia se apartó del lugar, no sin antes abrazar con bastante cariño a su ahijado y prometerle que ella daría su vida con tal de proteger su labor por cuidar la salvación espiritual de Santa Marta. Cuando compartió, lo que ella consideraba una especie de despedida moral, caminó por fin al gran árbol donde acostumbraba pensar sobre el porvenir.

Por un momento permitió reconciliarse consigo misma; contar con un protegido espiritual le dio la certeza suficiente como para formar un camino moral en el ejido. No obstante, un chispazo de incertidumbre la asaltó. Sabía desde lo más profundo de su ser que el horizonte se veía difuso, y en esta ocasión el enemigo no eran los chanates hambrientos por los despojos de la tierra, ahora sería aquel gigante despiadado del norte que aplastaría con fuerza todo lo que estuviera a su paso. No su determinación, sino la fatiga de su cuerpo por la carga, le hizo dudar sobre su lugar en Santa Marta.

—Oye, Samuel.

—¿Qué pasó?

—Hoy es Navidad.

—¡Achis! —expresó Samuel mientras detenía en seco a Coyote.

Pasaron Nochebuena en un punto entre Zacatecas y Durango. Las oportunidades para dormir en hostel se redujeron desde que anduvieron transportando el cañón de ocho libras y tres bestias. La mula resultó económica para alimentación y efectiva para la carga, mientras Coyote y Princesa mantuvieron su andar común; pero los descansos necesitaban ser más extensos, pues Princesa rehusaba comenzar desde temprano; en varias ocasiones le dio un par de cabezazos a Froylán, con lo cual el jinete comprendió la importancia de respetar las decisiones de la yegua.

Cuando Samuel entró en consciencia con respecto a la festividad religiosa, sintió la obligación de consagrar el día. Bajó de Coyote, y a la orilla del sendero sacó un crucifijo que cargaba dentro de su costal. Junto algunas piedras medianas e improvisó un pequeño altar. Se arrodilló y en silencio agradeció el nacimiento del señor, pero también rogó porque sus familias estuvieran bien y bendijera su regreso a casa.

—Reza conmigo —sugirió a su hermano, quien extrañamente no renegó y desmontó al momento.

Froylán acarició las testuz de Princesa y, después de reconocer en su mirada aquella solemnidad que la caracterizaba, se arrodilló junto a Samuel, quien jamás tuvo conocimiento sobre la petición de su hermano en ese momento. Froylán agradeció la buena voluntad de Agustín y los cadetes que los apoyaron cuando los oficiales les negaron la ayuda. Agradeció la voluntad de su hermano, a pesar de no estar de acuerdo con sus formas estrictas para cumplir la misión. Pidió por su familia, por la victoria de México, y especialmente por Imelda, a quien deseaba ver sobre todo lo demás.

Se levantó mientras Samuel continuaba platicando con Dios y caminó hacia su saco donde tomó el frasco que aún conservaba destilado. Lo destapó y aspiró aquel matiz fuerte cálido y especiado que le recordaba a su hogar mientras el invierno se hacía presente. Tocó dos veces el hombro de su hermano y le ofreció el frasco.

—¡Feliz Navidad, Samuel!

—Pero no se brinda con ese alcohol.

—Si Dios convirtió el agua en vino, es porque sabía que el alcohol era bueno.

—Pero ese era fermentado. Este es destilado.

—¿Vas a brindar por el nacimiento del Señor o no?

—Bien, bien. Está bien —aceptó mientras se levantaba.

Después de experimentar nuevamente cómo la calidez se esparcía dentro del pecho, regresó el frasco a Froylán, quien también agradeció por aquella sensación, como si Chihuahua los cobijara con cada palmo de su tierra. Ambos dieron un trago más y permitieron a la calidez cautivar sus cabezas. Se sentaron para dedicar por completo esa jornada a la divina festividad. Tras unos minutos en silencio alimentaron a las bestias y luego continuaron su recorrido.

Media jornada después el camino puso a prueba sus convicciones para cumplir la misión. El clima de las últimas semanas había accidentado el terreno y un lodazal se formó a la vista de casi cien metros a la redonda. Samuel propuso bordear la zona, pero Froylán explicó que les llevaría más tiempo guiar a las bestias, pues el sobre peso agregado por el cañón y las herramientas las fatigarían

más. Argumentó que sería más cansado y largo el trayecto. “Con suerte”, dijo, “los caballos andarán más a gusto en la tierra húmeda”.

El sentido común abandonó por igual a los hermanos Arias, pues a la mitad del sendero las ruedas del cañón se atascaron. Princesa se encabritó y tras levantarse sobre sus patas traseras arrojó a Froylán. Coyote imitó la actitud rebelde de su compañera de andanzas e hizo lo mismo con Samuel. El impacto no lo resintieron en sus huesos debido a la capa de tierra húmeda que amortiguó la dureza del terreno. Enlodados por completo, los hermanos limpiaron respectivamente sus rostros y compartieron la misma sensación de angustia, coraje y un extraño divertimento, aunque esas risillas parecerían más de nerviosidad que de jocosidad.

—Pues... ¡feliz Navidad! —externó Samuel mientras aventaba con sus manos el lodo retirado de su cara.

Froylán intentó subirse de nuevo a Princesa, pero ella había decidido que no andaría más durante ese momento, lo cual demostró con un intento de mordisco que propició a su jinete.

—¡Diantres! —expresó mientras rascaba su propia sien—. ¿Y ahora cómo le vamos a hacer? Mira, tú —explicó mirando a los ojos a Princesa—. La Paty nunca se ha quejado durante todo lo que llevamos, con todo y cañón.

—*Ma, pos... ella no lleva tres meses cabalgando con dos brutos* —respondió Princesa con la divertida voz aguda de Samuel.

—Bueno, tienes razón, mi Princesa —siguió el juego.

—*Además hace un mes que no me cambias las herraduras, porque estas ya están muy duras.*

—Lo sé, lo sé. Pero, mira, si nos ayudas a salir de aquí te voy a dar nuevos zapatos y yo mismo te voy a llevar en el camino... aunque te tenga que cargar.

—*A ver si puedes.*

—Ah, pues mira.

Froylán cargó sobre su hombro derecho las riendas de Princesa y jaló con fuerza. Princesa cedió hasta lo que el cañón les permitió, es decir, nada. Samuel intentó lo mismo con Coyote y a la cuenta de tres repitieron el movimiento. Los esfuerzos continuaron vanos, pues las ruedas del cañón seguían atascadas hasta la mitad. Samuel sugirió ir por algunas piedras medianas para tener un punto de apoyo bajo las ruedas. Después de varios minutos de búsqueda colocaron un par debajo e intentaron nuevamente la maniobra, la cual terminó sin éxito.

Fatigados, ambos hermanos se sintieron por primera vez perdidos en el camino. No había posibilidad de avanzar ni retroceder, y así pasaron varias horas hasta la mediana tarde. Se preguntaron cómo pasarían la noche en aquel páramo cenagoso. Samuel pensó sobre el riesgo de que todo quedara atorado definitivamente cuando la tierra se endureciera de nuevo. Hizo lo único posible como ser humano: sacó su crucifijo y lo enterró en el lodazal. Después se arrodilló para orar.

Desesperado, Froylán en vano realizó más intentos, solo para fatigarse más, además de jalonear a Princesa, actitud que después lamentó. Descorazonado, acarició las orejas de la yegua, quien le intercambió una triste mirada de comprensión y resignación. Se quedarían ahí un buen

rato y el cañón jamás llegaría a Chihuahua. Froylán imaginó una buena situación donde la ayuda divina llegara a salvar el día, mas no sucedió. Deseó que la devoción extrema de su hermano conmoviera al corazón de Dios y finalmente bajara su mano para empujar el cañón. Después se hizo a la idea de que Dios estaba del lado de los norteamericanos, pues hacía lo posible por impedir su camino.

Dos horas más transcurrieron, en las cuales Samuel continuaba en su plática con Dios. Pidió perdón por comparar la fineza divina, el sacrificio de Dios mismo por la humanidad, con la humilde petición de un joven recluta por dedicar su tiempo y cansancio en favor de la guerra; aunque él no lo hiciese por una victoria o por demostrar su dominio, sino simplemente en una búsqueda por ayudar a su pueblo.

De pronto, según Froylán, un halo divino cubrió la silueta de su hermano. Este se levantó y sintió fluir desde su corazón una fuerza inmensurable. Caminó pesadamente debido al lodazal adherido en sus botas y llegó a Coyote. Cargó las riendas sobre su hombro, y tras una exhalación formidable jaló con una fuerza que jamás había reunido antes. Al ver el ímpetu desbordante de su hermano, Froylán se sintió investido también por aquella determinación y jaló de nuevo las riendas de Princesa, ahora con una inspiración irreal.

Fue inútil.

Desanimado y carente de energía, Froylán comprendió que el destello era simplemente la despedida del sol sobre el horizonte; así como así, se dejó caer de frente en el lodo junto con todas sus esperanzas. Samuel se acercó a su hermano y levantó su rostro para reincorporarlo. Desde ese ángulo, unido con el lodo, vio nuevamente el halo

solar, e incrédulo identificó una silueta grande. Esa figura difundida entre la luz dorada de la tarde invadió los sentidos de Froylán, y una nueva fuerza se apoderó de él. Hizo un intento más, lo cual motivó también a Samuel. Ambos reclutas, con la mirada fija en el horizonte sombrío, jalaron una vez más las riendas; esta vez no se detuvieron.

Poco a poco sintieron como la tensión de las cuerdas comenzaba a ceder y con trayectos milimétricos las patas de Princesa y Coyote avanzaron con ellos. Paty, ajena a todas esas complicaciones, también avanzó con sus propias cuerdas que la sujetaban al cañón, aunque esta vez ella no lo hacía sola. Una sogá quedó amarrada entre la cureña y el brazo del cañón, misma que se extendió incluso más adelante de los hermanos; la cargaba un joven poco mayor a ellos, mientras otros dos jóvenes, aparentemente de edad similar, se encontraban empujando la pieza de artillería, ambos con los pies hundidos en el lodo. Poco después una carreta tirada por dos caballos se colocó frente a ellos. Una pareja de alrededor de cuarenta años conducía el vehículo.

—¿Para dónde van? —preguntó el varón.

—Para... Chihuahua... —respondió Samuel recuperando el aliento.

—Pos están muy lejos, mijos. ¿Son de operaciones?

—No... somos... reclutas... del norte —explicó Froylán.

—¿Y qué andan haciendo tan acá?

—Pues, ¿cómo le digo?

Froylán hizo un recuento de lo básico, desde la asignación de García Conde, la negativa del Teniente Valencia

y el “préstamo” del cañón para las fuerzas civiles del norte. Claramente omitió especificar que la pieza fue requisada sin conocimiento del artillero responsable. Finalmente el conductor valoró la valentía de los reclutas y brindó su carreta junto con sus caballos.

—A la cuenta de tres —comenzó el señor—, los que jalan, jalan; y los que empujan, empujan. Uno... dos... ¡Tres!

La primera en avanzar fue Paty, que ya comenzaba a dar muestras de fatiga, pero al sentir menor resistencia continuó su marcha. Los jóvenes detrás del cañón continuaron empujando con todo el cuerpo, logrando que el flujo de sangre se concentrara entre el pecho, hombros y brazos. El cañón comenzó a moverse. Poco después del esfuerzo, Princesa y Coyote anduvieron en cada paso lento y firme junto con sus jinetes, que sentían la rienda tensarse y suavizarse conforme avanzaban. De pronto el trayecto se sostuvo y no cedió más, y por un momento se sintió cómo comenzaba a retroceder la carreta.

—Ándale, Goya —gritó el señor—. Vamos a jalarle los dos.

—Ora pues, Luis —respondió ella.

Hombre y mujer, en articulada sincronía, bajaron del vehículo y comenzaron a jalar con sus riendas a ambos caballos. Bestias y humanos, sin prejuicios entre sí, se unieron para salir de aquel atolladero. Y así, con esfuerzos y voluntades, hicieron realidad aquel milagro aparentemente imposible. Después de los últimos pasos antes de salir, uno de los hermanos que empujaba el cañón liberó sonora flatulencia.

—Ufas, Netito —gritó el hermano mientras esparcía el viento a su alrededor con la mano—. ¿Todavía estás sacando el puerco de la cena?

—¡Cállate ya! —renegó el otro.

El mayor, quien había jalado la cuerda principal junto a Froylán y Samuel, explicó que a su hermanito le había caído mal el puerco de la cena en Nochebuena, lo cual provocó aquel interesante encuentro entre los reclutas y la familia. Luis se acercó a los jóvenes.

—Ya quedó, jóvenes —afirmó mientras extendía su mano para despedir a Samuel.

—Muchas gracias, señor... —respondió Samuel extendiendo su mano también.

—Luis Pérez, para servirle a Dios y a usted. Ella es mi esposa Goya, y ya conocieron a Toñito, el más grande.

—Ya no me diga Toñito, pa —reclamó.

—Tá bien, mijo —continuó—. Esos son Ricardito, y el pedorro de atrás es Netito, el menor.

—Mucho gusto a todos —saludó Froylán.

—Ya va a ser noche —externó Goya—. Mejor hay que hacer campo entre todos y nos guardamos en la carreta.

—No se preocupe, señora —explicó Samuel—. Mi hermano y yo ya nos acostumbramos a dormir...

—No le haga caso —interrumpió Froylán mientras daba un codazo a Samuel—. Toda ayuda es buena.

—Pero ¿no es mucha molestia?

—Nah, qué molestia —respondió Luis con estruendo—. De todos modos no íbanos a llegar mañana a Durango. Vamos a la boda de mi sobrina el veintisiete. Pos la idea era llegar mañana para andar más descansados, pero nomás por el pedorrín este —interrumpió señalando a Netito—, nos quedamos hasta que estuviera bien de la panza.

—Pero fíjese lo que son las cosas —continuó explicando Goya—. De no ser por la pancita de mi Netito no nos hubiéranos topado. Gracias a Dios por estos milagros.

—Pues ya quedó —concluyó Luis—. Mañana nos vamos todos pa Durango.

—Dios mediante —agregó ceremoniosamente Goya.

Tres semanas después de la marcha hacia Paso del Norte, los rancheros mejoraron un poco las maniobras de volea, aunque aún sucedían momentos de disparos errados por varios fusiles en mal estado. Para el caso de la infantería, las formaciones y marchas por columnas ya se veían un poco más homogéneas; a la cabeza de las fuerzas civiles se encontraba don Héctor, quien tenía aquella extraña habilidad para contagiar el espíritu aguerrido y broncíneo característico de su temple: “él era Chihuahua”, decían algunos que depositaban en él sus motivaciones por luchar a pesar de lo austero del ambiente.

Cada gota del sudor de su frente representaba la devoción por sus compatriotas, así como su actitud indiscutible por defender, no algún ideal político o territorial, sino la hospitalidad y la lealtad de su pueblo. Si bien, la carencia de armamento efectivo y suministros eran desmotivantes, el sacrificio de cada voluntario era el aliciente necesario

para esforzarse aún más. El teniente Castillo comprendió esto como un círculo virtuoso, y por aquella razón trató con solemnidad la autoridad de don Héctor, pues identificó también a un hombre del cual necesitaba aprender.

Por su parte, la caballería encargada por García Conde a uno de sus oficiales daba muestras de un avance considerable, empleando técnicas de estocada de lanceros y saqueo con machete. Los voluntarios de esta alineación, así como Juan, contaban con la libertad de poner a prueba sus habilidades físicas y de precisión. Para una carga efectiva de esta caballería, formada en su mayoría por rancheros, era necesario dejar campo abierto a la batería enemiga y flanquear a la infantería, algo que el mismo García Conde rogaba porque el ejército norteamericano facilitara en el futuro enfrentamiento.

La dinámica militar, ya rutinaria por semanas, se interrumpió por el arribo de dos jinetes, ambos con caballos demasiado elegantes como para pertenecer a algún rancho. El primero que desmontó portaba una gala militar azul más pulcra que la de cualquier oficial de la defensa del norte. Detrás de él, el segundo jinete, encapuchado, se mantuvo cubierto.

—Busco al oficial al cargo —ordenó con imperiosa solemnidad.

—Teniente Castillo, señor... —se presentó el oficial.

—Brigadier retirado Manuel Tres Castillos.

—Pos ya le ganó —comentó Chilaquiles discretamente entre sus compañeros—. Tiene no uno, sino dos castillos más.

—¡Cállate! —reprendió Ulises con un codazo.

—¡Dispense, señor! —saludó Castillo a su superior.

—Estoy buscando a los reclutas Arias. Están bajo las órdenes del general Heredia.

—¿Los... reclutas Arias? —reflexionó—. Como que me suenan un poco.

—Son hermanos —especificó el brigadier—, aunque uno es claro y el otro moreno. Son jóvenes de alrededor de unos diecinueve años.

—¡Ah, ya! —recapacitó chasqueando sus dedos—. Dispense nuevamente, señor. No los he visto en meses.

—¿Cómo que no están? —gritó la muchacha al descubrirse la capucha—. ¿Por qué no tiene noticias sobre Froylán?

—Le ofrezco una disculpa, señorita...

—Imelda Tres Castillos.

—Dispense, señorita Tres Castillos. Los reclutas Arias fueron comisionados por el general Heredia y el general García Conde a una misión en la capital. Es posible que estén de vuelta dentro de dos meses. Es todo lo que tengo con respecto a su paradero.

Debido a la impresión de las nuevas, Imelda bajó de su caballo. Extrañamente poseía un semblante sereno, pues ella no había recibido noticias de su amante desde su despedida en septiembre; acostumbraban escribirse cartas durante algunos días de adiestramiento en el presidio. Se acercó a su padre e intercambiaron algunas palabras. Rancheros y militares miraron con incredulidad la escena, pues jamás vieron a alguna mujer en el presidio, solamente

a las damas con quienes adquirirían bienes y alimentos en la plaza cercana a la hacienda.

Los oficiales Castillos, el singular y el triple, acordaron algunos planes y propósitos de la visita inesperada. El brigadier explicó que su futuro yerno era hijo del también retirado general Arias, y ambos vástagos estaban prometidos en matrimonio. Reconoció la imprudencia de Froylán, pero contaba con la certeza de que los años de formación militar lo madurarían para la unión de las familias. Por su parte, el teniente refirió que él no tenía influencia en la decisión y era conveniente esperar al arribo de los reclutas, con la esperanza de contar con el respaldo de refuerzos o suministros.

Después de la actualización sobre el paradero de los hermanos, Manuel Tres Castillo solicitó que le proporcionaran un aposento para su persona, y de ser posible para su hija. Acordaron primero reunirse en la oficina de Heredia para organizar las gestiones de los próximos días. A cambio del hospedaje, Tres Castillos se encargaría de abastecer de alimentos traídos desde la capital de Chihuahua. Después de las negociaciones, Castillo despachó a todos los hombres y ordenó romper filas.

—Qué bueno que llegaron más castillos entonces —externó satisfecho Chilaquiles.

—No sé qué traerán esos hermanos Arias, que parecen influyentes —chismeó don Luis.

—Pos nos conviene. Además, pos y'ay una muchachita al fin por aquí.

—¡Ora! —gritó Ulises propiciando un bachón a Chilaquiles—. Ya andas muy viejo, tú. La chavita se ve de diecitantos.

—Ni tanto, si apenas le saco unos...

—Oigan —interrumpió Héctor—. Ahí vienen.

La concentración de don Héctor obligó a voluntarios y militares, oficiales y visitantes, a observar con incredulidad el horizonte del norte. Las sombras reflejadas en lontananza auguraban un cuerpo numeroso de tropas; no obstante, la masa llegaba a menos de la mitad de la que había marchado hace algunas semanas. Aquellas fuerzas, despedidas entre vítores y ánimos de esperanza, trajeron de regreso temor y una sensación sombría de calosfríos. Darse cuenta sobre la realidad de las fuerzas, ya diezmadas, sepultó cualquier indicio de victoria anidado en lo más oculto de sus almas. Algunos militares y rancheros dejaron caer sus rifles por la impresión. De pronto se sintieron sin fuerzas y con un frío, incluso más fuerte, que las noches heladas de los páramos chihuahuenses.

Al frente del destacamento cabalgaba Trías, quien, a pesar de la aparente derrota, aún mostraba honor en su andar, pues combatieron hasta lo que les permitió la realidad. Finalmente arribaron hacia donde se encontraban las fuerzas voluntarias del presidio. Con aquella carga sobre sus hombros, y con la inminente amenaza en territorio chihuahuense, descendió de su caballo.

—La campaña de Temascalitos fue un fracaso —comenzó mientras desempolvaba su sombrero con el saco—. Las fuerzas de Doniphan ocupan la plaza principal.

—¿Qué ordena para la campaña, general? —preguntó Castillo.

Trías aprovechó el silencio para reunir la atención de todos los presentes, mientras oficiales y militares llegaban también sobre sus caballos respectivamente. Cuando el momento fue el adecuado, el general Ángel Trías dio la noticia definitiva de aquel lugar.

—Militares, civiles —luego dirigió una mirada amable a Tres Castillos e Imelda—, e invitados de honor, preparen sus pertenencias, guárdense bien y conmemoremos con amistad el Año Nuevo. Porque en enero marchamos a la Hacienda del Torreón y ahí definiremos la defensa de Chihuahua.

V

—Por la divina autoridad investida en mi persona los declaro marido y mujer.

Después de bendecir al nuevo matrimonio, el sacerdote despidió a los feligreses y deseó la buena paz a la familia recién unida en sacramento con Dios. En la última banca del recinto se encontraba la familia Pérez y los hermanos Arias, quienes alcanzaron a llegar de último momento a la celebración. La novia, ahora esposa, compartía los rasgos de la señora Goya, con lo cual Samuel infirió que se trataba de su familiar. Era una dama bastante fornida para su joven edad e irradiaba una felicidad inmensurable; por su parte, los rasgos del esposo definían a un señor delgado y curtido por las labores bajo el sol, que, al igual que su cónyuge, compartía la dicha de la alianza.

Froylán lo confirmó en aquel templo de Durango, justo al ver la procesión de los esposos caminar sobre el pasillo hacia la salida. Su primer propósito al término de la guerra sería consolidar su matrimonio con Imelda. El trayecto le pareció una eternidad desde aquella despedida en la cual no tuvo oportunidad de compartir nuevas, ni siquiera de avisar, que su travesía lo llevaría a recorrer más de la mitad del país. Con estas adversidades dentro de sus pensamientos, Froylán aprovechó para pedir a Dios, casi a manera de deseo, su ayuda para llegar a Chihuahua, además de solicitarle el término de la guerra. Por su parte, Samuel analizó con detenimiento educativo las acciones y rituales realizados por el padre.

—Está bonita mi prima, ¿vedá? —preguntó orgullosa la señora Goya.

—Sí, señora... es divina —respondió Froylán aún abstraído en sus pensamientos.

—¡Ora, joven! Está bien que sea usted güerito y todo, pero no por eso le haga el feo a mi prima.

—Nada de eso, señora —defendió Samuel—. Lo que pasa es que lleva como tres meses sin ver a su prometida.

—Ah, pues no se me agüite mijo —expresó conmovida—. Verá que con el favor de Dios pronto la va a ver.

Entre el jolgorio por la alianza matrimonial, los invitados compartieron su algarabía en el atrio exterior de la iglesia. Familiares se abrazaban entre sí y auguraban a los recién casados una vida llena de plenitudes. Durante ese momento las inquietudes sobre la invasión y el peligro del país se desvanecieron para dar paso a lo realmente importante para Dios: la unión familiar.

—Familia, hermanos —gritó Luis mientras se colgaba de los hombros de Froylán y Samuel—. No me vayan a decir que no, pero nos vamos al bodorrio.

—Le agradecemos mucho, señor. Pero... —inició Samuel.

—Pero claro que sí —interrumpió Froylán.

A la salida, Froylán detalló a su hermano que sería bueno descansar plenamente y dar algunos mantenimientos a los herrajes de las bestias y al cañón. Además, un buen banquete ceremonial les daría las fuerzas necesarias para

regresar con vigor a Chihuahua. Ambos estaban listos para acompañar la dicha de aquella celebración tan especial; además de ello, Froylán pondría atención sobre los rituales necesarios y así ponerlos en práctica en su propia boda.

La carreta de la familia Pérez tuvo un trayecto con toque familiar, pues los hermanos Arias fueron invitados por los señores a sentarse en la parte trasera, mientras Princesa, Coyote y Paty avanzaban sin tanto esfuerzo debido a que les sujetaban las riendas desde la tracción del transporte; con esa maniobra, cinco bestias jalaban el cañón. Al menos durante el trayecto del templo hasta la hacienda al norte de Durango descansarían un poco de cabalgar.

—¿Cómo fue su cena de Navidad? —inició Froylán la conversación.

—Pos'tuvo bien —comenzó Luis mientras controlaba las riendas—. Nada más unas dos tres cosillas, cosillas de familia, verán.

—Ni tan cosillas —arremetió Goya con sarcasmo—. La familia de'ste señor es algo anticuada.

—¡Ah, dio! Pos namás ahí unas cosas que dicen, pero pos na que ver.

—Lo que pasa —interrumpió Toñito—, es que la abuela no se lleva bien con amá. De puro milagro fuimos con la familia de apá.

—Güeno, es que las dos son señoras de respetar —argumentó Luis—. Fíjensen que no íbanos a venir esta Noche Buena, pero como se vino la boda de la prima, pues nos juinos a las dos celebraciones.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Samuel.

—Uy, pos eso dará para otra historia, mijo —concluyó Luis—, porque ya lleganos a la hacienda.

Los muros de cantera y el gran portón de hierro recibieron la carreta de la familia Pérez. Al entrar en la plaza exterior Luis dirigió a todo su séquito hacia la barda más alejada de las mesas. Goya fue recibida con abrazos por quienes parecían sus tíos y padres de la novia, luego de hacer lo mismo con Luis y los niños, y presentó a Samuel y Froylán. La pareja mayor dio reverencia a los jóvenes e invitaron a todos a acomodarse en cualquier mesa. Así se mantuvieron hasta que la oscuridad cayó sobre la hacienda y los candiles iluminaron con destellos el recinto.

La noche avanzó aún después de los rituales tradicionales de una boda: el baile de los novios, la degustación y el brindis. Dentro de la algarabía de la madrugada comenzaron a entreverse las pasiones y los buenos deseos. Una joven, alrededor de la edad de los hermanos Arias, se acercó a Froylán. Le expresó que lo había visto en misa y compartió su deseo por conocerlo mejor. El destino pondría a prueba una vez más la voluntad del recluta; pero en esta ocasión, era su temple y devoción hacia Imelda, pues la joven era lo bastante agraciada como para que cualquier varón tomara su palabra, y con suerte, su mano.

No bastó ni un segundo cuando Froylán agradeció las finezas de aquella joven y la despidió con la mayor cortesía posible. Con este gesto, él mismo se sintió aún más atraído hacia su prometida, a quien deseaba ver lo más pronto.

—Usted dese, mijo —comenzó Luis bastante briago—. Ni que se juera a dar cuenta su damita.

—Usté muy bien, mijo —celebró Goya tras dar un bachón a su marido—. No le haga caso a este viejo rancio.

—Ay, pues yo solo digo que todavía está muy joven. Para que conozca, hombre.

—Le agradezco, señor —continuó Froylán de la manera más conciliadora posible—. Pero mi honor como prometido solo se compara con mi dedicación para cumplir misiones como militar.

La declaración de Froylán conmovió en lo más profundo a Samuel, quien de inmediato lo abrazó con un aprecio jamás experimentado antes. El instante se paralizó durante varios minutos, donde parecía que los hermanos eran el centro de la atención del banquete. Durante la muestra de afecto fraternal se sintetizaron los años juntos: conflictos infantiles, dramas adolescentes, así como los momentos de furia y rencores que se llevaron respectivamente.

Más allá de la condición sanguínea, Froylán amaba con profundidad a Samuel, y daría su propia vida con tal de protegerlo ante cualquier adversidad. *Si un gringo le estuviera apuntando con su rifle, pensó, yo recibo el disparo.* Aunque en un razonamiento un poco más idílico y menos letal, se aventuró a proponer: *le quito el arma y le doy un puñetazo.*

Samuel, por su parte, bendijo el día que los señores Arias lo unieron a su familia, bendijo el valor de Froylán, y pidió a Dios concederle la oportunidad de unir en sagrado matrimonio a su hermano. En un destello de insólita conmoción, Samuel, con voz alta y levemente diluida por el alcohol, confesó: “yo seré quien oficie tu martrin... ... martinom... ¡matri... monio con Imelda!”.

La extraña declaración sorprendió a la familia Pérez. Luis veía con jocosidad la escena del abrazo, mientras Goya se conmovió hasta las lágrimas. Después de aquellos segundos, Froylán separó el abrazo y concluyó el afecto tomando con ambas manos la cabeza de Samuel. Lo miró profundamente y al final besó su frente.

—¿Mañana para Chihuahua? —preguntó Froylán emocionado.

—¡A Chihuahua!

Plutarco, Alberto y otros dos de los sobrinos se encontraban corriendo y escondiéndose entre la vegetación que cubría los montes occidentales de Santa Marta: jugaban, irónicamente, a los militares y a la guerra, pues portaban como armas algunas ramas secas dispersas sobre el lugar. La vista ofrecía una panorámica de los alrededores de Santa Marta: el llano cobijado por leves cordilleras, así como el estanque al norte del ejido donde la población se abastecía para sus actividades; al fondo se percibían las chozas, establos, corrales y la plazuela frente a la capilla.

Algo atemorizante llamó la atención de Alberto cuando apuntaba a Plutarco con su rama. Al lado contrario de Santa Marta, rumbo al horizonte norte del país, se vislumbraba una pequeña formación de jinetes que marchaba hacia el ejido. Cuando los infantes se enteraron, Plutarco ordenó correr para dar aviso a las tías sobre aquella incursión. La energía que caracterizaba su edad se puso a prueba cuando entre todos buscaron quién daría primero la noticia. La vitalidad de los jóvenes norteños dio muestra de su vigor al llegar al comedor principal donde se encontraban las tías.

—¡Vienen jinetes! —gritó el más pequeño.

—¿Cuántos? —preguntó Virginia.

—Creo que son como cuatro —completó Plutarco.

—Aurora y tú llévense a doña Celia. Blasa, guarda a todas las demás dentro de la capilla.

De súbito las tías se levantaron de sus lugares y dejaron sus platillos en la mesa. Después de repartir las instrucciones, ella, Isabel y Silvana se atrincheraron en perímetro alrededor de la plaza y con ello intentarían emboscar a los invasores. Entre corridas ágiles, la comunidad de Santa Marta se preparó para proteger el ejido. Las tías, armadas, se ocultaron entre distintos árboles que rodeaban la plaza y la capilla. Ahí aguardaron la llegada de los uniformados.

Arribaron como si aquella tierra les perteneciera, pues vieron las construcciones desde lo superior de sus monturas. Durante su marcha, los cuatro jinetes apreciaron una aldea abandonada, como si los mexicanos no supieran cómo habitar y mantener una comunidad; con esa mentalidad sobre sus hombros, se creyeron superiores ante todo lo descubrieron sobre sus pasos. La lógica los movió hacia la capilla de Santa Marta, pues la cruz era el detalle que destacaba hacia lo alto del ejido. Las tías, en coordinado sigilo, identificaron el recorrido de los invasores y se ocultaron mejor para dar la sorpresiva bienvenida. Solamente un factor aleatorio modificó el plan delimitado por Virginia.

Con pasos serenos y solemnes, el padre Alvarado salió desde las puertas de la capilla. Cuando bajó del último escalón, sacó de su hábito una cruz de madera vieja, movimiento

que alertó a los cuatro jinetes, que de inmediato apuntaron sus rifles. Sin dar importancia a la amenaza, Alvarado extendió con la mano izquierda el crucifijo y con la otra se persignó, movimiento que concluyó besando sus dedos.

—*Put down arms* —ordenó a sus compañeros el jinete más cercano al padre—. *Old man, we are here for supplies and information. If you help us, then this town shall not be harmed.*

Sin entender palabra, Alvarado caminó dos pasos más hacia el contingente y explicó que en el ejido no buscaban conflictos, y pidió, por lo más sagrado, se retirasen en paz. No obstante, el líder de los invasores, quien en nada se interesó en conocer el idioma, continuó con la iniciativa de apuntar primero y preguntar después. Lentamente sacó una pistola Colt y amenazó al hombre de fe.

—*I will not ask again, old man!*

El sonido metálico del arma dio cuenta al padre Alvarado sobre la actitud de los hombres que los estaban invadiendo. No había forma para dialogar, ni tampoco Dios podría reblandecer sus corazones. Se estaba enfrentando a un demonio determinado a tomar todo cuanto estuviera a su alcance. En ese instante, que le pareció un momento sujetado en el tiempo, comenzó a sentirse abandonado por Dios, y, tras un suspiro derrotado, se entregó al enemigo.

—¡Oigan verdes... grin! —gritó Virginia apuntando con el rifle— ¡*Go jom narw!*

El militar que amenazó con su pistola a Alvarado, dirigió el arma hacia Virginia y en menos de un segundo aconteció la tragedia. La bala se dispersó un poco entre el

lorongo verde y su pecho, pero el impacto le hizo perder la consciencia. Ella nunca presionó el gatillo mientras estaba viva, sino fue la inercia de su cuerpo lo que apretó cuando su ánima abandonó el cuerpo. El súbito movimiento del fuego permitió que el ángulo del último disparo atravesara el ojo izquierdo del militar, quien cayó inerte sobre la tierra.

A pesar de ser el primer cuerpo en recibir el impacto letal, la presencia de Virginia Dolores aún se sostenía sobre sus dos pies. Cuando finalmente comprendió que había terminado todo, se permitió recostarse con tal altivez que el mismo cielo cobijó su mirada última, listo para recibirla en la última tarde del año 1846.

Dos hombres más cayeron de sus caballos tras los disparos que se escucharon. Se acercaron Isabel y Silvana apuntando al último jinete, quien se limitó a arrojar su fusil y levantar ambas manos en señal de rendición. Cuando se calmó la tensión, el padre Alvarado corrió, de la forma como pudo, para arrodillarse junto a Virginia. Cuando levantó la cabeza de ella, supo que su alma se encontraba en presencia de Dios. Con la mano cubrió los ojos del cuerpo para cerrarlos por última vez.

Blasa y Aurora recogían los últimos rifles que yacían en la tierra, mientras tías y sobrinos se acercaban para despedirse. La última en salir de la capilla fue doña Celia, que no tuvo necesidad de que la guiaran en esta ocasión. Con pasos fatigados encontró el camino hacia donde se encontraba su hija y se arrodilló con pesar. Retiró el crucifijo de su propio cuello y palmeó el cuerpo para dar con una de las manos; incrustó la pieza de madera dentro del puño de la mártir de Santa Marta y después lo recostó sobre el pecho.

Nunca lo supo en vida, pero ella había logrado dar al ejido una última dignidad durante los aciagos momentos de la invasión norteamericana. Justo en aquel lugar, en el corazón de la plaza, rodeada de las valientes mujeres de Santa Marta, así como de los sobrinos y del padre Alvarado, se recostaba la última memoria de Virginia Dolores.

Los parapetos improvisados estaban instalados con varios costales repletos de tierra. Se necesitaban aproximadamente siete para cubrir un metro, suficiente para que militares y rancheros se protegieran cuando se arrodillaran al apuntar los rifles. El general Heredia aún consideraba bastante erráticos los disparos de los voluntarios; por su parte, García Conde estaba de acuerdo en que las cargas de la caballería, junto con los dragones de Veracruz arribados hacía apenas unos días, serían más efectivas. Ángel Trías estaba consciente de la necesidad de reservar los ataques de la caballería para asegurar su efectividad.

Arribaron a la Hacienda del Torreón la primera semana de enero y habían entrenado hacía más de un mes desde aquella comodidad. Los terrenos alrededor de la construcción sirvieron como área de campaña, campo de adiestramiento y, muy al fondo entre los árboles, el espacio para retirar necesidades básicas. Como anfitrión del recinto, Trías proporcionó una excelente alimentación dentro del edificio, así como servicios de cuidado. Los suministros proporcionados por la familia Tres Castillos también mejoraron la estadía de cada militar, voluntario y refuerzo que se preparaba cada día para defender el territorio nacional. Por su parte, la señorita Imelda colaboró con los cuidados de algunos voluntarios lesionados. En ocasiones

aprovechaba para integrarse con la caballería y cabalgar con gran velocidad junto con los movimientos de carga, hazaña que el general Tres Castillos consideraba imprudente, razón por la cual Imelda la realizaba cuando su padre se encontraba en junta.

Heredia compartió a los soldados que se prepararan anímicamente, pues la campaña real sería distinta de la forma como llegaron a practicar durante meses. “Estamos practicando contra enemigos estáticos” expresó con severidad. “No obstante, en el frente mantendremos posiciones ante un enemigo que va con todo con tal de arrebatarnos la vida”. En aquellos momentos de crudeza, el bienestar de una estancia patrocinada por recursos de chihuahuenses se convertía en la angustia por una derrota inminente y sin gloria alguna.

Llegado el momento del descanso del mediodía, los oficiales determinaron una junta prioritaria, pues contaban con las nuevas de los exploradores que regresaron del norte. Se reunieron en torno al escritorio del general Trías, quien comenzó la planificación de la batalla.

—El capitán Antonio Ponce de León combatió bajo mis órdenes en Temascalitos —introdujo Trías—. Él nos compartirá los detalles que identificó su avanzada —extendió el brazo para dar paso al capitán que, rengueando levemente sobre su cadera, se colocó junto al escritorio.

—En la batalla tuvimos once bajas, todas de Chihuahua —comenzó—, así como diecisiete heridos. Tras la retirada, alrededor de la mitad de nuestras fuerzas se dispersaron. Como resultado, la plaza se capituló bajo el mando del coronel Doniphan.

—Si me permite, general —intervino García Conde desplegando un nuevo mapa sobre el escritorio—. La semana pasada realicé un reconocimiento por el rancho Sacramento. Se encuentra a veinte kilómetros al oeste de nuestra posición, pasando el Camino a Chihuahua —continuó mientras trazaba el trayecto sobre el mapa—. Hablé con los ejidatarios y manifestaron su apoyo para nuestro plan de defensa.

—Las fuerzas civiles aún no están listas —declaró Heredia—. Es necesario un mes más para optimizar las defensas. Requieren un adiestramiento efectivo al menos de aquí hasta abril.

—No tendremos más de tres semanas —sentenció Trías—. Según los reportes sobre las posiciones de Doniphan, para abril no habrá un norte el cual defender. El día último marchamos por la mañana hacia Sacramento —se levantó con solemnidad y caminó hacia la ventana que daba al patio central. Con las manos sujetadas detrás de su espalda, preguntó—: ¿Este febrero es de veintinueve o veintiocho días?

—Veintiocho —confirmó García Conde.

—Bien —concluyó Trías—. Reúna a las tropas y dé noticia sobre la campaña. ¿Con cuántos efectivos contamos, general? —preguntó girando su cabeza hacia Heredia.

—Castillo —ordenó Heredia al teniente—, el resumen de efectivos.

El oficial caminó hacia la oficina contigua y regresó con un rollo de papel. Al desplegarlo frente a sí comenzó su lectura:

—Doscientos cincuenta hombres de infantería, un batallón de la Guardia Nacional con ciento ochenta, mil trescientos regulares y voluntarios de Chihuahua, nos da un estimado de mil ochocientos hombres.

—Mil ochocientos —repitió Trías en voz baja—. Pon-ce, ¿cuál fue el número que reportó la avanzada sobre las fuerzas de Doniphan?

—Poco más de mil doscientos, señor.

Por un breve instante la diferencia entre los números sugería una posibilidad de victoria. No obstante, el primero en recapacitar sobre la efectividad de aquella cantidad fue Heredia, que resumió que no contaban con el mínimo apto para combatir con certeza, pues no llegaban a quinientos hábiles; esto, aunado a su proyección sobre la capacidad de los voluntarios para mantener los cuadros de ataque sin retiradas. Una detonación efectiva de la artillería enemiga o una carga lateral de la caballería supondría un fracaso contundente.

—Dos horas —concluyó—. En dos horas nos desbaratan las formaciones y toman nuestra posición.

La oficina se invadió por una tensión tácita, pues en la mente de cada oficial se barajaban las distintas operaciones y los posibles resultados de un enfrentamiento directo. Aquel silencio se interrumpió por los movimientos abruptos del general García Conde, que comenzó a trazar sobre el mapa las posiciones de batalla alrededor del rancho Sacramento.

Dos cordilleras circundaban las laterales del camino de Chihuahua, lo cual dotaba una protección natural en

flancos bastante amplios, así como el recorrido en diagonal del río que cortaba por la mitad el acceso. Con un cuadrado indicó la Hacienda del Torreón sobre el lado oeste del mapa, mientras en paralelo, sobre el este, destacó una elevación de terreno donde posicionó dos barricadas con sus cañones. Al pie de la loma distribuyó cuatro columnas de fuerzas civiles para bloquear el paso natural del camino, apoyadas con cuatro piezas de artillería y un parapeto. En perpendicular sobre el camino repartió tres columnas más de civiles y cuatro cañones. Detrás de esta escuadra resguardó la caballería.

En el centro del mapa se ubicaba el Rancho del Sacramento, el cual quedaría resguardado por dos cuadros de la infantería y una batería completa más un cañón. La sutil elevación proporcionaba una altura privilegiada para colocar en distancia de tiro a los cañones del rancho y proteger las primeras columnas de defensa; estas se encontraban varios metros al frente, en línea paralela a la Hacienda del Torreón.

García Conde explicó que la distribución de la defensa estaba propuesta para posicionarse en cóncavo, aprovechando la geografía de Chihuahua con elevaciones y cordilleras, así como el corte proporcionado por el río.

—Es de vital importancia la posición de caballería, infantería y artillería paralela al Torreón —describió enfáticamente—. Si los norteamericanos realizan una incursión sobre el borde del río resultaría fatal para la defensa.

—¿Qué necesitas en esa posición? —preguntó Trías.

—Dos columnas de infantería, dos de caballería y una batería.

—No alcanzamos la batería —explicó Heredia.

—¿Cuántos cañones tenemos?

—Cuatro.

García Conde pensó en silencio por un momento sobre aquella posición fundamental para la defensa. Necesitaba distribuir sus recursos escasos con cuidado, considerando la permanencia de los mismos. Heredia argumentó sobre la importancia de conservar las fuerzas regulares en una situación de menor riesgo, por lo cual sugirió que la primera línea de defensa se conformara por las fuerzas civiles más hábiles.

—¿Tiene a alguien en mente para coordinar las fuerzas civiles? —preguntó García Conde.

—Héctor de Santa Marta —definió Heredia—. Ha mostrado una determinación y valor incuestionables. Si él logra mantener su posición, sus hombres también lo harán. Así las fuerzas regulares contarán con tiempo para preparar la volea y la batería central podrá detonar con coordinación contra la infantería norteamericana.

Se produjo un nuevo silencio, mismo que se vio invadido por distintos pensamientos e incluso atrevimientos sobre la victoria. García Conde observaba con abstracción el mapa producto de su creación; asentía de una forma mecánica mientras prefiguraba cada momento de la batalla: la marcha de las fuerzas de Doniphan, el choque en el primer frente, así como las detonaciones efectivas de la artillería mexicana, donde “lo más importante”, especificó nuevamente, “es mantener la posición de la primera línea el mayor tiempo disponible”.

—Está hecho —declaró el general Ángel Trías—. Vamos al patio a dar la orden.

Militares, jinetes y voluntarios se encontraban en formación alrededor de la plaza para escuchar la resolución de los oficiales. Se confirmó a Heredia como comandante de la campaña y fue él quien dio voz al plan delimitado durante las últimas horas. Cuando se estableció que la marcha se realizaría la mañana del veintiocho de febrero, algunos voluntarios sintieron cómo un leve escalofrío invadió sus columnas espinales. De inmediato Ulises compartió su necesidad de regresar a Santa Marta para avisar la fecha de la batalla en tierra chihuahuense.

Aquella fuerza heterogénea, formada por militares y rancheros, fue bautizada por Heredia como la División de Chihuahua.

VI

Ulises regresó al ejido un día después de la última novena por el alma de Virginia. Blasa, con Miguel en brazos, lo esperaba en el pórtico. Bajó de su caballo y los abrazó por una pequeña eternidad, aunque aquel gesto lo percibió demasiado corto. Solamente la noticia sobre el sacrificio de la matriarca de Santa Marta impregnó un vacío en sus entrañas. La quería de una forma fraternal, y sintió como si hubiera perdido un órgano de su cuerpo, específicamente el corazón: así la consideraban todos los campesinos. La impresión sobre el nuevo rumbo del ejido le hizo olvidar hacer mención sobre el problema proveniente del norte.

Alberto, quien avisó a las tías sobre la llegada, tomó el caballo de Ulises y lo guardó en el establo. Ulises y Blasa se dirigieron hacia el gran árbol donde yacía sepultada Virginia. Cada persona en Santa Marta conocía la importancia de aquel árbol para ella, pues era el símbolo de su unión con el ejido desde que entró por primera vez en la carreta del padre Alvarado; cada ocasión en que ella necesitaba apartarse para centrarse en sus pensamientos, permanecía bajo su sombra durante horas.

Blasa resumió sobre los bandidos que intentaron tomar ventaja del ejido. Cuando mencionó el apellido del extranjero, Ulises, en un destello de memoria, recordó que hacía poco los oficiales refirieron a un tal Kirker, quien probablemente vendía información a los norteamericanos; no sabía cuál sería el resultado de la extraña coincidencia, pero no sería bueno para el lado mexicano.

Entró a tema la incursión de la avanzada de cuatro norteamericanos, probablemente informados por Kirker, y la forma como Virginia planificó la defensa que le cobró la vida. Blasa solamente compartió los momentos cuando ella estuvo presente, tanto la alarma del arribo en el comedor, así como los disparos que escuchó mientras se resguardaban dentro de la capilla. Comentó sobre la determinación del padre Alvarado por dar frente a los invasores, así como su salida para persuadirlos, pero cuando se escucharon gritos y detonaciones, supieron que todo sería distinto. Si Ulises ya admiraba a Virginia, ahora le dedicaría cada instante de la batalla próxima, pues había encontrado en ella la devoción necesaria para enfrentar al enemigo, aún y cuando la realidad se encargara de lo contrario.

Llegaron al árbol y allí estaba el jarrón que guardaba la lechuguilla más especial de Santa Marta. Ulises arrodillado se persignó ante la cruz de madera clavada sobre la tierra. La respiración se le agitó y lloró por la muerte de su *hermana*. Blasa posó una mano sobre el hombro de su esposo y rezó. Así permanecieron durante varios minutos hasta que el peso de Miguel la hizo bajar a su hijo.

Entraron al comedor donde las demás tías se encontraban en la comida del mediodía. Hubo felicidad pero también tristeza. Ulises describió las andanzas y desventuras de los rancheros, además de la deprimente formación mostrada hasta el momento, pues aún faltaba coordinación y precisión. Después compartió que solamente el temple de Héctor los mantenía unidos y atentos.

—Pobre don Héctor —señaló Isabel—. No le van a quedar ganas de pelear cuando sepa que Virginia ya no está.

—Quiero creer que la venganza le va a ayudar.

—¡Claro que no! —sentenció Blasa—. No será ese sentimiento del mal.

—Y si mejor... —intervino Aurora—, si mejor lo motiva la Virginia.

—Yo... —continuó Ulises mientras daba otro trago a su bebida—, yo creo que sería mejor... —se levantó y extendió el tarro hacia el frente—. ¡Por Virginia!

—¡Por Virginia! —gritaron al unísono.

Terminado el brindis convivieron como hacía tiempo no sucedía. Entre la comida y las pláticas, bastante extrañas en Santa Marta, compartieron algunas anécdotas curiosas protagonizadas por Virginia. Aquella donde se peleó con un chanate que se había adueñado del gran árbol; al parecer, el ave se lanzaba a golpear a toda persona cercana, cosa tomada como personal por parte de Virginia, que con escoba en mano expulsó al invasor. “Terminó con los pelos pior que la escoba”, dijo riéndose Isabel.

—¿Y Silvana? —preguntó Ulises buscando a su alrededor—. No la vi cuando llegué.

—Traemos ahí unas rencillas —respondió Isabel—. Desde que la hija se nos fue al cielo ya nadie nos pone el tate quieto cuando nos peleamos.

—Eso no está bien. ¿Por qué no dejan de pelear y ya?

—¡Tarás bruto! —soltó Isabel golpeando el tarro en la mesa—. Ya sabes cómo andamos de tercas cuando se pone la mula bronca. ¡Ya hasta crees!

—Digo, es lo menos que pueden hacer por la Virginia.

Isabel resopló consternada y luego dio un trago más de sotol. Después de masajear su frente con la otra mano, continuó.

—Mira, mijo. Son cosillas que ya traíamos. Lo mejor es que cada una haga lo suyo y sanseacabó.

Mientras Ulises y las tías conversaban en el comedor, hacia el este de Santa Marta había una parte del campo con bastantes pinabetes, huizaches y encinos, ya guardados de sus hojas, sobre la pradera. Silvana se encontraba entre los más viejos. Allí talaba leña para el ejido. Después de Virginia, ella era la más aguerrida de las tías; la mayoría de las veces ambas compartían las mismas ideas, y por este motivo su partida definitiva significaba la pérdida de una parte de ella misma. Con cada golpe en la madera soltaba su coraje y, en ocasiones, partía a la mitad algún leño de una tajada. Avanzado el día, Silvana limpió la última gota de sudor de la jornada y cargó la carretilla con leña, lista para llevar al comedor. No estaba segura si, o hasta cuando, se reconciliaría con sus *hermanas*; pero por lo pronto consideraba aquellas salidas al despoblado como algo verdaderamente gratificante; solamente el paso del tiempo limaría las asperezas guardadas dentro de sus corazones durante años.

Cuando regresó al ejido, Silvana se dirigió hasta el gran árbol donde reposaba Virginia; no se encontraba sola, pues Isabel ya platicaba con ella. Cuando estuvo consciente de su presencia, la miró fijamente en silencio, acción imitada por Silvana. Isabel interrumpió la guerra de miradas y gritó algo que permanecía en la ambigüedad entre la orden y la pregunta, tono común en ella.

—¿Vienes o vas?

—...

La inercia habría obligado a Silvana a rechazar el imperativo de Isabel, pero la memoria de Virginia, reposada frente a ellas, la hizo caer en conciencia de encontrar alguna forma para convivir entre personalidades tan distintas, pero similares en carácter. ¿Cómo lograron detener entre todas a los bandidos? ¿Y cómo derrotaron aquella avanzada norteamericana? Indudablemente era el temple broncíneo de Virginia, pero también fue la chispa detonada en los espíritus de cada hermana, quienes, a pesar de estar en desacuerdo en diversas cuestiones, también eran capaces de resolver los conflictos.

—Vengo —respondió finalmente.

—Parece que traes leña para toda la semana —comentó Isabel con su recurrente sarcasmo.

—Con lo enojada que me traes, me dio hasta para sacar todo el año.

En el lenguaje de las tías, aquellas *carrillas*, arrojadas con palabras significaban que cada una había aceptado sus verdades y estaban bien con ello. Tácitamente se habían perdonado, pues jamás lo dirían directamente. Isabel levantó el jarrón que posaba enseguida de la cruz de madera y, retirando la tapa, le ofreció a Silvana.

—Por la Virginia.

—Por la Virginia —repitió Silvana antes de dar un trago.

Cuando terminaron de brindar junto con su hermana, ambas llevaron la madera hacia el comedor, con lo cual demostraron haber pausado la querella acarreada durante varios años. Esa noche la tranquilidad cobijó los sueños en el ejido y Ulises pudo dormir nuevamente sobre una cama. Al amanecer regresó hacia la Hacienda del Torreón, listo para el enfrentamiento definitivo.

Para la mañana del veintiséis de febrero Santa Marta había cumplido casi dos meses sin su protectora. En un ambiente de resignación, pero también de agradecimiento. Las tías de Santa Marta, sobrinos y el padre Alvarado habían dedicado sus actividades cotidianas, cosechas, y celebraciones dominicales a la memoria de Virginia Dolores. Plutarco asistía a Alvarado durante los oficios y con ello continuaba su preparación como sacerdote de la comunidad. Aprovechaba para compartirle sobre el sexto sacramento: orden sacerdotal, donde un hombre se desprende de una vida de comodidades con tal de servir al plan divino del Señor. El joven estaba consciente del significado de aquel sacrificio y continuó con la motivación para ejercer su llamado.

Alvarado y Plutarco se dirigieron durante el mediodía hacia el comedor. Ahí se encontraban las tías conviviendo entre la merienda como acostumbraban cotidianamente. Alvarado contempló cómo el ejido recobraba la vida lentamente. Mientras compartían sobre la formación vocacional del joven, Alberto entró de súbito.

—¡Vienen jinetes! —exclamó agitado.

—¿Cuántos? —preguntó Alvarado.

—Dos, y traen cañón.

—¡Dios nos ampare! —exclamó Blasa al persignarse.

—¿Por dónde vienen? —intervino Aurora.

—Por el sur. Los vi de la torre.

—¿Sur? No puede ser.

Aurora razonó aquella extraña sucesión de hechos. El camino de Santa Marta contaba con una protección natural por cordilleras y elevaciones en ambos flancos. Una incursión norteamericana sugería que los invasores entrarían por el norte, algo bastante visible. Por su parte, el arribo del sur indicaría refuerzos, aunque fuese extraña esa cantidad. Finalmente dio la orden.

—Ve a decirles que vengan.

El tramo de los últimos días había sido el más rápido pero también el más fatigante. La última buena cena y alojamiento que se permitieron los hermanos Arias fue en la boda de Durango dos meses atrás. Después durmieron en despoblados para ahorrar tiempo; no obstante, hubo recorridos donde anduvieron a pie para disminuir la carga a las bestias, a las que ya habían considerado parte de su familia durante el viaje.

Cuando pasaron la región de Cieneguilla tuvieron que desviar levemente el rumbo por la cordillera occidental, pues el terreno se accidentó y produjo varias zanjas en el recorrido hacia la capital de Chihuahua. El plan de Samuel consistía en aprovechar la pendiente para evitar el terreno irregular y de ahí hacer camino desde Santa Isabel hacia la ciudad de Chihuahua. Cuando bajaron la elevación vieron un ejido más; allí distinguieron a un niño que corría hacia ellos.

—¿Vienen de México? —preguntó agitado.

—¡Mejor! —respondió Froylán entusiasmado—. Venimos de Chihuahua.

—¿Por qué vienen del sur?

—Ni te imaginas —intervino Samuel.

—Las tías me dijeron que le pasen.

—¿Quiénes son las tías? —preguntó Froylán con una evidente mueca de desconcierto.

De camino al edificio más largo, el niño explicó que era la manera como se referían a las mujeres de Santa Marta, quienes prácticamente mantuvieron de pie al ejido. Comentó cómo derrotaron a los invasores y que probablemente habían decapitado al único sobreviviente; esto último lo dijo con la intención de asustarlos en el supuesto de que no tuvieran buenas intenciones en su llegada.

El niño se ofreció a llevar los caballos y la mula al establo, pero en cuanto vio que sería pesado cargar con el cañón los hermanos propusieron llegar al lugar y distribuir todo. Después de guardar a las bestias, entraron al edificio donde varias mujeres y un sacerdote se encontraban en la hora de comida. Aurora se presentó y les indicó que podrían acompañarlos a comer, noción bastante bien recibida por los reclutas. En medio de la degustación del guiso, frijoles y tortillas, los hermanos compartieron la historia iniciada en septiembre, próxima a su final. Cuando supieron sobre aquel cañón como el único refuerzo proporcionado por la capital, hubo una indignación general.

—¡Pinche gobierno de la chingada! —insultó primero Isabel—. ¿En qué cabeza les cabe? No entiendo... ¿Por qué no mandan más gente al frente? ¿Tienen caca en la cabeza o qué?

—Parece que decidieron reforzar las campañas del sur —explicó Samuel.

—¡Tenía razón!

—¿En qué? —preguntó Aurora.

—Tienen caca en la cabeza.

—Y ese cañón... —intervino Froylán—, así que digamos... tampoco lo enviaron.

Tras la nueva sorpresa llegada a los oídos de las tías, Froylán compartió los detalles sobre el regreso: el cadete chihuahuense que les brindó su ayuda, el atasco, la boda y, finalmente, el itinerario para pasar dos noches en Chihuahua. Con aquella última información las tías compartieron una mirada de preocupación, pues si los jóvenes se demoraban en la ciudad dos días no llegarían a tiempo para el momento de la batalla, según el plan compartido por Ulises sobre las decisiones de los comandantes de la División de Chihuahua.

—¡Vámonos ya! —determinó Froylán al levantarse abruptamente de la silla.

—Espérese, mijo —detuvo Aurora.

—Pero vamos a tardar en llegar a Chihuahua. Hay que cruzar el río, y ese se ve difícil.

—Pero el ejército no está en Chihuahua. Están en El Torreón.

—¿Queda más lejos?

—Está más al norte —explicó Blasa—. Mi señor regresó de allá. Dice que se avienta como un día de camino.

—Con la carga que traemos necesitamos dos.

—Un momento —interrumpió Samuel, que salió y corrió hacia el establo.

Durante los minutos que transcurrieron, Froylán tuvo oportunidad de conocer a cada una de las tías. Las organizaba Aurora, quien también cuidaba de Celia; Blasa cargaba con un brazo al pequeño Miguel y con el otro su tarro de atole; Isabel y Silvana permanecían juntas y compartían comentarios sarcásticos, como aquel donde pusieron un poco en jaque a Froylán cuando le cuestionaron sobre su pinta de joven adinerado que quería jugar a la guerra; ante esta *carrilla* propiciada hacia su personalidad, respondió que él mantenía su convicción por proteger su país, declaración elogiada por ambas mientras sorbían sus sotoles. El recluta Arias se encontraba ante una comunidad que, a pesar de haber recibido los embates derivados por la invasión, mantenía su unión y sororidad. Después de momentos de revelaciones, Samuel regresó con su pergamino favorito.

—¿Dónde queda El Torreón? —preguntó mientras extendía el mapa sobre la mesa.

—Dijo mi esposo que son como setenta kilómetros —explicó Blasa.

Samuel comenzó a calcular la distancia tomando como referencia el ancho de la falange de su dedo meñique. Palmó varias ocasiones el mapa hasta que se detuvo en la

parte donde venía anotado “El Torreón”. Después de observar con detenimiento el último trayecto resopló y negó perdidamente con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Froylán.

—¿Dijeron los oficiales que el combate sería el veintiocho? —preguntó Samuel con pesar a las tías.

—Sí, mijo —respondió Blasa.

—Tenemos que irnos ya —determinó con angustia.

—No, mijo —lo detuvo Aurora—. Tienen que descansar bien ustedes y los animales. Ahorita comen bien, duermen bien y cuidamos a sus caballos.

—Y a la mula Paty —agregó Froylán.

—A ella también. Si no, no van a llegar bien. Yo sé lo que les digo. Hoy merecen descansar bien. Aquí los cuidamos.

La invitación de Aurora brindó calidez a los corazones de los cansados hermanos Arias. Conocieron la mitad del país en el despoblado y así experimentaron los distintos climas de México durante el otoño y el invierno. Regresando a Chihuahua fueron recibidos por todas las temporadas en un par de días, pues el último trayecto entre enero y febrero les permitió enfrentar aguanieve, lluvia, calor y ventiscas, algo que en definitiva les recordaba la autodefensa del norte, desde su naturaleza, contra los invasores extranjeros.

Silvana entró al comedor con dos jorongos que entregó a los invitados, con lo que sintieron, desde lo más profundo de sus ánimos, el mejor recibimiento durante meses. Aquel era el lugar donde debían llegar, y todo el viaje los había preparado para retornar ese pequeño oasis

resguardado por las tías, que demostraron que además de cuidar todo lo referente al ejido y trabajos de campo, también podían defenderse de las incursiones. Por fin, después de meses de vagar entre la incertidumbre, se sintieron protegidos. Con ese pequeño instante divino durmieron tranquilamente en camas acolchadas.

Poco antes de que el primer rayo de la aurora atravesara la luz de la ventana se escucharon cuatro golpes en la puerta de la habitación. Medio atolondrado por el sueño profundo, Samuel intentó encontrar la perilla para responder a aquel llamado. Al otro lado se encontraba Blasa, que llevaba dos tarros con café.

—Todavía no amanece, señora —expresó con sueño y pesar.

—Uy, mijo. Ya llevo buen rato despierta. Tenga —dijo ofreciéndole los tarros—, para que tengan todo listo para el viaje.

—Muchas gracias, señora.

Samuel recibió con mucho gusto la bebida y percibió un aroma fuerte con especias, algo que le permitió despertarse con ánimos. Levantó a su hermano, que después del desconcierto se levantó y tomó también su tarro. Blasa compartió que los acompañaría, junto con los sobrinos, a preparar a los animales para su último viaje. Ambos terminaron de vestirse con los jorongos y así enfrentaron el frío de la madrugada.

Cuando llegaron a los establos se encontraron a Princesa, Coyote y Paty preparados para iniciar el nuevo recorrido. A su lado se encontraban Plutarco, Alberto y el

padre Alvarado, que después de decir algunas palabras en latín los protegió con la señal de la cruz.

—*Dominus vobis in via curat.*

—¿Que el Señor nos... cura en el camino? —intuyó Samuel.

—Casi, hijo. Cuida. Que el Señor guarde su camino.

Tras la última aclaración Samuel abrazó al padre, compartiendo una vez más su intención por dedicar su vida al servicio del Señor.

—Cuando termine la guerra —expresó mientras subía sobre Coyote—, me formaré como padre.

—Yo también —compartió Plutarco emocionado.

—Pues ya seremos dos —concluyó desde arriba.

Froylán hizo lo mismo sobre Princesa y de esta forma se despidieron de Santa Marta. Los hermanos Arias continuaron su camino hacia El Torreón, esperando que el terreno, que la misma tierra de Chihuahua, les permitiera llegar a tiempo y unirse a las tropas. Clareaba la mañana del veintisiete de febrero y los reclutas nunca lo escucharon, pero supieron que las oraciones del padre Alvarado, Blasa y Plutarco los acompañarían hasta el frente de la batalla.

—¡Ah, cómo chingan con eso!

A pesar de haber relatado su experiencia sobre el desastre de Palo Alto, don Héctor la compartió esa noche

con los rancheros que no eran de Santa Marta. Después de revivir la sensación de impotencia y coraje, dio otro sorbo a la botella ofrecida por Chilaquiles.

—Nada más no abuse, don Héctor —advirtió Ulises. Luego añadió sarcásticamente—. Necesitamos de su tino con el rifle.

—¡Y dale con la mula! —arremetió arrojando un chorro hacia su compañero.

—Ora, Don —gritó Chilaquiles, y después se lanzó al suelo para intentar, aparentemente, sorber los remanentes del alcohol.

La escena despertó risas entre los presentes, que olvidaron por un instante la funesta razón que los había reunido durante los últimos meses. Extrañaban el calor de sus hogares y la tranquilidad de sus familias. Durante cada día transcurrido odiaban empedernidamente a los invasores y deseaban combatirlos, no solamente por un juramento hacia su propia nación, sino también por amor a todo lo cosechado durante los pocos años de vida independiente; históricamente su tierra había sido dominada por extranjeros y no querían eso nuevamente.

Juan acercó un botellón más y repartió sotol a aquellos que lo necesitaban. Cuando la calidez del destilado abrazó el pecho de cada hombre de la fogata, tuvieron la oportunidad de compartir sus deseos para después de la guerra. “Yo quiero producir más sotol y venderlo a lo grande”. “Yo solo quiero estar con mi familia”. “Quiero cabalgar por el país”. “Con que regrese al rancho a hacer lo que estaba haciendo”. No obstante, a Héctor lo atravesó

un pensamiento tan doloroso que le obligó a retirarse lentamente de la reunión ante la fogata.

“Cuando regrese ya no estará Virginia”, pensó de la manera más derrotista que su alma le obligó. No deseaba esa intromisión, pero así sucedió. Sorbió un trago más de sotol y se permitió perderse entre los destellos estelares del horizonte oscuro. Si bien, jamás pudo conseguir una vida marital con ella, él sentía la inspiración para realizar todo, pues Virginia Dolores transmitía una sensación de respaldo y seguridad. Héctor jamás abandonaría un cometido porque contaba con el ejemplo de Virginia.

Recordó la ocasión cuando a los nueve años se enfrentaron a un coyote en el despoblado. Héctor lo amenazó con una rama y la arrojó contra el animal en una demostración de valía, lo cual no dio el resultado esperado. Luego se colocó frente a Virginia para protegerla, pero no contaba con el hecho de que ella había juntado algunas piedras que arrojó a la bestia, que huyó despavorida. “Qué dé como tonto”, se dijo a sí mismo ahora viendo las estrellas, “pero un tonto protegido”. Después extendió el tarro hacia el firmamento y, pensando en Virginia, el destilado y la guerra, le habló hasta el cielo: “Esta va por ti”. Así dio el último trago de sotol.

Después de aquel reencuentro cósmico entre dos amigos de la infancia, Héctor escuchó pasos con un andar lo suficientemente regio.

—¿Poniendo las cosas claras antes de la batalla? —intuyó la voz de Ángel Trías.

—Aquí con la nostalgia.

—¿Por qué nostalgia?

—Nostalgia del futuro, nostalgia del pasado, de todo.

—Comprendo —luego posó su mano sobre el hombro de Héctor—. ¿Una mujer?

—¡La mujer! —respondió con orgullo mirando fijamente hacia las estrellas.

—¿Lo espera?

Antes de responder, giró totalmente hacia Trías. Lo miró a los ojos por un instante y después señaló con el índice hacia el cielo. Luego volteó hacia la dirección señalada.

—Allá arriba —suspiró—. Virginia murió defendiendo nuestro ejido contra una avanzada.

Trías mostró sorpresa en sus ojos, algo difícil de percibir en su semblante rígido. Después agregó asintiendo:

—Escuché sobre ello. Su sacrificio salvó los planes para nuestra posición —declaró, y luego extendió su tarro—. Por Virginia.

—Disculpe, general —compartió encogiéndose de hombros—. Ya me acabé mi tarro.

—Eso no es problema —dijo con una sonrisa, y luego vertió un poco de su bebida sobre el tarro de Héctor—. ¡Por Virginia!

—¡Por Virginia!

Ambos compartieron el silencio de la oscuridad por un momento. Escucharon el chirrido de los grillos fusio-

nados con los destellos de la noche, así como leves ventiscas que auguraban bastante movimiento para la siguiente mañana. Percibieron, poco a poco, el jolgorio de los rancheros y militares que convivían en la fogata. Después Héctor interrumpió por última vez:

—Quiero decirle, general, que pase lo que pase, usted siga defendiendo a la gente de Chihuahua.

—Téngalo por seguro. No bajaremos la guardia incluso cuando haya terminado la guerra.

Chocaron los tarros y después Trías compartió que había llevado cordero al campamento, argumentando sobre la prioridad de contar con una cena ejemplar para levantar los ánimos de cada defensor perteneciente a la División de Chihuahua. Después de la charla se integraron con los demás para terminar de convivir aquella noche. Fueron recibidos entre vivas y vítores más animados de lo acostumbrado, además de *tirarles carrilla* debido a su ausencia juntos.

Antes de decir alguna palabra, Héctor volteó una vez más hacia el norte. La cordillera occidental simulaba un muro gigante desvanecido en el horizonte. La luz nocturna y los destellos del cielo difuminaron la planicie donde se libraría aquella batalla por Chihuahua. Sobre su espalda sentía el calor de la fogata, pero de pronto la calidez fue arrebatada por el escalofrío que recorrió su nuca. En ese momento, justo cuando notó la pesadez de su respiración, se sintió desnudo ante un enemigo oculto en la oscuridad del norte, preparado para arrasar todo lo que encontrara sobre su marcha.

—¡Órale, chingones! —irrumpió el grito de Chilaquiles—. Ya llegaron Los primos de Santa Marta.

La declaración del ranchero animó el ambiente ante la fogata, acto que obligó a Héctor a retornar a la reunión. Chilaquiles llegó acompañado por Ulises, que tocaba algunos acordes alegres con la guitarra. Ambos se colocaron de pie delante del fuego.

—Orita les vamos a sacar lo triste, porque los de Chihuahua sabemos festejar. Nosotros somos *Los primos de Santa Marta*, y vamos a...

—¿Por qué los primos? —preguntó uno de los rancheros.

—Porque a las señoras les dicen las tías.

—¿Y por qué no son los tíos?

—Pos porque las tías se la pasan regañándonos.

Después de risas y carcajadas, Ulises repicó ágiles arpegios en las cuerdas. No era diestro con las armas, pero era evidente su maestría para tocar las notas que ambientaron una noche extraordinaria.

—Pos ora, ahí les va una canción que nos aventamos de corrido el Ulises y yo. Nosotros somos *Los primos de Santa Marta*, aquí agradeciéndole al patrón Ángel por ser un chingón que pelea con sus hombres. Ora sí, ahí les va *El Sacramento*.

*De camino al Sacramento
marchamos ya sin parar.
Es la verdad y no miento,
pues vamos a disparar.
Allá en mi Sacramentooo.*

*Con machetes y fusiles
ahorita nos preparanos.
y a dar a los gringos viles
una enfundada en los... años.
Ay... Ay... mi Sacramentooo.*

*Nosotros los más chingones,
y sin ayuda del centro,
ponemos los corazones
para cerrar este cuento.
El de mi Sacramentooo.*

*Familia y casas dejamos
porque somos honorables.
Listos allá a donde vamos
para vencer a inmorales.
Ese es mi Sacramentooo.*

*Aquí ya nos despedimos
porque se me acabó el ritmo.
Y el que le haga algo a Chihuaaahuaaaa...
...que se vaya a la...*

—¡Chingada madre, juadesuputapietra culera! —gritó Chilaquiles tras tropezar y caer de sentón en la fogata.

—¡Tantán! —cerró Ulises junto con el último rasgueo de la guitarra.

VII

Las notas militares de Diana resonaron junto con el primer destello de su mítica compañera Aurora. Así despertaron los valientes que habían acampado la última noche en la Hacienda del Torreón. Consumido el desayuno, hombres, bestias y piezas de hierro comenzaron la marcha sobre el frente trazado desde la hacienda hasta el rancho Sacramento. Aún se percibía el frío de la madrugada del desierto, algo común para los voluntarios locales, que ya estaban curtidos desde sus respectivos nacimientos; mientras tanto, los pocos voluntarios venidos de fuera sentían sus manos quemarse, irónicamente, por los vientos helados emanados por el norte.

Corrieron solamente un par de minutos cuando la luz recorrió la planicie, atravesó matorrales dorados y bordeó las cordilleras que amurallaban al campo de batalla. Ella mostró a los ojos de aquellos guerreros el lugar donde se definiría el destino de dos países, tan cercanos en formación pero distintos en ambiciones. Cuando la calidez del mediodía dio tregua a los defensores, las columnas ya se encontraban sobre las locaciones diseñadas en el mapa por el general García Conde. Heredia se encontraba al frente de su posición y allí observó, intentando contener la agitación de su respiración, cómo el ejército norteamericano se encontraba a tiro de cañón, con lo cual inició, inevitablemente, el enfrentamiento definitivo contra las fuerzas del coronel Alexander Doniphan.

Los momentos de aparente silencio se interrumpieron por silbidos y estruendos generados en el aire. Chi-

huahua tenía una particularidad climática durante aquellos meses, pues despedía el invierno con violencia, solamente comparable con el enfrentamiento armado. Un militar extranjero o mexicano pensaría que los vientos favorecerían a los defensores en su propio terreno, pero un chihuahuense sabía cómo esos ventarrones de febrero eran lapidarios, sin distinción entre amigos o enemigos; simplemente realizaban su recorrido fúrico e intempestuoso con tal de llevarse el ánimo de todo aquello a su paso.

El viento dio un nuevo soplo violento, pero esta vez acompañado por el frío seco que heló cada rostro humano. Algunos extranjeros pensaron que el clima del desierto comenzaba a repelerlos con su devastación, y por un momento se sintieron como hormigas ante una tierra de gigantes. Por su parte, los locales comenzaban a fastidiarse por los embates recibidos en la cara. Uno de los sombreros de los rancheros se vio arrastrado sobre el centro del campo de batalla y voló revolcándose desde las columnas del este hasta la última del oeste. Aquel sombrero fue el primer objeto que presencié las voluntades de cobre de la resistencia del norte.

El general Heredia distribuyó a la columna compuesta por infantería civil, así como su caballería, desde el flanco oeste, con lo cual se permitió una conexión estratégica entre El Torreón y la cordillera, limitando un paso estrecho sobre la franja del río. Al frente de la formación se encontraba Héctor, con su temple recuperado y portando con orgullo su jorongo de Santa Marta. Por su parte, García Conde dirigía la caballería, que dispuso a retaguardia de la infantería tras recibir la orden de Heredia.

Había pasado algo de tiempo después del mediodía y, luego de la tregua otorgada por el viento, los dos ejér-

bitos se encontraban de frente, preparados para el primer movimiento. Poco a poco la tensión del silencio acentuó las palpitaciones de los corazones, resonados dentro de las sienas de todos por igual, mexicanos y norteamericanos, donde se dejó entrever que aquellos extranjeros, listos para batirse a muerte, eran similares por la condición humana que les vio nacer.

Aquella leve calma se interrumpió por el repiqueteo paulatino de la carga enemiga. Heredia percibió con temor el recorrido de la caballería norteamericana hacia el flanco izquierdo, justo por el sendero al lado de la cuenca del río. El general había preparado la defensa para un enfrentamiento frontal pero comprendió, con pesar, que el enemigo tenía conocimiento sobre la distribución de las posiciones mexicanas. Ante este movimiento letal ordenó a García Conde reubicarse sobre el flanco desmontado minutos antes, lo cual generó un desconcierto entre los voluntarios. Héctor detuvo con una mano el temor surgido entre los rancheros, señal que los calmó por un momento más.

La caballería de García Conde se posicionó de nueva cuenta sobre el frente del flanco, lista para repeler la entrada de los norteamericanos montados. Prepararon rifles, lanzas, rastrillos y machetes con la convicción de recibir la carga próxima, conforme el redoble de la cabalgata retumbaba sobre la planicie. Las respiraciones se agitaron y después se detuvieron ante el primer estruendo que rompió la concentración; luego, más detonaciones de cañón.

Los distintos impactos acertaron a la primera línea de la caballería mexicana, mientras los equinos de las formaciones posteriores se alteraron indistintamente. Entre la confusión de relinchos, disparos de artillería, explosiones

de tierra, hierro y pólvora, el frente oeste chihuahuense se vio envuelto en el caos. Aquellos, quienes no se rompieron una pierna cuando los caballos les cayeron encima, comenzaron a huir de la posición hacia la loma central, con lo cual la caballería de la izquierda se desbarató por completo, dejando a García Conde con un puñado de lanceros a quienes comenzó a reorganizar desde la retaguardia.

Sin caballería, la infantería se sumió en un pánico terrible que obligó a diversos civiles a romper la formación de cuadro consolidada por Heredia. Alaridos, estruendos y maldiciones se perdieron en el aire.

—Don Héctor —gritó Chilaquiles a su lado—, vamos a valer madres si no nos vamos de aquí. ¡Vámonos!

Héctor soltó su codo donde lo había tomado su compañero. En lugar de correr, le compartió una mirada firme. Después preparó la carga de su rifle. Tras moler la pólvora, apuntó hacia el frente. Con voz sonora externó el grito de guerra que nunca había logrado.

—¡Chihuahuenses, a la carga!

Disparó.

La misma tierra parecía emplear su propia planicie y cordilleras para rebotar el eco de la detonación tan esperada por Héctor, pues resonó en lo más profundo mientras la batería norteamericana preparaba la siguiente descarga. El disparo se grabó en los corazones de los pocos voluntarios cercanos, quienes de nuevo se reintegraron en formación para contraatacar a la caballería. Ante esta movida audaz de los rancheros, compuestos en su mayoría por los hom-

bres de Santa Marta, Heredia dio la orden a la artillería para abrir fuego a discreción.

Cinco detonaciones impactaron varios metros delante de la columna norteamericana. Desafortunadamente, debido a la orden improvisada, el fuego de la batería no tuvo ningún efecto favorable para la resistencia. Tardaría alrededor de un minuto en preparar la siguiente oleada, lo cual significó un cese perjudicial para la respuesta a la próxima carga enemiga.

La caballería norteamericana realizó su impacto desde el flanco y ahí comenzó a dar caza a los voluntarios replegados por la retaguardia, intentando huir sin ningún éxito. La columna se desbarató desde atrás, y la posición se cubrió con los cuerpos ensangrentados de chihuahuenses. Los rancheros de Santa Marta, así como los pocos compañeros restantes del frente, quedaron aislados por el enemigo entre la infantería al norte y la caballería al sur.

—Don Héctor, ¿qué hacemos? —preguntó Chilaquiles aterrado.

Jamás había visto a Chilaquiles externar un temor tan profundo como en aquel instante. Con esta demostración de humildad por parte de su alegre compañero, ahora temeroso, Héctor comprendió que los hijos de Santa Marta se sentían como infantes que habían perdido a sus padres, pues los vio indefensos, vulnerables. Con esfuerzo titánico Héctor ordenó formar un círculo entre ellos y apuntar hacia el perímetro exterior.

—¡Volea a las tres! Uno... Dos... ¡Tres!

Las dispersas nubes de humo y pólvora aturdieron al unísono y atrajeron la atención de los jinetes; un par de caballos se levantaron sobre dos patas y derribaron a algunos enemigos. Los rancheros se emocionaron al ver esta escena, misma que les dio un atisbo de esperanza. No obstante, los jinetes se levantaron sobándose hombros y piernas. Los chihuahuenses incrédulos e impotentes se sintieron abatidos, y, resignados, se prepararon para recibir la muerte.

—¡Carga! —gritó Héctor mientras preparaba su fusil.

Sintieron un chispazo de energía que los obligó a imitar la determinación de don Héctor. Mientras pisaban la pólvora dentro del rifle, observaron nuevamente a la caballería norteamericana aproximarse hacia ellos en posición de carga, con los jinetes frontales apuntando sables hacia ellos. La tierra vibró sobre sus pies conforme veían más cercanos a los caballos. La embestida era determinante.

—¡Volea! —gritó Héctor más fuerte—. Uno... Dos...

El choque de aceros, relinchos y la caída de hombres y caballos a la tierra cortó el conteo. Una muralla de jinetes, compuesta por mexicanos, se atravesó entre la caballería norteamericana y los rancheros, que observaron con emoción la segunda carga del general García Conde. Con estocadas de lanzas y sablazos la batalla se tornó hacia el enfrentamiento entre fuerzas montadas.

El despliegue no duró mucho, pues poco después la caballería norteamericana se organizó para replegarse de nuevo hacia la planicie, lejos de la distancia de tiro de la batería nacional. Ante este movimiento García Conde se

colocó al frente y dirigió el ataque hacia el norte. La caballería de rancheros, así como los lanceros, formaron de nuevo la columna y siguieron el desplazamiento de los invasores. Sin embargo, el polvo develó lentamente la batería enemiga, que replicó decenas de detonaciones que arrasaron la carga del general.

Aquel estruendo aterrador solo fue comparable con el pavor lapidario experimentado por las fuerzas mexicanas. Aún no terminaba de replicar el eco del último cañón cuando todas las posiciones de Sacramento vieron destruida la caballería oeste. Antes que la angustia y la sensación de muerte inminente invadieran las almas de los defensores, el general Heredia ordenó replegar a las fuerzas restantes de la izquierda hacia los reductos y trincheras del centro y este, pues la caballería norteamericana organizaba su próxima carga.

—¡Al rancho, al rancho! —ordenó mientras subía a su caballo—. ¡Infantería al rancho!

—Vamos, Don. —indicó Chilaquiles a Héctor entre una nube de polvo que comenzó a crecer.

Comenzaron la carrera hacia la nueva posición, pero la poca visibilidad del camino obligó a Héctor a andar más lento, pues ahí la edad, y no la guerra, le cobró caro. Se dobló el tobillo y cayó de cara a la tierra.

Él mismo se sabía arrojado a la suerte por culpa de su país... no, por culpa de los dirigentes de su país: como si hubiera existido un guerrero a su lado que lo motivara a combatir, pero que, en el momento de enfrentarse al enemigo, simplemente se desvaneciera dejándolo solo,

casi desnudo, frente a la bestia decidida a devorarlo. Sin embargo, aquellos que sudaron, sangraron y perecieron, le recordaron que él también podía caer con honor; pero en esta ocasión no se arriesgaría a hacerlo sin siquiera haber disparado. Delante de todos aquellos voluntarios caídos se encontraba Virginia, su hermana, su alma de la infancia.

La respiración le apretaba el pecho, pero eso no impidió verter la pólvora y aplacar la bala dentro del fusil. Apuntó hacia aquella masa de jinetes que se acercaba cada vez más de prisa. Una gota de sudor entró por su ojo izquierdo, que lo obligó a cerrarlo; por suerte tenía otro para realizar la hazaña. Apretó el gatillo.

Clic.

El destino nuevamente se burló de Héctor con letal ironía. Algo cebó el disparo y ahora se encontraba desarmado frente a la caballería, lista para pisotearlo. Regulares y rancheros continuaban huyendo ante la carga norteamericana, pero no Héctor. Se plantó sobre sus dos pies, con el izquierdo hacia el frente y el derecho como base. Apuntó nuevamente el mosquete y presionó la culata sobre su abdomen; de esta manera al recibir la embestida tendría la oportunidad de dar estocada con la bayoneta. El estruendo relampagueante del correr de los caballos se combinó con los latidos raudos de su corazón, y así se dispuso a entregar su vida.

La detonación se escuchó segundos después de la nube de polvo que cubrió la visibilidad del páramo. La bala de cañón no acertó a la caballería, pero el impacto sobre la tierra le evitó avanzar hacia Héctor. Superando su extravío, identificó de inmediato que no había sido fuego enemigo, pues

la trayectoria vino detrás de él. Desde el suelo volteó hacia una colina de la posición chihuahuense. En la cima distinguió un cañón y dos jóvenes que no habían estado ahí cuando comenzó la batalla. Nunca descubrió si fue la adrenalina de la explosión o la emoción de recibir un mínimo esfuerzo heroico por parte de sus compatriotas, pero, en definitiva, aquel chispazo se incrustó de súbito en su ánimo.

Los jinetes de la primera línea cayeron debido a la conmoción de los caballos al presenciar el levantamiento de tierra y pólvora. “*To Owens... to Owens*” gritaron algunos, aún sobre el suelo, hacia el oficial que se reincorporó primero. Este desenvainó su sable y caminó hacia Héctor, que todavía se levantaba. Su consciente le habría ordenado que lo amenazara en posición de estocada, pero una extraña inercia lo acomodó en posición de disparo. El oficial corrió intentando evadir una posible detonación y levantó su brazo derecho para asestar el golpe mortal. Sin embargo, esta imprudencia no lo preparó para recibir de frente la estocada al corazón propinada por la bayoneta de Héctor.

Héctor recibió del oficial un escupitajo lleno de sangre, tras el cual el cuerpo del norteamericano se dejó caer sobre la tierra. Ahí lo tenía. Don Héctor había cobrado por fin la vida de un invasor. No obstante, de pie junto al cadáver, escuchó gritos provenientes de los militares restantes:

—*¡Owens down... Owens down!* —exclamó el primero.

—*¡Take him down!* —ordenó el segundo.

Las detonaciones se escucharon como una lluvia a punto de comenzar, y los cuatro impactos los acogió el pecho del chihuahuense en menos de un segundo. Cuando el

eco replicó el sonido del último disparo, don Héctor yacía sobre la tierra.

Cuando los hermanos Arias identificaron cómo la caballería se reincorporaba, de inmediato se aprestaron a preparar la siguiente detonación. Tras el primer disparo realizado por ellos, pasada la mitad de la batalla, escucharon un despliegue de gritos animados y vítores que celebraron su intervención. La mayoría de voluntarios y militares mexicanos desconocía que aquel tiro no había tardado una hora en llegar, sino cinco meses de desvelos, cabalgatas exhaustivas, empujones y dos vidas llenas de sacrificios físicos y emocionales.

Froylán pudo gritar de alegría y a maldecir gringos mientras Samuel bendijo en silencio a cada persona puesta en su camino por el Señor para que el cañón llegara a tiempo a Sacramento. Era el momento para poner a prueba su última misión. Antes de disparar por segunda ocasión, Samuel detuvo a Froylán, pues distinguió que uno de los oficiales mexicanos, a quien no habían conocido antes de su salida del presidio, comenzó a gritar, con lo cual la infantería dispersa comenzó a reunirse para formar nuevamente una columna.

—Mexicanos —animó el general Trías—, tenemos una oportunidad más para rechazar la siguiente carga. ¡Prepárense para recibir a la infantería!

Regulares y voluntarios apoyaron la noción del general y apuntaron hacia el frente mientras observaban cómo la infantería norteamericana se acercaba con una coordinación ejemplar. La cuenta regresiva del general llegó hasta el número dos debido a la lluvia de balas que roció a

la primera línea mexicana. Segundos después, la siguiente y luego una tercera. Los primeros cuerpos aún no terminaban de caer cuando nuevamente comenzaron a huir los hombres de atrás, rompiendo definitivamente el cuadro reconstruido por el general Trías. La caballería norteamericana se formó nuevamente para batir por la izquierda.

—Van por los cañones —gritó Heredia—. A flanco —ordenó a García Conde—. Lleva la caballería a flanco.

—¡Ya! —gritó Samuel desde adelante.

Froylán alejó la antorcha cuando el cañón retrocedió por la detonación. Desafortunadamente, observaron que la distancia fue insuficiente, pues la bala impactó sobre la planicie vacía, varios metros delante de la infantería norteamericana. Después alcanzaron a distinguir un choque más de las caballerías. Luego del ánimo por el enfrentamiento, impactos de sables y lanzas, sus corazones se encogieron cuando se dieron cuenta de la realidad. La resistencia comenzaba a caer, ya sea por fatiga o falta de pericia, ante los mosquetes del invasor, pues las ráfagas nuevamente volaron sobre el campo, desbaratando el remanente de la caballería mexicana.

—¡La siguiente! —ordenó Samuel.

Froylán fue por una bala más de la carretilla transportada por Paty, su mula fiel. Él siempre se había considerado fuerte para toda voluntad física, pero una temblorina invadió sus manos, lo que interrumpió su cometido por levantar la pieza de hierro. El movimiento se extendió sobre la esfera, cada segundo más pesada, la cual parecía brincar por sí misma. Su respiración se agitó y se paralizó por primera vez.

La calidez retornó a su cuerpo cuando sintió las manos de su hermano soportando la bala desde abajo. Samuel lo miró a los ojos y asintió con fuerza. Con aquella fuerza fraternal colocaron la carga dentro de la boca del cañón. Samuel giró la pieza hacia la dirección donde se acercaba la caballería.

—Listo... ¡Fuego!

Un proyectil más hizo mella sobre la planicie, lo que indicó al general Heredia que aún contaban con respaldo de la artillería. Alcanzó a reunir un último puñado de hombres y formó, como pudo, tres columnas para detener la siguiente carga de la caballería que se acercaba una vez más. Cuando gritó “¡fuego!” los disparos se dispersaron, e incluso algunos hombres creyeron ver cómo se desvanecieron sobre el aire antes de llegar al enemigo, pues ningún jinete cayó. Cuando la caballería e infantería los envolvieron, Heredia levantó su mano para indicar el cese al fuego. Así fue superado el inexistente flanco izquierdo.

Otra bala se estrelló sobre la tierra, seguido por el estallido replicado alrededor de la llanura. Heredia distinguió a los reclutas Arias sobre la colina más cercana, quienes portaban un frondoso cañón de la capital. Pero en lugar de observarlos con emoción, se sintió avergonzado, pues recapacitó con dolor cómo el esfuerzo que puso a prueba sus determinaciones durante meses fue vano. Resultó más efectivo transportar un cañón por toda la república que el intento de defensa demostrado por la División de Chihuahua. Los cadetes cumplieron su misión, pero él les había fallado.

Se sintió más inútil cuando observó a siete jinetes agruparse y dirigirse hacia la colina de los hermanos Arias.

—Dios les ampare —susurró.

Samuel distinguió la amenaza próxima a ellos. Se detuvo a pensar por un breve, pero caótico instante, y ordenó a su hermano preparar la siguiente carga y esperar la señal.

—Es la última —concluyó Froylán mientras colocaba la bala dentro del cañón.

—A la de tres —indicó Samuel mientras Froylán preparaba la carga.

Cuando vio aproximarse a la caballería, Samuel sintió que no haría diferencia una bala más. Sin embargo, así preparó un último plan.

—Uno... dos...

Samuel volteó súbitamente y empujó a Froylán, provocando que rodara hacia los pies de la colina y se perdiera entre la maleza. Del suelo tomó la antorcha de su hermano, aún encendida, y disparó por última vez. El proyectil se perdió en el horizonte y nunca distinguió su caída, pues un sable le rasgó el pecho, con lo cual se desplomó sobre el cañón.

—*There was another* —señaló el dueño del sable.

—*It doesn't matter* —respondió el segundo—. *¡To the other cannons!*

Los jinetes continuaron su recorrido hacia las posiciones restantes donde se encontraban las últimas piezas de artillería. Mientras se alejaban, el cuerpo de Samuel terminaba de desvanecerse. Su sangre ya había recorrido el cañón y las ruedas hasta caer sobre la tierra.

Para la tercera hora del enfrentamiento las fuerzas norteamericanas superaron las posiciones defensivas con oficiales sometidos y artillería en su posesión. En medio de la llanura, ya dispersa la neblina, corría Ulises con desespero, trayecto que terminó ante el cuerpo de Héctor. Con la respiración cortada se limitó a gritar entre sollozos.

—Don... ¿Por qué?... ¡No!

Cayó de rodillas y posó la cabeza de Héctor sobre su regazo. Nunca pensó que su peso fuera tan ligero, pues a pesar de haber sido una figura fuerte y un pilar para Santa Marta, en ese momento solamente era un cuerpo más, cobrado por aquella invasión. “Ahora los dos están arriba”, pensó mirando al cielo, vislumbrando a Virginia y a Héctor.

No terminó de llorar por su compañero cuando se percató de que más jinetes se acercaban hacia él. Una encrucijada invadió su razonamiento, donde debía tomar una decisión entre correr el riesgo de recibir un disparo o someterse a ser un prisionero más. La sangre derramada de Héctor le proporcionó una opción más, una que agitó su respiración y su triste corazón.

Se arrastró hasta alcanzar el fusil de su amigo, tomó la bolsa con la carga y se puso de pie. Con movimiento solemne preparó bala, pólvora y apisonó con firmeza. Apoyó el cuerpo del fusil sobre su mejilla derecha y apuntó hacia el jinete más cercano. Apretó su dedo sobre el gatillo.

“No”, susurró una voz parecida a la de Héctor. Pudo ser el silbido del viento o tal vez el eco de su compañero entre sonido, pero evitó que el dedo de Ulises disparara, y se limitó a continuar apuntando a los militares que ya lo rodeaban.

El más próximo, probablemente el capitán Doniphan, bajó de su caballo y caminó hacia él.

—*Why do you fight, mexican?* —cuestionó el capitán.

—No creí que nos fueran a ganar —respondió mientras su orgullo sostenía el arma—. Si don Héctor no hubiera muerto y si los demás no se hubieran ido, los estaríamos deteniendo en este lugar.

—*Do you surrender?*

Ulises se arrodilló para levantar la cabeza de Héctor y cerrar sus ojos. Después continuó su conversación con el capitán.

—Seguiré peleando. Y hoy me iré con Héctor y Virginia.

Pudo haber sido el premio a su bravura o simplemente otro desentendimiento entre idiomas, pero el resultado de su declaración produjo que el capitán ordenara a sus hombres bajar armas. Después de unos segundos de silencio, marcharon hacia el sur de aquel reducto, dejando a Ulises en el suelo sosteniendo el último recuerdo de Héctor.

Pensó que la muerte hubiera sido mejor. Odió como nunca a los norteamericanos pues le arrebataron la dignidad de morir con honor. Aquella invasión le preparó un destino siniestro: el capitán no lo había perdonado, sino que lo condenó a vivir el resto de sus días con la amarga memoria de la derrota. Se levantó resignado y arrastró como pudo a Héctor hasta llevarlo al último reducto donde se encontraban los oficiales y militares, también maldecidos con el indigno perdón.

Varios metros después Ulises se detuvo a recuperar aliento y se sentó sobre una piedra. A su lado encontró un hormiguero destruido durante el enfrentamiento. Observó cómo los insectos comenzaban a recuperarse del desastre y reconstruían, pedazo a pedazo, su hogar. Ulises se levantó y alzó la piedra donde reposaba, dejándola caer sobre aquel hormiguero. Después continuó arrastrando el remanente de Héctor.

Froylán despertó con una intensa presión sobre su hombro derecho y un molesto entumecimiento en la nuca. Atrás se encontraban Princesa, Paty y Coyote amarrados en un árbol seco. Giró sobre sí, lo que sus miembros molidos le permitieron, y contempló el sol vespertino. Aún había luz suficiente para afirmar lo temprano de la tarde, pero le preocupó ya no escuchar detonaciones y marchas de caballos. Poco a poco comenzó a distinguir alaridos, llantos y, claro, maldiciones. Con ello confirmó lo que jamás quería experimentar. Temblando comenzó a levantarse, primero apoyando las manos, luego una rodilla y después la otra. Se agachó un poco para tomar su rifle y emplearlo como bastón.

Subió la colina donde lo empujó su hermano, y, con aquel silencio interrumpido por leves silbidos del viento, contempló la desolación de su tierra. A la derecha distinguió los cuerpos de mexicanos caídos y pensó que nunca había caminado sobre un cementerio. Volteó al frente y aquella imagen lo paralizó.

El cañón ya no estaba. Sobre el lugar yacía el cuerpo de Samuel. Froylán sintió cómo sus rodillas lo abandonaron, dejándolo caer sobre su dolor. Soltó el fusil y tapó sus ojos con ambas manos. Su alarido se replicó sobre la llanu-

ra como el rugido de una bestia. Aquel grito se desvaneció en el llanto.

No quería levantarse, no quería verlo. Compartió más de la mitad de su vida con su hermano. Samuel era la otra mitad de su vida y la guerra se la había arrebatado. Después de bañar con lágrimas, sudor y sangre el espacio de tierra donde se encontraba de rodillas, Froylán caminó una vez más para despedirse personalmente de Samuel. Cuando llegó al último recuerdo de su hermano, giró aquel cuerpo derribado. Luego se sentó y apoyó la cabeza de Samuel sobre su regazo.

Comprendió la extraña ironía divina de aquella confesión de Samuel durante el banquete de Durango. La guerra no le permitió officiar la boda de Froylán, pero su sacrificio le permitió conservar la vida para así casarse con su amada Imelda. Con aquella escena en su corazón, y una última sonrisa, se despidió para siempre de su hermano.

Cuando los voluntarios y militares restantes retornaron a la hacienda, Imelda buscó entre el mar de hombres si aparecía Froylán, si aparecía Samuel. El caos invadió la hacienda mientras heridos, desmembrados y carretas con cuerpos llenaban los rincones del patio central. El personal encargado del servicio intentó abastecer las necesidades y curaciones de aquellos derrotados. No obstante, sabían que el orgullo e impotencia jamás podrían sanarse.

El desorden creció con el griterío y alaridos. Imelda intentó en vano mover a rancheros y militares que entraban por manadas hacia la hacienda. Se recargó de espaldas sobre un pilar frente al portón y esperó encontrar a su amado y a Samuel. Con respiración desesperada percibió cómo ningún

rostro nuevo les pertenecía. Salió y contempló el horizonte lleno de heridos que arrastraban los pies. El cielo comenzó a difuminar su luz rojiza, con la cual anunciaba el doble ocaso. Después, el impulso la obligó a correr hacia los establos.

El campo de batalla se encontraba desértico cuando Froylán seguía llorando por Samuel. Así se mantuvo las últimas horas, intentando conservar lo último de su hermano. No se percató de aquella marcha silenciosa y desanimada que realizaron militares y rancheros de regreso hacia la hacienda. De pronto se encontró con el silencio de sus lamentaciones y el llanto del viento. Desalentado, observó los primeros indicios del ocaso y ahí vio una silueta que cabalgaba hacia él.

Su corazón deseaba acelerarse conforme el jinete se acercaba, pues el órgano sabía, esperaba desde hace mucho tiempo, que la figura, desvanecida por el sol descendiente, era Imelda. Ahora su alma comenzaba la pugna entre el dolor y el amor. Continuó sentado, con la cabeza de su hermano recostada sobre sus piernas. Así esperó la llegada de su amada.

Imelda descendió de Gavilán, su caballo, y corrió emocionada hacia los hermanos. Conforme disminuía la velocidad, su emoción se bifurcó entre la alegría y el temor, pues se dio cuenta del costo de la realidad. Cuando envolvió a Froylán con su cuerpo, no pudo hacerlo con la dicha preparada durante meses, sino su intención, pausada y amorosa, fue de consuelo. Lágrimas de felicidad y pena cayeron sobre Samuel.

No hubo palabras, no pudieron expresarlas. Con aquellas miradas, compartidas en distintas ocasiones,

acordaron levantarse. Entre ambos cargaron el cuerpo de Samuel y lo llevaron hasta la pequeña carreta que había arrastrado Paty desde México. Después de acomodarlo en aquel espacio, Imelda y Froylán finalmente se abrazaron, y ahí se permitieron llorar juntos.

Froylán nunca vio necesario amarrar a Coyote para llevarlo aparte cuando cabalgaba sobre Princesa. Cada nudo que realizaba era más difícil, pues el dolor provocaba que lazadas y apretones fueran pesados. No quería hacerlo, pero terminó cuando tuvo la fuerza necesaria. Al final alcanzó a Imelda y Gavilán. Bestias y enamorados marcharon hacia la hacienda, siguiendo el ocaso más triste que descendía sobre Chihuahua.

—*Per instam sanctam Uncionem et suam piissimam misericordiam, adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti, ut a peccatis liberatum te salvet*—recitó el padre Alvarado a los cuerpos de Héctor y Samuel.

Si bien, la unción de los enfermos, como último sacramento de la Iglesia, se otorgaba a los hijos de Dios en vida, Alvarado determinó que en esta ocasión ameritaba purificar las almas de los hombres que sacrificaron su vida por el país. Así como Virginia, los cuerpos envueltos de Héctor y Samuel fueron sepultados bajo el gran árbol de Santa Marta.

Alrededor de aquel campo, no la alegría, sino la tristeza, respeto y admiración, habían reunido a los pocos habitantes de Santa Marta y algunos nuevos compañeros de la ciudad. Entre las tías, esposos y sobrinos del ejido, se encontraban Imelda y Froylán, que eligieron ese paraíso como el lugar de descanso final de Samuel.

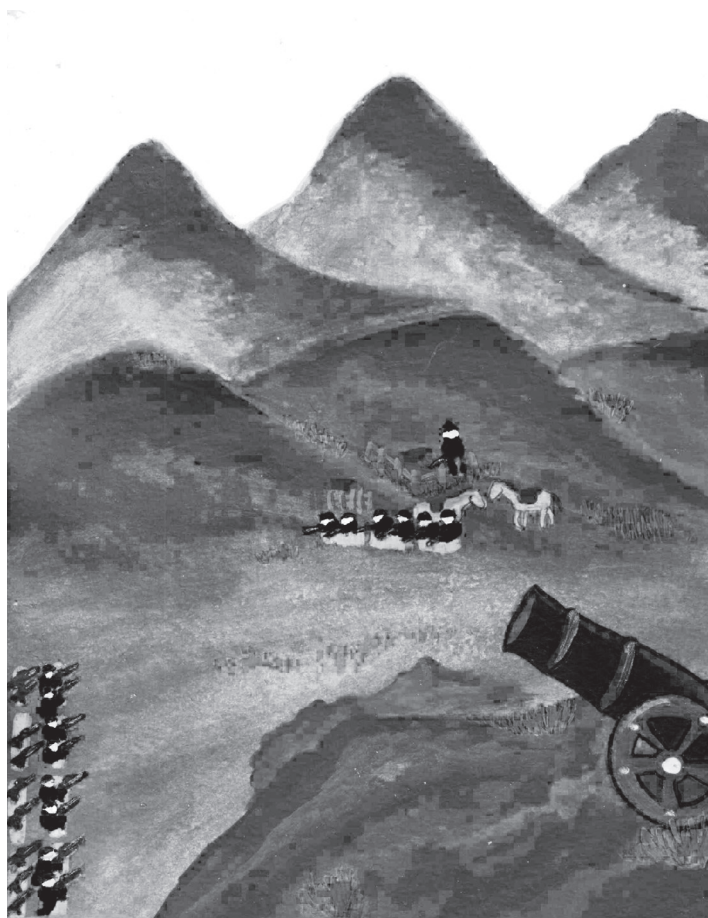
Ulises caminó hacia el centro de los montículos de tierra y se arrodilló ante sus valerosos ejemplos de sacrificio. No se sintió mal por aquellas vidas, pues tuvo la certeza de que Chihuahua dio todo por defender a México. Pero, tristemente, le invadió una inevitable sensación de impotencia.

La gente se retiró lentamente entre abrazos y sollozos mientras el viento borraba los últimos recuerdos de la derrota y la muerte. Aquella despedida recordaría al pueblo mexicano el sacrificio honorable, pero amargamente inútil, de cada chihuahuense que entregó lo más sagrado de su vida para detener la invasión.

Referencias

- Alcaraz, R., et al. (1970). *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. Siglo XXI Editores.
- Butler, S. (Ed.). (1995). Doniphan, A. W. (1847). Colonel Alexander W. Doniphan at Chihuahua, Mexico, to Roger Jones, Adjutant-General of the Army, at Washington, D.C.: Dispatch communicating Doniphan's official report of the Battle of Sacramento. En *A documentary history of the Mexican War* (pp. 105–107). Descendants of Mexican War Veterans. <https://www.dmwv.org/mexwar/docs/sacra.html>
- Calleros, C. (1951). *La antorcha de El Paso del Norte*. American Printing Company.
- García Conde, P. (1847). *Carta geográfica general de la República Mexicana*. <https://www.digitalcommonwealth.org/search/commonwealth:4m90fj03p>
- García Conde, P. (1847). *Croquis de la batalla del Sacramento, formado por el Sor. General D. Pedro G. Conde*. Collection: Garrett Collection. The University of Texas at Arlington Library, Special Collections. <https://sites.libraries.uta.edu/usmexicowar/node/6719>
- Frías, H. (1995). *La guerra contra los gringos*. Programa Editorial del Ayuntamiento de Chihuahua.
- Guerrero, D., & Ruiz, E. (2012). *El país en formación: Cronología (1821–1854)*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Jáuregui, L. (1998). Chihuahua en la tormenta: Su situación política durante la guerra con los Estados Unidos

- (septiembre de 1846–julio de 1848). En J. Vázquez (Ed.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846–1848)*. El Colegio de México. <https://muse.jhu.edu/book/74393>
- Jordán, F. (1981). *Crónica de un país bárbaro*. Centro Libre-ro La Prensa.
- Lister, F., & Lister, R. (1986). *Chihuahua: Almacén de tempestades* (R. Osorio Báez, Trad.). Editorial de la Universidad de Nuevo México.
- Martínez, F., & Canales, C. (2009). *Banderas lejanas: La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*. EDAF.
- Muñoz, R. F. (1984). *Santa Anna: El dictador resplandeciente*. Fondo de Cultura Económica.
- Orozco, V. (1995). *Historia general de Chihuahua III*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Martin, C. (2004). *Gobierno y sociedad en el México colonial: Chihuahua en el siglo XVIII*. Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Chihuahua.
- Sen Venero, M. I. (2004). *Historia de Chihuahua*. Centro Librero La Prensa.
- Solares, I. (2005). *La invasión*. Santillana Ediciones Generales.
- Treviño, S. (2009). *El real de minas de San Francisco de Cuéllar de Chihuahua: 1709–1718*. Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.
- Velasco, J. (1978). La guerra con los Estados Unidos. En M. León Portilla (Ed.), *Historia de México* (Tomo 8). Salvat Mexicana de Ediciones.



Contenido

Agradecimientos	17
Prólogo	19
Palo Alto, 1846	27
I	33
II	57
III	83
IV	113
V	133
VI	149
VII	169
Referencias	189



Historias de mi ciudad



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx





Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México

